

Publicado por:

NovaCasa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2020, **Ana Coello**

© 2022, de esta edición: Nova Casa Editorial

Edición

Juana Restrepo Díaz

Diseño de cubierta

Ana Coello y Mariana Coello

Maquetación

Paula Andrea Gutiérrez R.

Fotografía de cubierta

AdobeStock

Impresión

PodiPrint

Primera edición: septiembre de 2021

Segunda edición: septiembre de 2022

Depósito Legal: B 11397-2022

ISBN: 978-84-1127-399-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

ANA COELLO

placet
SOMBRÍO



Nova Casa | *Zelá*

*“Cuando dos almas están creadas para acoplarse,
para unificarse, buscarán la manera de encontrarse.”*

Aviso:

Los datos, e información, así como cuestiones científicas o sociales que aquí se presentan, son parte de la ficción de la historia. Se tomó información, pero no está basada en ello puesto que se buscó crear un contexto adecuado para la narrativa.

PARTE UNO
—ELLE—

CAPÍTULO I

Abro los ojos. Tengo la boca seca y la extraña sensación de que dormí mucho más de la cuenta. Hay media luz, una que no reconozco. De pronto, antes de que mi cuerpo detecte que esas sábanas no son las acostumbradas, noto que no estoy en mi habitación. No está la foto de mi hermana conmigo en Galápagos, no están los muros blancos con flores secas colgando, tampoco la lámpara de papel de china blanco que puse recién me mudé, un año atrás. Vivía sola, pero no en mi propia casa.

Me incorporo con los codos. Enseguida, arrugo la frente con el corazón martillando. El lugar es... diferente. Estoy tendida sobre una cama *king size*. Del lado izquierdo hay una ventana enorme; ¿está nevando?, noto arrugando la frente. No hay prácticamente paredes. Frente a mí, un barandal marrón de hierro. A mi lado derecho, un panel que en realidad es un enorme espejo dividido por rectángulos. En cada costado hay mesillas de noche sin nada encima, salvo unas lámparas que tienen todo de una media luz cálida, elegantes.

Sin entender qué ocurre, me levanto asustada. Llevo puesto un camisón que llega hasta mis pies. Definitivamente no es el conjunto de braga y blusa vieja con el que me acosté. La tela es

delicada, fina. No llevo nada debajo, aparte de las bragas y, por lo tanto, mis senos quedan un tanto expuestos debido a que la tela no es tan gruesa. Los protejo con mis brazos instintivamente, aunque mi cabello rubio hace su parte. Pongo mis pies sobre el tapete que cubre parte de la duela pulcra. Me acerco a la ventana, estudiando mi alrededor. No entiendo nada. *Debo estar soñando*, decido.

Me llevo una mano a la boca cuando me doy cuenta de que estoy en un segundo o tercer piso: parece un ático. La habitación, o lo que sea, está arriba del resto, volado. El que afuera nieve me hace pensar que quizá estoy aún en Toronto: desde que enero comenzó así ha estado. ¿Estaré cerca de casa? *Pero, ¿dónde?* ¿Qué hago aquí? No se ve nada de nada salvo un jardín cubierto por aquella capa blanca y, al fondo... mar. Respiro, agitada, negando, y retrocedo tanto que choco con la cama. ¿Qué está pasando? Mis manos transpiran. Rodeó la cama y me voy hasta el barandal para observar mejor. Aún no muy convencida de que esto sea real.

De pronto escucho ruidos abajo. Mi corazón se va salir por mi garganta; algo se desliza con suavidad. Me asomo más de la cuenta por la baranda y me quedo petrificada. Cuando bajo mis pies, aparece una figura imponente, una que reconozco.

Pestañeo una y otra vez. ¿Él? ¿*Por qué?*

Camina y no parece interesado en el hecho de que estoy aquí, arriba. Lo observo al igual que al sitio; es... elegante y hermoso, los colores, los muros de piedra, la decoración justa, nada de excesos, sobria y a la vez relajada. ¿Qué hago aquí? Continúa su camino antes de dejar un aparato sobre la mesa rectangular del comedor. Gimo al ver que subirá. Mis palmas sudan. Me repliego a la esquina del barandal y la ventana, pero él apenas si me ojea, mientras yo siento que mi corazón da saltos violentos. En el muro lateral a las escaleras, coloca la palma sobre otro

círculo grisáceo y los espejos se abren. Parpadeo, temblando. Parece un vestidor: uno enorme, en realidad. No entiendo nada. Desvío la mirada un poco hacia abajo. Los techos son altísimos pues abarcan lo alto de la habitación volada. Todo aquello es del tamaño de un apartamento, o es un apartamento en sí.

—Veo que ya despertaste —dice como si tal cosa, mientras se quita los zapatos ahí dentro. Jadeo al escucharlo aferrando el barandal. Su voz es tan profunda y gruesa como la recuerdo. Sin entender ni un ápice, me armo de valor. No soy de confrontaciones, menos de gritos o cosas así, pero tampoco de las que se queda un paso atrás.

—¿Qué hago aquí? —pregunto, molesta a la par de asustada. Puedo verlo desde ahí, si no se interna más. Continúa su quehacer sonriendo de forma felina, indiferente. Mi sangre hierve. Necesito entender. Envalentonada, decido acercarme. Ya se levanta y lo sigo a un par de metros de distancia, olvidando mi atuendo, olvidando lo bien que huele este lugar.

—*Frivola, the news* —solo dice, y una pantalla frente a la cama aparece; se enciende con CNN en inglés. Sacudo la cabeza. Deja su suéter sobre el diván acolchado color crema que está en medio de ese lugar, relajado.

—Pregunté qué hago aquí —repito, apretando mi cuerpo. Se detiene y voltea despacio, mi flujo sanguíneo se paraliza. Luce tan peligroso que es imposible no temerle, más con aquella cicatriz cruzando sus cejas, con ese cabello sujeto por un moño, con esa barba de al menos un centímetro de largo. Su musculatura que ahora veo sin problemas gracias a esa camiseta que pretende no ser ajustada, pero que no lo logra del todo, y que deja ver más tatuajes, un colgante extraño, su tamaño.

—Siendo tan inteligente, y no formulas la pregunta correcta, Elle —musita clavando sus ojos en los míos. Aprieto los labios.

—No juegue conmigo. ¿Por qué estoy aquí? —insisto. Suspira, pasa sus ojos por mi cuerpo, despacio y luego desaparece en otra puerta que se abre cuando posa la palma. Lo sigo y veo un baño asombroso. No entro. Tiemblo.

—Sigues sin hacer la pregunta correcta —dice quitándose la camiseta y lanzándola a un agujero de la pared. Abro de par en par los ojos, nerviosa. Desvío la mirada.

—No estoy jugando.

—Ni yo —asegura. Entonces lo encaro ante su tono. Solo lleva ese vaquero y su cabello lo soltó; le llega a los hombros, ondulado, castaño, con motes rubios que parecen haber sido adquiridos por el sol. Mis ojos escuecen.

—Regréseme a mi casa, *ahora* —exijo. Sonríe satisfecho.

—Estás en ella. Por un tiempo esta será tu casa —responde. Niego arrugando la frente; se está quitando los pantalones. ¿Qué pasa con él? Me giro de inmediato, sin dar crédito. Ríe.

—No es mi casa, y le ordeno que me regrese. No entiendo qué hago aquí —rujo, pero sin voltear.

—Acostúmbrate —escucho y luego el agua comienza a correr—. Por ahora este es tu hogar, Elle, nuestro hogar —asegura sin remordimiento.

¡¿Qué?! Pienso en gritarle, rabiosa, pero recuerdo que está ahí, desnudo, en ese baño. Decido no ver más. Me alejo y regreso a la habitación. Comienzo a dar vueltas, nerviosa, preocupada. No puede estar pasando. No me pudo haber secuestrado este loco, no a mí, no él. Me muerdo el labio, camino en círculos, sacudiendo el rostro. No. Es no puede ser. No.



Hace un mes me gradué con honores en la especialidad de biomedicina molecular, en Toronto, donde hice también el bachillerato por medio de un intercambio escolar. Ya nunca regresé a Estados Unidos. Como le prometí a mi padre. Estoy por entrar a biotecnología en los próximos meses. Él falleció al yo tener quince años, mi madre cuando recién cumplí cinco. Mi hermana y yo crecimos al lado de la abuela y él, que vivía tras libros y viajes. Lo amaba muchísimo. Ganó varios reconocimientos por su labor y descubrimientos en el área química, pero yo decidí ser más específica y con la facilidad nata heredada para aprender con rapidez y comprender, no podía desperdiciarlo.

Vivo como él; tras libros y en un laboratorio. Esa es mi pasión. Hace un año que me independicé del todo pues vivía en el campus, hace dos, comencé a hacer prácticas como parte de la carga curricular en un laboratorio de mucho prestigio, recomendada por un profesor. Ahora trabajo allí. Me pagan muy bien por hacer lo que más me gusta: buscar grandes remedios a grandes males, innovación y desarrollo es donde me encuentro.

Hace unas semanas hubo una serie de eventos relacionados con el área, muy importante, en Cancún. Me pidieron ir y exponer, además de revisar algunas propuestas acerca de un proyecto ambicioso que, de ser factible, podrá ayudar a las personas con padecimientos cardíacos por medio de la genética. Eso también hago y soy parte del equipo. Aunque por ahora estoy en medio de algo estrictamente confidencial, descubrí un virus que se creyó inestable, pero no lo es, y que por la manera en la que se conduce, puedo casi garantizar que es creado, por lo tanto, gracias a la estabilidad que tiene tras esa coraza engañosa, podría tener la cura que ayudaría a no solo curar lo que provoca, si no revertirlo. En fin, no fui por eso, si no por *lo otro*.

Sabía que hombres y mujeres muy poderosas, inversores, accionistas, y demás alcurnia de la farmacéutica, o que se dedican

a ese rubro de la ciencia, asistirían. No me amedrentó, porque, pese a que hablar en público no es mi fuerte, no estaría sola y seríamos un equipo de investigadores a cargo de ello, aunque yo soy la más joven. La buena noticia fue que después de ello tomaría unas vacaciones, visitaría sitios del país donde nací, México; mis padres no eran oriundos, pero le tenía una gran estima y bellos recuerdos, y luego regresaría a casa para continuar con eso que se mantenía en absoluto secreto. A nivel molecular yo era la que había dado con la combinación y solo mi jefe inmediato, y un par de altos mandos más, lo sabíamos.

Es un tema complicado pues hablar de una enfermedad tan delicada, que surgió hace varios años, que además es costosísima y ha cobrado varias vidas ya en el planeta no por ella misma, si no por el deterioro que deja en los órganos, no es bien recibido. Y yo, curiosa como suelo, no lo dudé y trabajé en ello desde hace más de un año en momentos libres, recién descubrí algo más aterrizado, factible y fue en ese momento que capté la atención con mayor amplitud del jefe de mi laboratorio y me metí en ello con total confidencialidad.

Y ese hombre, este que se está duchando importándole nada lo que estoy experimentado, se encontraba en aquellos eventos. En el coctel donde vestí algo sencillo, no dejó de verme. Supe, por oídas, que era poderoso, influyente y que, además, era el dueño de varios laboratorios, entre ellos, accionista de donde yo trabajo. Un tipo apasionado de la ciencia y... de todo lo que su dinero le pueda dar.

Se acercó cuando hablaba con uno de mis colegas. Este se mostró entusiasmado de tenerlo ahí. Platicaron un poco y luego se marchó pues fue evidente que deseaba estar a solas conmigo porque no se esforzó en ocultarlo.

—Es notoria tu experiencia en el tema... —y buscó mi nombre.

La verdad me impresionó, casi nadie lo logra, pero es imposible que un hombre como él no lo consiga. Iba vestido con un traje impecable, la barba medio crecida, pero perfectamente recortada y una coleta bien sujeta.

Es imponente y exuda peligro, pero no me amedrenté. Sabía, por algunos chismes que corren entre mis compañeros, que a pesar de que somos callados a veces hablamos, que era un hombre excéntrico, prepotente y pagado de sí. La verdad es que no parecía que mintieran y yo... simplemente no me interesan hombres así, y la verdad, ninguno por ahora.

—Elle —respondí, perdiendo mi atención en la recepción. Ya deseaba irme a dormir, pero eso también era parte de estar inmersa en esa investigación.

—Elle... —repitió con voz gruesa y mi cuerpo sintió un escalofrío, lo miré—. Quisiera que me acompañaras a cenar mañana —soltó como si nada. Arrugué la frente. Él me estudió estoico, confiado. Desconcertada, dejé vagar mi atención por el lugar. Noté cómo las mujeres cercanas se removían: deseaban estar en mi lugar. Los hombres, varios, lo observaban de reojo.

—Lo lamento... —y fingí no saber su nombre. Sonrió de forma cínica.

—Dáran —habló alzando la ceja. Dáran Lancaster; conocía su nombre, pero no le daría el gusto de que lo supiera.

—Señor Dáran, tengo otros planes.

—Bien, entonces almuerza conmigo —dijo elocuente. Negué sonriendo con candidez. Cómo zafarse de algo así sin que termine siendo incómodo.

—Imposible, lo lamento, pero gracias, seguro será en otra ocasión —me excusé humedeciendo mis labios con la copa. Me observó con ojos diabólicos, tanto que temblé por un segundo, algo atípico en mí. Suelo rechazar categóricamente cualquier invitación. Y con él, a pesar de su imponentia, no habría diferente.

—Vaya, parece que solo secuestrándote lograré tener unos minutos exclusivos de tu tiempo, entonces —dijo como burlándose, aunque un escalofrío recorrió mi espalda. Sonreí en respuesta.

—Buenas noches, señor Dáran —respondí buscando alejarme.

—Buenas noches, Elle, hasta pronto —aseguró con voz pausada.

Al día siguiente me lo topé en un par de exposiciones más, pero solo me miraba a lo lejos y me sonreía como si supiera algo que yo no. Nerviosa me ponía, no lo negaré, pero lo ignoré centrándome en lo que de verdad me llama: la ciencia. El último día hubo un evento de cierre, una cena de gala que todos ya esperábamos para que se anunciaran los contribuyentes y los fondos que se otorgarían para las diferentes investigaciones. Me quedé helada cuando vi que él se encontraba en mi mesa. Me sentaron a su lado y supe que fue gracias a que lo solicitó.

—Buenas noches, Elle —dijo locuaz, estudiándome y es que a pesar de llevar ese lindo vestido me sentí desnuda ante su escrutinio. El director del laboratorio se encontraba ahí, así como personas que no conocía, pero que sabía que eran de las altas esferas.

—Buenas noches —respondí nerviosa, pero buscando ocultarlo. La cena transcurrió bien, si se puede calificar de ese modo. Teniendo a un hombre como él al lado, con su poder, con su conocimiento también, porque debo admitir que sabe del tema, muchísimo, tanto que en un par de ocasiones me perdí en sus palabras, en sus propuestas y todos lo escuchaban atentos.

Cuando una orquesta comenzó a tocar me tendió su mano, que está decorada con algunos tatuajes, alzando la ceja. Todos nos observaron y supe que no tenía más remedio. Lo miré nerviosa.

—No sé bailar —admití buscando aferrarme a lo que fuera. No mentí, además.

—Yo sí —e insistió.

Pasé saliva. Me levanté a regañadientes y me condujo hasta donde los demás asistentes bailaban. Me tomó por la cintura sin el menor reparo y me acercó a su cuerpo lentamente, como si me conociera de siempre, como si estuviera acostumbrado a tomarme de esa manera. Mi respiración se disparó, mi pulso también. Él lo notó y me maldije. La nula experiencia en esa área era evidente, pero había algo más... él, supuse y con mayor razón supe que debía mantenerlo lejos, muy lejos.

—Déjalo en mis manos, Elle —susurró en mi oído, logrando con ello que mi piel se erizara, más nerviosa.

—Ese lugar no era el que yo tenía asignado. No saldré con usted —advertí un tanto rígida, su palma en mi cintura, la comparación de su cuerpo contra el mío, todo era ridículo y extraño, nuevo.

—No te lo pediré otra vez —aseguró sin dudar—. Ahora relájate, es solo un baile —y comenzó a moverme lento, muy lento. Me costaba trabajo seguirlo, es verdad, no sé bailar. Suspiró en mi oído.

—Me ocuparé de que aprendas a moverte sin pisarme —murmuró como de paso. Busqué alejarme, fuera de mí, su mano lo impidió mientras la otra me acercó aún más. No fue sencillo, él me tensaba, su cercanía y, además, seguir la música. No, todo en conjunto era patético, incómodo—. Quizá pasas demasiado tiempo en tu trabajo, la vida es mucho más que eso.

Suspiré ya irritada, su aliento lo sentía muy cerca.

—Mi vida no es su problema, y no me interesa aprender a bailar.

—Ya veremos, bella Elle.

Minutos después, en los que fui un desastre, aunque a él pareció no molestarle en lo absoluto, me dejó en mi lugar, se alejó y no lo volví a tener cerca, cosa que agradecí. Hablé con

varios colegas el resto de la noche, pero de vez en vez sentía su mirada sobre mí y mi nuca cosquilleaba. No me gustó lo que generó, la vulnerabilidad que introdujo en mi ser, en mi mente, las sensaciones con las que en absoluto estoy familiarizada.

No volví a saber de él. Paseé por México en compañía de mi hermana, como planeamos y fue maravilloso. Conocí sitios de los que mi padre me habló, otros que visitó con mamá. Aide vive en Estados Unidos, ahí estudió y es profesora en Harvard. Mi abuela murió tiempo atrás y ambas nos dedicamos a estudiar con el legado que nuestro padre nos dejó; un fideicomiso que soportó nuestros gastos, además de las becas que obtuvimos por excelencia cada una.

Regresé a Toronto apenas el día anterior, o eso creo, porque no sé cuánto tiempo llevo aquí. Una semana aún tenía libre y ya estaba completamente planeada, tal como siempre, así que este mandril no obstaculizaría mis planes. Lo cierto es que no tenía idea de dónde estaba porque no sabía de dónde él era originario y en general... nada suyo. Suelo ser curiosa, pero con ese hombre ni lo pensé. Ahora aquí estoy asustada y sin entender nada.



—Pronto traerán el almuerzo —dice a mis espaldas. Respiro, aturdida, casi llorosa, pero me aganto, rodeando mi pecho, que apenas lo cubre este maldito camisón.

—Deje este juego. Me secuestró. Esto es ilegal —gruño sin girar.

—Eso es mucho drama para una mujer como tú. Eres inteligente, pronto te adaptarás —susurra pragmático.

—¿Qué quiere de mí? ¿Por qué me trajo aquí? ¿Es porque no acepté salir con usted?

—Me llamo Dáran, lo sabes, y te agradeceré que me llames por mi nombre.

—¡Responda! —grito de repente incluso sorprendiéndome a mí misma. Lo encaro. Está a un metro, en traje, serio y su loción ya inunda el lugar. Intento no olerla porque de verdad huele bien, como todo ahí. Sonríe relajado.

—Elle, esta es tu casa de ahora en adelante, cuanto antes lo aceptes, mejor para los dos. Serás mi compañera —determina arreglándose las mancuernillas.

—¡No acepto nada! ¡Está loco! ¡Loco! ¡No puede simplemente robarme y pretender esto! ¿Acaso me obligará a estar con usted? —rujo furiosa. Nunca alguien había logrado esto en mí. La verdad es que no lo conozco, pero de que está loco, lo está, aunque también puede violarme en este maldito sitio y nadie lo sabría. Sacude su melena castaña y luego me observa fijamente.

—Tú te entregarás —asegura sujetando su cabello. Río histérica. Esto es un sueño, o una pesadilla, mejor dicho. Niego con vehemencia.

—No lo hagas, llévame de regreso —me encuentro rogando, muerta de miedo, comprendiendo que estoy en sus manos.

—Elle, puedes darte un baño, o cambiarte. Puedes marcar en ese teléfono —y me muestra un conmutador que descansa a un lado de una mesilla de noche—, y te traerán algo de comer. Ponte cómoda, vuelvo más tarde —comenta como si esto fuese lo más normal. Niego, asombrada, incrédula.

—¡Quiero salir de aquí! —grito de nuevo, lagrimeando. Me mira de reojo y sonríe.

—El televisor pondrá el canal que desees. Nos vemos después —y baja. Lo sigo con desquicio, pero no se detiene y sale colocando la mano sobre un muro debajo de la habitación que tiene una puerta corrediza gris: evidentemente es impenetrable.

Corro para alcanzarlo, pero se cierra antes de que pueda hacer nada. La golpeo con toda mi impotencia y miedo, rabia.

—¡Abre! ¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡No me dejes aquí! —ruego hasta que quedo sin fuerza. Me dejo caer aturrida, aún sin poder registrar lo que me está pasando. De pronto se me ocurre que si pido comida alguien vendrá y será mi oportunidad de salir. Veo el mismo aparato de conmutador sobre una mesilla que está al lado de un sofá cuadrado. Me topo, al girar, con un columpio que cuelga desde el altísimo techo y las cuerdas cruzan por la habitación donde desperté. Gruño. Millonario excéntrico, pero ahora mismo no tengo tiempo. Agarro el maldito aparato. Solo tiene un botón. Suena. Tiemblo.

—Buen día. ¿Qué puedo llevarle? —Hablan inglés, es una mujer.

—Escucha. Ayúdame. Me secuestró, yo no quiero estar aquí, ¡ayúdame! —le suplico.

—¿Desea algún platillo en especial? —insiste serena. Aferro el auricular, sudando.

—¡Estoy secuestrada! ¿No escuchas? ¡No quiero estar aquí!

Silencio. Rujo sopesando mis opciones, buscando pensar con frialdad, como cuando estoy en medio de una nueva investigación y no sabremos con qué nos toparemos. Respiro intentando así formular un plan.

—¿Qué pueden traerme? —pregunto más tranquila, aunque no sé ni cómo lo logro.

—¿Qué desea?

—Emm, una hamburguesa —suelto sin más.

—De qué la quiere

—De lo que sea —sueno ya un tanto ansiosa. Otra vez me obligo a relajarme.

—Qué punto.

—No importa.

—¿Algún acompañamiento?

—¡No! Como quiera, solo traiga la comida.

—¿Desea algo de tomar? —Me dan ganas de aventar el maldito aparato. ¡Agh!

—Agua. No tarde —ordeno colgando, aspirando con fuerza. Aguardo, sentada sobre el taburete color crema, evaluando mis opciones. Debo salir de aquí.

Minutos después, en los que intento pensar sin la angustia esta que me come, escucho la puerta. Me levanto corriendo hasta ahí. Entra un hombre enorme. Pestañeo y luego pasa una chica con la comida. Me sonrío. Busco esquivar al gorila este, pero me obstaculiza el paso. Pronto la mujer deja el carrito, sale, y grito de nuevo al ver que la puerta se cierra. Me duele el estómago, tengo arcadas, me estoy consumiendo de nervios, de ansiedad y miedo.

—¡No! ¡Quiero salir! ¡No!

Una hora después mis pulmones no pueden más. Subo de prisa. Entro al vestidor para hurgar y ver si encuentro algo que quizá pueda ayudarme. No tengo idea de qué. Ingreso al baño, ofuscada. No hay nada que me sirva para, no sé, amenazarlo, hacerle daño y que me deje salir, lo que sea.

Rujo tumbando lo que puedo, que no es mucho. Salgo frustrada y me acerco a la ventana de la habitación. No hay nadie. Está oscureciendo. Gimo. Bajo. Nada, aunque a lo lejos veo luces de un auto. Me acerco pero nadie parece notarme aquí, encerrada. Lágrimas de nuevo salen debido a la desesperación. Subo otra vez, desganada, y me escabullo hasta la esquina del cuarto, recargando la espalda en un pequeño muro que está del lado de la ventana. El piso es frío, pero está aclimatado. Fuera de mí cubro las piernas con el camisón, rodeándolas con mis brazos. Necesito salir de aquí.

CAPÍTULO II

No sé cuánto tiempo pasa, pero al fin la maldita puerta se escucha y, aunque es un sonido suave, lo detecto. Me yergo y noto que mis piernas están entumecidas. Me aferro al muro, colérica. Sube, lo sé por sus pisadas; son sigilosas, como las de un fantasma.

—No te duchaste —señala, quitándose el saco, al llegar al piso donde me encuentro. Se afloja la corbata. Sin pensarlo me acerco y pretendo darle una bofetada. Detiene mi mano en vuelo, me acerca a él y me mira fijamente.

—Si te gusta lo rudo, solo debes decirlo —suelta con perversión. Respiro, agitada, buscando soltarme. Me deja libre y sin que lo vea venir le planto mi palma en su rostro. Parece que lo espera. Asiente sin moverse—. Es un placer tenerte aquí, Elle —revira dejándome ahí, de pie, helada, con la mano adolorida.

—No puedes hacerme esto. No puedes —le hago ver. Todo cobra vida con tan solo una orden de su boca y el vestidor se enciende. Lo sigo.

—Puedo. Por eso lo hago. Pero no te preocupes, estarás bien.

—No si permanezco aquí, en contra de mi voluntad.

—Bueno, entonces desea estar aquí y asunto resuelto. Créeme, es lo mejor para ti —refuta desabrochándose la camisa.

—¡Eres un hijo de puta!

—No, no lo soy, la verdad... pero sí un cabrón, y tú serás mi compañera —determina quitándose la prenda superior.

—¡No seré tu nada! ¡Imbécil!

—Tienes razón, Elle, ya lo eres. Aunque no haya estado aún dentro de ti, lo eres —asegura soltándose el cabello. Quiero matarlo y busco con qué. Me siento fuera de mí—. No lo intentes. Mejor ve a comer.

—No comeré. Me mataré de hambre hasta que entiendas que no quiero estar aquí.

—Bien, es tu decisión. La muerte por inanición es espantosa, pero tú sabrás.

Y se comienza a quitar el pantalón. Salgo de ahí casi corriendo. Ya no sé qué puedo hacer; tengo hambre, sí, sueño, rabia, miedo, todo junto. Me siento en la misma orilla de hace un rato, quizá apelando a algún sentimiento de lástima y así me deje en paz o, con el paso de los días, al notar que no pienso moverme de mi postura: me quiero ir de aquí.

Lo veo salir, pedir un filete de cenar por ese maldito conmutador, junto con una copa de vino. Me pregunta si no deseo nada. Lo ignoro. Baja despacio, con tan solo un pantalón de algodón oscuro y una camiseta blanca. La comida llega, le sirven y habla algo con el gorila ese. Se oyen relajados. Escucho lo cubiertos, el televisor, habla por teléfono, también en alemán, me parece.

Más tarde, suspira, se apaga todo y regresa a la planta alta. Lleva consigo un libro. En el umbral se quita la camiseta dejándola en el barandal. Entra al vestidor, luego sale. Se mete bajo las sábanas y comienza a leer, ignorándose. No entiendo qué pretende, en serio que no, pero agradezco de alguna manera que no se acerque a mí, le escupiría, quizá deba hacerlo.

Pasa varias horas leyendo, atento, en silencio, con *rock* en inglés invadiendo el lugar. No puedo comprender cómo es que logra concentrarse así, además, es ruidoso, molesto, pero parece que a él le ayuda. Contrasta con la imagen que cualquiera podría tener de un hombre con su poder, aunque eso no me interesa. Me levanto cuando me siento agarrotada, necesito ir al baño. Me ve de reojo, pero enseguida regresa a lo suyo, parece tan seguro que siento odiarlo aún más. Camino con torpeza hasta donde debo. Al estar sola, rebusco de nuevo en el lugar, quizá un vidrio, o una navaja. Nada. Salgo después de echarme agua en el rostro, luzco fatigada, despeinada. Odio este maldito camisón, pero no me ducharé aquí, menos me pondré algo de lo que ese idiota me ofreció porque sí, ya vi que hay mucha ropa de mujer en ese maldito armario. El sillón dentro del vestidor me llama, pero mi plan es despertar su consciencia y ahí no lo lograré.

Me siento ahí mismo. Agarro cierta posición, que no es cómoda, pero no cederé.

—Es tarde, Elle, tú decidirás cómo pasar aquí tus días.

—No estaré días —refuto.

—Cierto, estarás aquí mucho más que tan solo días.

—Estás enfermo.

—Quizá, pero esta es tu realidad, y entre más rápido la entiendas, menos la padecerás.

—Me das asco.

—La cama es grande —revira burlón.

—Hay sofás.

—Harías que te tomara con estas sucias manos y te recostara a mi lado. Creo que ese no es tu plan, sino otro.

—Quiero que me regreses. Mi trabajo, mi hermana. Entiende que tengo una vida —le hago ver con voz quebrada.

—Buenas noches, Elle —dice y las luces se apagan con un aplauso que da.

—Me buscarán, sabrán que desaparecí. Esto no es sostenible.

—Tu vida ahora está aquí. Espero que el suelo te permita dormir, porque es eso, o aquí, en esta cama, no hay más.

—Te ahogaré mientras duermes.

—Bien, hasta... el otro mundo, supongo.

Transcurre un tiempo y creo que en serio ya se quedó dormido. Me levanto con cuidado y me acerco. Sí, no me importa si debo ahogarlo, no me importa qué deba hacer. Su plato de comida se lo llevaron, mi hamburguesa ahí sigue en ese maldito comedor, alcanzo a ver pues las luces del exterior se filtran gracias a las enormes ventanas. Busco algo, lo que sea. Tomo con cuidado una de las almohadas y la acerco a su rostro muy despacio.

—Terminarás en prisión —escucho que habla entre sueños, con voz ronca, pero sin moverse. Jadeo retrocediendo. Se acurruca—. Duerme, Elle, es tarde —dice despacio, pero estoico. Llena de rabia e impotencia, me dejo ir sobre él, sin pensarlo. De un movimiento termino con su cuerpo sobre el mío, su cabello a los lados de mi rostro y su musculatura expuesta.

—¡Suéltame! —rujo mientras intento quitar sus manos de mis muñecas.

—Tú fuiste la que me buscó —revira sonriendo, con esa mirada felina, peligrosa. Siento su cuerpo y su... excitación en mi estómago. Me remuevo nerviosa, asustada, sentimientos a los que no estoy en lo absoluto acostumbrada. Parece que él genera en mí todo aquello a lo que no estoy habituada.

—Vete al infierno. Quería ahogarte —suelto sin importarme nada.

—¿Saltando sobre mí? Mejor admite que deseas saber lo que es ser mujer, mi dulce Elle —revira con simpleza, lujurioso. Me

remuevo de nuevo. Me suelta y corro hasta “mi esquina”, como la acabo llamando.

—Eres repulsivo.

—Me desafías.

—No te desafío, quiero que me dejes ir.

—Y yo quiero dormir, a menos de que quieras retozar un rato aquí, conmigo. Por mí no hay problema.

—Eres una bestia.

—Tu repertorio es realmente ilustrativo, pero debo dormir ya que no estás dispuesta a calentar mi lecho, que, por cierto, si decides compartir es sin compromiso, el piso puede ser algo duro... me parece.

—Púdrete.

—Buenas noches, Elle.

No duermo en realidad, pero no me muevo tampoco de mi sitio. Se levanta al alba, apenas si me ve, se viste con un conjunto deportivo y sale. Regresa sudoroso una hora más tarde. Aún no amanece. Se da una ducha después de pedir el desayuno. Se llevan mi hamburguesa.

—Pedí huevos, por si quieres —señala como de paso, desde el salón.

—Púdrete.

—Bien.

Minutos después sube, imagino que se lava los dientes, toma un abrigo, me ve y sonríe como si yo estuviera jugando con él.

—Los berrinches, Elle, notarás con el tiempo, que no van conmigo, y piadoso no soy. Tú sabrás cuánto autocastigo te impones, aquí tienes todo.

—Menos la posibilidad de marcharme.

—Bueno, sí, menos eso.

—¿Dónde estoy? —inquiero con la boca seca. Necesito agua, y un baño también, pero me resisto.

—Lejos, *wahine*, lejos.

Cuando me deja sola me levanto, quejándome. Veo desde arriba lo que hay de comer y mi boca se hace agua, pero resisto. Voy al baño, encuentro pasta dental y un cepillo rosado, eléctrico. Ruedo los ojos. Desde el día anterior lo vi y supe que era mío. Rosado, ¡imbécil! Tomo el de al lado, negro, y lo aviento. Se rompe y sonrío triunfante. Me lavo la boca. Bebo agua porque la cabeza ya me lo exige. Veo la ducha a mis espaldas. Es grande, hermosa debo aceptar, pero no pienso meterme.

Deambulo y mis ojos se posan en el libro que leía la noche anterior. Me acerco y lo tomo. Es de bioquímica, *en italiano*, noto. La rabia surge y empiezo a despedazarlo. Con cierta culpa, debo añadir. Los libros en mi mundo son intocables, pero este es de él, por lo tanto, lo merece aunque sea de un tema que es casi mi vida. Lo dejo sin hojas, inservible. Al final me siento un poco mejor, solo un poco. No tenía idea de que podía hacer este tipo de cosas destructoras, pero nada es lo que debe en este momento. Necesito ir a casa.

Pasan las horas, me acerco a la ventana, ya no nieva, pero se ve un paisaje blanco asombroso. ¿Dónde estaré?

Tengo sed de nuevo, así que tomo agua. *Necesito salir de aquí*, me repito una y otra vez. Busco abrir los paneles. Aviento lo que puedo a la ventana de abajo, pero evidentemente son aisladas, gruesas, ni cosquillas les hago. El cuarto es un desastre, observo con una sonrisa de orgullo y abajo, también. No sé cuánto tiempo pasa cuando entra el mismo gorila que el día anterior, con una mucama.

Sin pensarlo me acerco a ella, pero me ignora, serena.

—Ayúdame, ayúdame a salir —le suplico, pero es como si no existiera. Me acerco a él, llorosa—. Por favor —le ruego desesperada.

—¿Necesita que le traiga algo? —pregunta elocuente, mientras la mujer arregla todo el desastre.

—¡Déjame salir! —grito como nunca en mi vida. No se inmuta. Lo golpeo e intento hacerlo a un lado, pero nada. Vencida, sollozo, me alejo derrotada y me siento en uno de los sillones. El televisor está encendido, las noticias, y pierdo un poco mi atención en ello, cansada. Sin percatarme, me quedo dormida ahí, en una pésima posición.



Escucho ruidos y abro los ojos de golpe. Él está ahí, leyendo otro libro, sentado en el sofá color gris claro. Lo observo en silencio.

—Lo que haces no está bien —digo con voz pastosa, con la vista fija en sus rasgos fieros, casi temibles. Suspira y pasa la hoja.

—¿Y qué es *bien*? Según tú, Elle —revira sereno. Lleva puesto un vaquero, un suéter, el cabello en un moño alto, como un samurái.

—No privar a alguien de su libertad. Eso es correcto, es el “bien” —señalo incorporándome, cubriendo mis pechos con los brazos cruzados. Tengo hambre, sed, me duele cada músculo del cuerpo.

—No romper un libro, también es correcto, entra en el “bien”, o no destrozarse un cepillo de dientes... entre otras cosas —apunta dejando el libro en sus piernas y me evalúa alzando la ceja, la que tiene la cicatriz.

—Me tienes aquí contra mi voluntad, no sé qué esperas que haga... ¿Que te lo agradezca? ¿Que baile de felicidad?

—No sabes bailar —me recuerda con desgarbo.

—Imbécil —rujo, levantándome.

—No es tan difícil, Elle... Solo acepta tu realidad —murmura desde su lugar. Sollozo, exasperada.

—No es la que yo elegí, no es lo que yo quiero. Estás decidiendo por mí.

—La vida a veces hace eso, decidir. Uno elige cómo enfrentar la situación.

—¡Tú no eres la vida! —le grito.

—Ya lo veremos —y sigue leyendo. Me siento, suspirando.

—¿Nada de lo que te diga hará que cambies de parecer?

—Come, Elle, date una ducha, ponte otra ropa. Pareces un fantasma con eso.

—Vete al carajo —replico utilizando palabras que nunca uso.

—Eres una mujer inteligente, los mejores promedios, entregada a lo que haces, brillante a decir verdad, pero... te falta tanto por entender.

—Puede ser, pero no serás tú quien me enseñe. No entiendo por qué me tienes aquí.

—Porque quiero. Porque es necesario.

—¿Necesario? ¿Así de simple? Qué engreído e inseguro eres —reviro contenida. Se gira y me ve, intrigado.

—¿Inseguro?

—Sí —avaló—. Si fueses un hombre, uno de verdad, habrías hecho las cosas como deben ser.

—De nuevo con eso... Pero venga, explícame, me intriga tú *deber ser*; se nota que ese tema lo dominas —se burla, desvió la mirada. No es solo el hecho de estar ahí lo que me hierva, sino él, sus respuestas, su forma de ser. Lo detesto.

—Los hombres, los de verdad, invitan a salir, conquistan, no secuestran.

—Vaya, lo intenté, ¿lo recuerdas? Pero declinaste mis invitaciones, hice solo lo que no recibió rechazo de tu parte.

—¿Qué? —pregunto irritada.

—Retenerte para que me dediques tiempo solo a mí —responde como si nada. Abro la boca debido al asombro.

—Bromeas.

—Creo que es evidente que no. Yo no bromeo, Elle. Ya lo notarás.

—No me interesa conocerte, no quiero saber nada de ti, salvo que me regreses a casa.

—Basta, Elle, no seguiré con esto. Cuando entiendas que esta es tu realidad las cosas cambiarán.

—¡No es mi realidad! —grito, de nuevo. Lo he hecho más que en toda mi vida. Se levanta de una, deja el libro sobre una mesa y se acerca a paso felino. Gimo asustada, con el pulso detenido. Queda a escasos centímetros de mi rostro. Sus ojos miel me acribillan.

—Lo es, ahora date una maldita ducha, ponte otra cosa encima o juro que... —Sin saber cómo lo aviento, no se mueve mucho, pero logro salir de ahí, agitada.

—¿Me violarás? ¡Si eres un maldito animal, no me asombraría!

—Muchas mujeres darían lo que fuera por estar en tu lugar —ruge, ya un poco exasperado, noto. Me río histérica.

—¡De eso se trata! ¡De tu maldito ego! No me interesas, no me atraes y no soy esas estúpidas mujeres —zanjo decidida. Me evalúa serio.

—No, definitivamente no lo eres, por eso estás aquí, por eso elegí esto.

—¡Pero yo no! —intento hacerle ver ya con lágrimas.

—Date un baño, Elle —solo dice y se sienta de nuevo, parece cansado.

—¡Déjame ir! —le suplico llorando. Llena de aire sus pulmones y prosigue con su libro, negando.

—No.

Subo casi corriendo, llorando, desesperada. Odio la debilidad, no soy una mujer que muestre sus sentimientos, nunca lo he necesitado, pero esto me supera. Ni fantaseando hubiese pensado que algo como esto me pudiera ocurrir. No me considero fea, digo, tampoco es como que me la paso pensándolo, no soy así, tengo el cabello muy rubio, cae ahora mismo en ondas hasta cubrir mis pechos, pero lo suelo llevar trenzado o en un moño, mi piel es blanquísima, casi como el talco por lo que con facilidad se torna roja gracias al calor, al frío, a lo que sea. Mis pestañas son largas, no tan rizadas y mis ojos azules, pero no algo impresionante, sino azules y ya. Fácilmente me salen ojeras, tengo una nariz respingona y boca normal, diría yo, nada exuberante. Soy alta... aunque con él al lado no me siento así, de poco pecho, pero con caderas y piernas curvas, diría mi abuela. En conjunto una chica más y no, no es por decirlo, es verdad... No entiendo por qué teniendo acceso a las mujeres que imagino tiene acceso, me tiene aquí.

Me siento en la esquina elegida y pierdo mi atención en el oscuro exterior. Un día más...

Duelmo de la misma forma, solo que ahora me acurruco en el piso. No he comido nada desde antier. Siento el estómago pegado a la espalda, solo tomo agua, pero sé que no es suficiente. Me resisto a hacer algo de lo que exige, a rendirme, a resignarme. Pero sin comida, por otro lado, no llegaré a ningún lado, lo cierto es que me siento hundida, sin salida. Jamás he experimentado una sensación similar, nunca.

La mañana transcurre igual que el día anterior. Pero no nos hablamos en lo absoluto. El olor a comida invade mis fosas nasales, aunque ya ni me levanto salvo para ir al baño o tomar agua, que me ha dejado la mueca, en una botella a mi lado. Debo oler mal, no me importa, mi cabello lo siento adherido a mi piel, no he dormido prácticamente y solo llozo cada tanto.

Por la noche llega, ahora sí me ve, lleva unos libros en la mano. Los deja a mi lado. Ni siquiera lo miro, pero cuando entra al vestidor los arrojo de un manotazo. Sale minutos después y baja. Escucho las noticias en el televisor de abajo: un terremoto sacudió Japón. Me asomo, débil, él ya está con el teléfono y *tablet* en mano, luce agobiado. De pronto sube por algo, rapidísimo, como una gacela, pasa frente a mí, ve los libros ahí, donde los dejó, desperdigados, y a mí. Sonríe.

—Cómo me gustas, mujer —expresa, toma algo y baja para un segundo después salir casi apurado. Recargo la frente en el barandal. Huelo mal. Definitivamente. Me acerco a los libros y los pateo. *Debo mantenerme en movimiento*, comprendo al sentir las articulaciones agarrotadas.

A este tipo le falta algo en el cerebro, pero a mí no. Si tengo oportunidad de escapar, débil no podré hacerlo. Entro al baño desganada, llorosa, pero decidida. Hay ropa para mí, la he visto y eso me enerva, pero ayuda en este momento. También encuentro una bata, rosa, claro está. Si supiera lo que detesto ese color.

Me doy un baño temiendo que regrese en cualquier instante, así que me apresuro. El agua por mi cuerpo, el champú, todo ayuda, solo un poco. Esto parece muy avanzado tecnológicamente, es una casa, asumo, inteligente y Frivóla, como he escuchado que la llama, es la que se encarga de todo aquí. Cuando salgo, el espacio donde hay ropa de mujer cobra vida, se enciende y me acerco despacio. Ese sitio es en serio enorme, como todo ahí: paneles de luz cálida, de ese lado y todo luce... femenino, noto, del otro, masculino.

Respiro profundo y estudio su parte, atenta. Los cajones no están abiertos, solo hay trajes, pantalones y cosas así colgadas, todo tipo de ropa. Me giro y los cajones del lado opuesto ya están abiertos. Arrugo la frente comprendiendo que me

ve, él me observa. Aprieto los puños, seguro me espió en la ducha. ¡Imbécil!

Me acerco e inspecciono. Hay ropa interior de la misma marca de la que suelo usar. Entorno los ojos. *¿Hasta dónde llegó?* Tomo una braga blanca de algodón, aunque noto que hay de muchos colores y texturas. ¡Idiota!

Lo cierro y el cajón siguiente se abre. Una serie de sostenes aparecen, también de todos los tipos pero ponderan los que suelo usar, incluso la talla. Gruño pero tomo uno, blanco también. Lo cierro y sigue uno de *negligés*. Ya no sé si reír o sacarlos con la rabia que me produce. Lo intento cerrar de golpe, pero no me deja, al contrario, lo hace despacio.

Me alejo e inspecciono lo que hay colgado. Es un armario que podría ser el sueño de cualquiera, pero yo solo busco algo deportivo, lo encuentro, es un conjunto negro de *Nike*. Me visto como rayo. Luego un apartado de perfumes se abre. Hay cremas carísimas, desodorantes, cepillo. Tomo este último y me lo paso por el cabello, tengo unos nudos horribles, los deshago y luego lo dejo ahí de nuevo.

Salgo deprisa, no quiero que llegue y yo seguir ahí. Me siento un poco más persona con esta ropa, por lo menos es oscura, de manga larga. Al salir, se cierran los cajones y el área se apaga. Veo mis pies, gimo, no tomé algunos calcetines, o algo. Llevo descalza desde que desperté y dormir con los pies sin cubrir es algo que no soporto, pero me recuerdo que no estoy ahí para estar cómoda. Me siento frente al televisor de abajo, las noticias están terribles. Muchísima gente murió y esperan tsunamis las últimas horas. Esas cosas siempre logran afectarme y me pierdo en lo que el reportero dice.

Llega una hora después, no nos hablamos, solo se sienta en el sillón perpendicular y ve lo mismo que yo. La cena llega, la sirven en aquel comedor que está al frente de la enorme ventana

donde nieva, de nuevo. La mesa está puesta para dos. Muero por acercarme a atacar eso que hasta mi nariz llega su aroma. Sé que dije que debo comer, no estar débil, pero mi orgullo ya se vio un poco mermado con la ducha. Así que me incorporo y subo al mismo sitio donde están los libros regados. No me interesa de qué van, me los dio él y solo por eso los desprecio. Cruzo mis piernas y recargo la cabeza en el muro, evocando algo que me ayude a transitar toda esta maldita pesadilla. Mis recuerdos son entre libros, una vida planeada, tranquila, rutinaria, tal como la ideé. Quiero regresar a ella. Sollozo, harta.

Entra a la cama, tal como las dos noches anteriores, pero no lee, solo apaga las luces y se arropa. Me acurruco sobre el piso echa ovillo. En serio que no sé cuánto más podré aguantar sin comida, o con este dolor de cabeza, la debilidad ya la percibo.

CAPÍTULO III

Abro los ojos, pero no puedo incorporarme, me duele el cuerpo, la cabeza, y no siento la energía suficiente como para pararme. Tengo mucho frío. Me rodeo con las manos y cierro los ojos. Mi mente logra de nuevo perderse en la inconsciencia. He estado teniendo frío por las noches; entra por mis pies y no me permite dormir. Poca agua he tomado y la verdad es que estoy vencida. Por la noche, cuando regresa, se acerca.

—¿Elle? —Me llama con suavidad. Lo escucho a lo lejos. Busco retroceder. Logré ir al baño, pero no más, no me importa nada si no puedo salir de aquí. Debe darse cuenta de lo que hace. Aprieto los labios. Sigo sintiendo frío. Percibo su mano sobre mi brazo, gruño, luego sobre mi frente—. Diabla de mujer —se queja y me levanta a pesar de que intento hacerlo a un lado.

Me pone sobre la cama. Busco bajarme, pero me detiene.

—No te atrevas —amenaza. Me quedo ahí, acurrucada, estática. Habla por teléfono y minutos después, en los que solo me observa, molesto, llega alguien más. Los escucho subir, nerviosa, aunque totalmente exhausta.

—No ha comido en cuatro días, casi no se ha hidratado y no ha dormido prácticamente —le informa a un hombre de

complexión mediana a comparación de él. Debe llegarle a la barbilla, de cabello corto bien peinado y lentes, mono, con facha de inteligente. Este asiente con suficiencia, con semblante sereno ante lo dicho. Pronto se acerca y sujeta con suavidad mi muñeca. Toma mi pulso mientras yo lo escruto con desconfianza.

—Dile la verdad —susurro contenida, pero el que supongo que es un médico, me ignora y Dáran permanece inmutable ahí, cerca, con los brazos cruzados. Me revisan sin cruzar palabra conmigo. Siento tanto odio.

—Bajaré la fiebre, pero debe comer, tomar agua...

—No lo haré —determino serena. La bestia sonrío.

—Lo hará. ¿Qué más? —pregunta relajado, mientras el doctor introduce líquido en una jeringa.

—Con eso será suficiente, adicional unas vitaminas que puede ingerir a diario.

—Bien —responde el idiota ese, mientras el médico me hace girar un poco. Pretende bajar mi pantalón. Le aviento, como puedo, la mano. Mi celador rueda los ojos, se acerca y me detiene cuando siento que introduce en mi piel la aguja.

—Te detesto —murmuro. Él ríe.

—Lo sé —responde y me suelta. Lo hago a un lado con pocas fuerzas.

—Es solo un resfrío. ¿Puede mostrarme la garganta? —pide el doctor con elocuencia.

—No —respondo iracunda.

—Si no lo haces, juro que tu hermana pensará que estás muerta, Elle —me amenaza la bestia. Me yergo con la fuerza que me queda y me acerco a su rostro, ahí, de rodillas en la cama, ni así lo alcanzo, pero lo intento. El médico salta alejándose—. ¿No es hermosa? —dice mi carcelero, contemplándome. Lo empujo.

—¡No te atrevas!

—Abre la boca, Elle —exige sin moverse. El médico aguarda. Sé que no miente, lo hará si no obedezco y comprendo que dio con mi punto débil. El susodicho se acerca y me inspecciona.

—Está irritada —determina. Lo miro arrugando la frente, ni siquiera me duele. Nota mi actitud, no parece asombrado por mis arrebatos, ni nada en general—. Sube tus defensas, de todas maneras ya tienes un virus.

—Es ridículo. Solo no he comido.

—Pues come, duerme, y toma los medicamentos, en un par de horas no podrás ni pasar bocado —augura. Arrugo la frente, no recuerdo la última vez que enfermé.

—Me quiere asustar, todos ustedes están coludidos con este animal. —Ambos sonríen pero el muy bestia lo ve como diciendo *te lo dije*.

—Me voy. Te mando en unos minutos lo que necesitarán con las instrucciones —le informa a mi celador. Este asiente y luego me mira—. Que mejores pronto, Elle.

Lo veo bajar y me levanto de la cama, ni de loca dormiré ahí, pero sus brazos me detienen y me recuestan sin problemas.

—No juego, ya debes saberlo. Haz lo que te piden o yo cumpliré lo que te dije —advierte. Me lo quito de encima con un empujón.

—Eres aberrante, abominable, un simio. No, un simio no, ellos son buenos, tú eres una maldita bestia asquerosa, repulsiva... —conforme hablo mi boca se empieza a secar y la garganta cosquillea.

—Si ya terminaste, recuéstate mientras traen algo para que comas.

—Te dije que no lo haré —repito obedeciendo, muy agotada, con frío. Sonríe.

—Lo harás, *taku ataahua*¹ Elle —asegura con suavidad usando ese extraño dialecto y baja. Mis ojos se cierran. Tres días sin dormir, aunado a toda la marea de estrés que me ha generado estar aquí contra mi voluntad, hacen mella y termino cayendo dormida así, como si nada estuviese pasando.



Despierto y todo es oscuridad. Me incorporo y la garganta arde como el infierno. Me llevo la mano al cuello. Siento que quema.

—¿Qué ocurre? —escucho a mi lado. Respingo al comprender que lo tuve todo este tiempo a menos de un metro de distancia. Sonríe, me pretendo bajar, pero sujeta mi muñeca—. Recuéstate, Elle.

—Quiero... agua —logro decir apenas porque arde horrible. Qué virus pesqué.

—En tu mesilla tienes —dice despacio. Asiento, me sirvo y la bebo poco a poco, duele siquiera pasar—. Te dije que dolería. —Ni siquiera volteo. Ahora mismo, a pesar del dolor, tengo demasiada hambre, muchísima, tanta que no podré dormir.

—Necesito comer algo —logro decir con voz rasposa, notando que he bajado las defensas, me estoy doblegando pese a la ira, la indignación. Sin más, se levanta y logro ver de nuevo ese impresionante cuerpo. Es como si fuese parte de la naturaleza; osco, rudo, varonil, eso sin contar los tatuajes, varios que están desperdigados; espirales y otras figuras que no comprendo. Marca y pide una sopa. Luego se pone algo encima y me observa.

—¿Crees que eso puedas pasarlo? —pregunta cuando se sujeta el cabello. Asiento. Me duele mucho la cabeza. Un poco más

1 Mi bella.

tarde, baja y abre la puerta después de que una pequeña alarma sonara. Sube con el alimento y se acerca tendiéndome una charola con patitas—. Acomódate —ordena. Le hago caso, molesta por la situación, pero muerta de hambre. La sopa es como una crema, le doy un sorbo y escuece. Hago una mueca—. Te dije que comieras... —Lo escucho. Levanto el rostro y lo fulmino con la mirada. Sonríe.

Es raro, pero es como si nada lo perturbara. Prende con una instrucción a *Frivóla*; la pantalla ahí, frente a la cama, desciende. De pronto ambos nos perdemos en un documental en inglés sobre la vida salvaje en territorios extremos.

Termino minutos después. Ahora tengo más hambre que antes, pero decido no hacer caso a la sensación, de todas maneras, ingerir aquello costó un mundo. Me lo quita de encima justo cuando yo pienso hacerlo, lo deja en el salón y regresa, serio. Aprovecho para escabullirme al baño, vuelvo y me cubro con el afelpado hasta la barbilla, él ya se ha quitado la camiseta, se frota el rostro y me observa.

—Un año... —dice a los pies de la cama, inspeccionándome.

—Un año, ¿qué? —quiero saber, pasando con trabajos.

—En un año te vas, si es lo que desees —suelta al fin, tranquilo. No me muevo, solo lo observo. No veo cómo podría pasar siquiera un segundo más a su lado, menos después de esta forma en la que hizo todo, pero también, porque es lo opuesto a lo que yo imaginaría como prospecto para mí. Entorno los ojos.

—No.

—Te estoy avisando, Elle. No es una negociación —zanja con esa voz que genera un calambre en mi ser. Lo acribillo con los ojos.

—No pienso durar aquí un año, no te tolero ni un... —paso saliva— segundo más.

—Es una pena, porque no tienes opciones.

—¡Tengo un trabajo! —logro gritar. Pero arde horrible, me busco tranquilizar.

—Ahora no es el momento. Duerme —ordena.

—¿En serio? ¿Crees que puedes ir por la vida haciendo cosas así, nada más? —Se sienta en el lado donde suele dormir, sin mirarme.

—Cuando es necesario, sí.

—¡No!

—Elle, vemos las cosas de manera diferente.

—No se trata de ver las cosas de manera diferente —reviro con intensidad, a pesar del dolor de garganta, el sueño, todo, no puedo callarme—, se trata de consciencia, de sentido común, de libertad. De mis derechos. No soy una cosa.

—Duerme, Elle —dice y se recuesta. Lo miro horrorizada.

—¡No estaré aquí un año!

—Menos tiempo es imposible... —me advierte dándome la espalda. Lo miro con odio.

—Es ilegal.

—Ya veremos —determina y da una palmada. Las luces se apagan—. Ahora duermes.

—No quiero dormir.

—Bien —susurra sin mirarme—, pero si te bajas de la cama, me obligarás a tomar medidas drásticas... —me amenaza.

Por un segundo pienso en preguntarle cuáles, luego, como la cobarde que descubro en este momento que soy, guardo silencio. Me acurruco lo más lejos posible de él, pero no es sencillo sabiéndolo a poca distancia, su cuerpo es enorme y solo ruego que no cambie de idea y busque ir más allá sin mi consentimiento. Tardo en caer profunda, sin embargo, lo logro porque es imposible hacer ya lo contrario y quiero creer que no estoy en peligro a su lado, no del todo por lo menos, porque de que es un animal, un bruto, una bestia, lo es.

Despierto y todo está en penumbras, la garganta sigue doliendo, me duele pasar siquiera saliva. Tengo frío. Me arremolino más entre las cobijas abriendo los ojos. *¿Estará aún aquí?* Cuando escucho cómo un cubierto topa con el plato, silenciosamente, adivino que sí. Bufo. Necesito ir al baño, lavarme la boca, necesito irme de aquí.

Me levanto con esfuerzos. Esto de sentirse enferma es horrible, no estoy habituada, pero peor es que sea en estas circunstancias. Me hace sentir débil y dependiente. Me paso una mano por la sien. También duele. Me pongo de pie y camino sin remedio hasta mi objetivo. Alcanzo a ver que está en aquel comedor, revisando algo en la *tablet*, serio. Apenas si lo ojeo pero soy consciente de su mirada sobre mí. Entro al sanitario, después de pasar por el vestidor. Suspiro, decaída. Me observo en el espejo cuando aparece mi figura desaliñada, deteriorada, frente a mí. Tengo de nuevo ganas de llorar. Me echo agua en el rostro, resuelvo mis necesidades básicas y luego salgo, cansada.

Él, odio mentarlo en mi mente por su nombre, me observa ahí, recargado en el barandal con sus enormes brazos cruzados, yo también.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta serio. Me recargo en el muro que está tras de mí.

—Encerrada, ¿y tú? —Sonríe frotándose la barba, le agrada mi respuesta y eso me pone peor.

—Los medicamentos están en el buró, ve a recostarte, no luces bien.

—Eso pasa cuando secuestras a alguien, no puede estar bien.

—*Wahine*, no te servirá de nada gastar las pocas energías en pelear. Ve a descansar, ya llega tu desayuno.

—¿Así, nada más? —musito, harta. Se acerca, queda a escaso un metro, me observa con esos ojos fieros que posee. Lo odio.

—Sí, así nada más.

—Si no lo hago le dirás a mi hermana que estoy muerta, ¿no? Hazlo, prefiero que piense eso a que estoy aquí, con una bestia demente, encerrada, humillada, secuestrada —rujo bajito, aunque me duele la garganta con cada palabra, claro que no quiero que ella crea eso. Aide no soportaría perderme también a mí.

—Si te cuidas, te tranquilizas, puedo hacer un trato.

—No hago tratos con bestias —refunfuño agotada.

—Ni siquiera uno que incluya salir de estas paredes, o hablar cada tanto con Aide, supongo... —dice dejándome fría. Abro los ojos, respiro agitada, sin comprender.

—Juegas.

—No, no juego, pero solo sabrás si es verdad al cumplir con tu parte. Debes dormir, tomar tus medicinas y comer. Eso es todo.

—¿Cómo podría hacer un trato contigo?

—Es tu única opción.

—No, no es la única.

—Bien, como quieras, *wahine*. —Y se da la media vuelta. Mi cabeza trabaja rápido.

—¿No te da miedo que le diga lo que de verdad pasa? —murmuro sin entenderlo en absoluto. Hablar con ella... No sé si podría, rompería en llanto, pero definitivamente necesito que sepa que estoy bien, que seguimos estando cerca aún en la distancia. Con las manos dentro de los bolsillos de su vaquero gastado, se detiene. Es enorme. Siento un escalofrío.

—No, no si quieres tener libertad aquí, si quieres seguir en contacto con ella, si quieres... continuar con tu labor —responde sereno y luego se dirige a la planta baja y se sienta, lo veo desde aquí.

—Odio el rosa —digo a cambio, ni idea de por qué. Noto que ríe, alza la mirada intensa, sus cejas lo hacen ver como un felino, respiro rápido.

—¿Algo más? —quiere saber, divertido evidentemente. Sí, yo soy su diversión, al parecer.

—No quiero dormir en la misma habitación que tú —me atrevo a expresar, envalentonada. Niega sonriendo con suavidad, frotando de nuevo su barba.

—*Wahine*, eso no está dentro de una negociación —repone. Bufo alzando el rostro hacia el techo, me pierdo en los focos. Se escucha un interruptor. Él se levanta y entra una mucama con una charola, la acompaña sonriendo, agradecido, la mujer le devuelve el gesto y se va. Él lo acomoda sobre la mesa. Con un ademán me invita a bajar y sentarme.

—No comeré contigo.

—Las condiciones están en tus manos, es tu decisión —apunta y se sienta de nuevo, lo ha puesto a su lado.

Gruño. Me arde horrible la garganta y esos panqueques con frutos rojos se ven absolutamente deliciosos. Los necesito. Humillada, pero muerta de hambre, desciendo. No se mueve, me siento y observo el plato. Es digno de un restaurante de primer nivel. Veo el café, le pongo un poco de crema y tomo la taza con ambas manos, comienzo a darle sorbitos que saben a gloria. Así transcurren los siguientes minutos; él metido en lo suyo, solo mirándome de vez en vez y yo comiendo despacio gracias a la garganta que seguramente tiene llagas ya y disfrutando de los sabores, evadiendo de manera intencional lo que en realidad pasa. Al terminar se levanta, no me importa, regresa con un par de pastillas.

—Analgésicos y antiviral —me informa con la palma abierta, arqueando una ceja. Me está midiendo. Lo observo por unos segundos, él a mí, al final las tomo y me las llevo a la boca pasándomelas con agua que ahí tengo—. Regreso después. Estás en tu casa, *wahine* —dice tomando un abrigo y abriendo la maldita puerta del demonio. Una mujer entra en ese momento

y se lleva todo lo servido. La observo, frustrada. Había pensado en quedarme con el cuchillo de su plato, pero han truncado mis planes, otra vez.

No noto lo tensa que me encuentro hasta que quedo sola y suelto el aire. Necesito pensar en cómo puedo salir de aquí, pero ahora mismo debo cuidarme, de otra manera no lograré nada.

Duermo el resto de la mañana después de ducharme y ponerme algo limpio. Escucho que alguien realiza el aseo silenciosamente, pero no tengo fuerzas ni para ver. Sueño cosas sin sentido, la voz de mi hermana... la de él entremezclada. Me despierto agobiada, de golpe.

—Me alegra que asumieras tu parte del trato, aunque no has comido —escucho.

Giro y él está a mi lado, leyendo, atento. Afuera nieva, noto por el reflejo del espejo. Lo miro con rabia. Sin decir nada, me levanto, voy al baño y lo primero que noto es un cepillo de dientes rojo, al lado del suyo. Lo tomo inspeccionándolo, ¡idiota!, por lo menos el rosa ya no está.

Me lavo los dientes, tomo mucha agua y salgo. Huele a comida y él no está ahí. Me asomo y veo que la cena está servida en la mesa. Bajo y mis glándulas salivales escurren, me acomodo frente a un pedazo de filete, puré de papas y espárragos, no lo pienso mucho y lo ingiero. Debo fortalecerme, la garganta duele menos, noto. Ataco hasta el postre. De repente su mano extendida a mi lado, es aterradoramente sigiloso. Tomo las pastillas sin buscar sus ojos y me las paso.

—No acepté ningún trato.

—Bien... —solo responde, alejándose. Me levanto ansiosa, casi llorosa porque me tiene en esta posición y no tuve la suficiente valentía para resistirme, pero necesito hablar con Aide, salir de aquí. Lo tomo por la manga de su suéter claro, se detiene

y observa de reojo el gesto, intrigado. Sus ojos miel se posan en mí. Respiro, contrariada.

—Te detesto... —comienzo con seguridad, una absoluta, pero que no parece afectarle—. No te perdonaré esto jamás —continúo. Se gira para quedar frente a mí, me inspecciona como si fuese parte de una estrategia para ganar una guerra—. Un año es mucho...

—Lo suficiente —determina estoico. Resoplo llena de nerviosismo.

—¿Qué quieres de mí?

—Esa es mucha información, *wahine* —expresa casi en susurros, pero su voz me traspasa, me eriza.

—¿Mi trabajo? ¿Mi vida?

—Tu trabajo está a salvo, en realidad continuarás en ello... Lo otro, no sé exactamente a qué te refieres —murmura, despacio.

—A lo que hago, mi apartamento, mis decisiones, ¡mi vida! —grito un tanto exasperada. Se cruza de brazos.

—Conoces las condiciones, ¿qué esperas, Elle? —contrapone con voz gruesa, ominosa. Bajo la mirada apretando los puños.

—Si puedo hablar con Aide, cómo haré para explicar que no estoy donde se supone.

—Estás en medio de un proyecto importante del cual no puedes hablar —explica con suficiencia. Lo encaro, pestañeando.

—Pero no es cierto... —busco confirmar. Se encoge de hombros.

—Nada es verdad, nada es mentira.

—Eso es mentira —repito rabiosa de nuevo, llorosa también.

—No del todo, dile eso, estará tranquila —indica dándome la espalda y cuando pienso que se irá, se sienta en uno de los sofás, evaluándome.

—¿Un año?

—Un año.

—Si acepto...

—No tienes opciones.

—¿Cómo sé que de verdad en un año me dejarás ir?

—Si es lo que quieres —apunta arqueando una ceja, desafiante.

—¿En qué mundo yo podría querer estar de buena gana con alguien que es lo suficientemente bajo como para arrancarme de mi vida? En ninguno. Menos en el mío —aseguro con vehemencia. Me estudia con ambas manos en la barbilla, tranquilo. Creo que eso es lo que me exaspera más.

—Un año, después eres libre, Elle. Repito: si es lo que deseas.

—¿Qué esperas de mí este tiempo? —pregunto buscando dejar todo claro. No puedo evitar ser pragmática, evaluar mis alternativas. Estoy aquí encerrada, no conozco el lugar y algo dijo sobre dejarme salir, solo así sabré de verdad dónde estoy parada.

—Que dejes en paz la idea de marcharte.

—¿Nada más? —repongo. Suspira, recargándose en el respaldo. Su seguridad es abrumadora.

—Sé que me sorprenderás.

—No te aceptaré, te odiaré cada día.

—Eso ya lo has dejado claro.

—Quiero que no se te olvide. Suceda lo que suceda, yo te odiaré por haber hecho esto.

—Ya veremos.

—Quiero hablar con mi hermana —ordeno, seria, decidida. Sonríe lánguidamente.

—Es tarde, *wahine*, mañana que estés mejor.

—Quiero ahora.

—Luces enferma, ¿estás segura de que quieres preocuparla?
—revira pinchándome.

—No entiendo por qué yo. Mírame, estoy segura de que hay mujeres impresionantes allá afuera con las que no necesitas

llegar a esto. No tengo baja autoestima, no te equivoques, pero sé muy bien qué soy, y no soy una exótica belleza, menos una mujer elegante, de mundo —sollozo. No puedo parar, me siento muy frustrada, desesperada.

—Definitivamente no lo eres, y las hay, más bellas, más impresionantes, como dices... pero no me interesan. Eres tú.

—No obtendrás nada de mí así.

—Ni de otra manera, menos con esa forma ermitaña que tienes de vivir, rutinaria y en la que no cabe nada salvo tu empleo, tu profesión.

—Ese es mi problema, además, ¿qué tiene de malo? —pregunto agotada. Se encoge de hombros y suspira.

—Nada. Solo que aquí las cosas serán diferentes —asegura. Resoplo. No le ganaré nunca.

—No me tocarás —suelto repentinamente apuntándolo con el dedo, casi amenazante, avanzando rumbo a la maldita escalera.

—Sin tu consentimiento, no. Y te advierto que es la única condición que puedes imponer.

—Vete al infierno —digo sacándolo de mi campo de visión, lo escucho reír.

—Descansa, *toku mea whakahiato*² Elle. —Gruño cuando estoy en el piso de arriba y me meto bajo las cobijas, frustrada, enojada, perdida.

Abro los ojos cuando escucho mi nombre. Me remuevo entre las cobijas. He dormido realmente bien y la cama es tan grande que la verdad no lo siento, o finjo que no. Me tallo los ojos y me incorporo cuando vuelve a nombrarme. Ojeo mi alrededor, debe estar en el salón.

Me levanto bufando, enojada. Tal parece que ese es ahora mi estado anímico. Lo encuentro abajo, bebiendo un café, lleva

2 Mi encantadora.

el cabello húmedo, suelto y va vestido abrigado. Me ve desde su posición, sonriendo.

—Iré a hacer un par de pendientes. En dos horas vengo por ti. Si deseas salir y hablar con tu hermana, date una ducha, cámbiate, desayuna y toma las medicinas.

—¿Algo más? —repongo con sarcasmo. Niega dejando la taza en la mesa, parece tener prisa. Luego se sujeta el cabello en un moño bajo, como suele cuando saldrá de aquí, y cuando estoy por abandonar su campo de visión, se detiene, me mira un segundo, como inspeccionándome. Sonríe complacido.

—Espero que no tengas contratiempos para estar lista y... afuera hace frío —dice al tiempo que escucho la puerta abrirse y cerrarse enseguida. Me recargo en el muro que está a un lado del vestidor. El espejo se encuentra corrido a medias, me acerco a la ventana. Nieva aún fuerte. ¿Dónde estoy? De pronto recuerdo lo que acaba de decirme... Mi hermana, salir. No pierdo el tiempo y me muevo.

Encuentro un conjunto de vaqueros, un jersey oscuro de cuello alto y grueso. Me los pongo. Desayuno, famélica, midiendo mis opciones. Saldré después de varios días aquí y debo entender cómo funciona todo esto, observar, sobre todo eso para poder largarme lo antes posible.

Dejo mi cabello suelto, aunque suelo mantenerlo recogido, pero aquí no hay con qué sujetarlo, no para mí porque él debe tener algunas gomas, me recuerdo. Cuando indago encuentro maquillaje y cosas de ese tipo que tampoco entran dentro de mi rutina. Curiosa los abro e investigo para qué sirven cada uno, aunque varios ya lo sé, porque para cuestiones específicas tengo las necesarias. Las dejo, rodando los ojos. Es un idiota si cree que me pondré todo aquello encima de la cara para verme "mejor".

No lo entiendo y eso genera dolores de cabeza porque, sin importar que no deseo en lo absoluto que se abalance sobre mí

y que me rompa, sería mejor saber qué desea a ciencia cierta, pero sigo sin tener una idea clara. Es ambiguo, me confunde y de alguna manera, aunque lo detesto por todo lo que ha hecho, es extraño porque no me siento en peligro con él, pese a lo amenazante que se ve. Impone, sin dudas, pero me hace sentir osada y lista para sacar a gritos, o como sea, lo que tengo en mi cabeza, nada de lo que suelo ser; reservada y silenciosa.

Con Dáran estoy descubriendo una nueva faceta de mi personalidad generada por todo este maldito desastre que necesito desenmarañar.

PARTE DOS
—ELLE—

CAPÍTULO IV

Paseo por ahí. Me detengo junto a la ventana, mi vista se pierde en el exterior, nieve, mucha nieve, pero no hay tormenta. El mar desde ahí se distingue con claridad, mejor que los otros días. Es enero, así que seguramente estamos en el norte del planeta, o eso quiero pensar porque muy en el sur también suele haber nieve aunque calman las tormentas en estas épocas.

Escucho la puerta abrirse, giro despacio. Él está ahí, tan sereno como siempre. Sonríe complacido evaluando mi atuendo, parece satisfecho. Encontré unas botas gruesas, un poco modernas para mi gusto, ahí en el vestidor, así que en conjunto debo ir vestida de una forma adecuada.

—Hay reglas, Elle —señala dejando su abrigo colgado al lado de la entrada. Arqueo una ceja. Espero con los brazos cruzados. Toma una silla del pequeño comedor y se sienta con desgarmo, con las piernas abiertas y los dedos de una de sus manos tamborileando sobre la mesa. Al notar que no respondo y después de haberme inspeccionado de arriba abajo hasta que se cansa, busca mis ojos—. No saldrás corriendo diciendo que estás aquí en contra de tu voluntad, y cuando hables con Aide no mencionarás tampoco ese tema.

—Le debo mentir.

—Si así lo quieres ver —revira con sencillez, y ruedo los ojos.

—¿Algo más?

—Eres mi invitada, se te tratará como tal, una muy especial para mí. Aquí todos lo tienen claro.

—Otra mentira —repongo. Se encoge de hombros sonriendo como un felino. Sí, a eso me lleva, a un león o un tigre, no lo puedo evitar.

—Ya te dije que nada es verdad y nada es mentira.

—Eso es absurdo. Hasta tú lo sabes —ataco.

—Una mujer de ciencia diciendo eso, no me decepciones, *wahine* —revira sereno, con sus ojos dorados clavados en mí. Aprieto los brazos contra mi cuerpo—. Todo depende del lugar desde el que se cuente, desde las posturas, pruebas, y perspectivas...

—¿Qué más? —lo interrumpo con hastío.

—Si intentas hacer algo para... irte, debes saber desde ahora que lo sabré y, si quieres intimidad, respeta esa regla.

—¿Intimidad? ¿Te burlas? Aquí no tengo intimidad.

—La tienes, créeme, podría no ser así... ¿Es lo que quieres?

—¿No me espías cuando me ducho? ¡Ajá! Claro... Ni cuando estoy aquí encerrada todo el día.

—La verdad es que no. *Frivóla* me avisaría cualquier cosa extraña, pero no tengo tiempo para estar haciendo eso.

—Pero sí para secuestrarme, averiguar sobre mi vida, ¡vaya! Hasta para saber qué ropa interior suelo usar... Te contradices, ¿no crees? —reviro, estoica, aunque rabiosa. Se incorpora y acerca a mí tanto que pienso que me hará algo. Respiro, agitada, pero se detiene a unos centímetros. Baja su rostro y sonríe así, tranquilo, como suele.

Cómo lo odio.

—Tengo personal que se encarga de ello, de todo lo que desee. Así que no olvides: eres mi invitada y... trabajas para mí —concluye. Su aliento está demasiado cerca, huele a esas nevadas a las que estoy acostumbrada en Toronto. Pestañeo.

—¿Trabajo para ti?

—Así es, ahora... ¿vamos? —insta acercándose un poco más, dos centímetros y su boca estaría sobre la mía, pero no me toca. Respiro más rápido y siento las mejillas arder. Seguro ya están rojas, como siempre me ocurre, nerviosa lo esquivo y camino hasta la puerta—. Toma un abrigo —solo completa, pasando a mi lado.

Voy y agarro el primero que encuentro. Cuando bajo ya me espera con la puerta abierta. Me detengo un segundo aún sin poder dar crédito de lo que va pasando. Nuestros ojos se encuentran y entonces salgo, decidida.

Es un pasillo como el de una casa. Hay muebles, flores, paredes de madera y piedra que le dan un aire acogedor pero elegante. Algunos adornos y lo que se adivinan algunas habitaciones del lado opuesto a donde salimos, pero con puertas más comunes, aunque esa madera en definitiva debe valer una fortuna. Arrugo la frente. Juré que aquello donde estábamos era un apartamento. Al final del corredor un escolta lo saluda con la cabeza, serio. Un elevador con los paneles recubiertos de suave madera para que guarde armonía con el resto, se abre.

—¿Escaleras o ascensor? —pregunta en un susurro a mi lado. Lo miro un segundo, luego sacudo la cabeza.

—¿Dónde estamos? —Necesito saber. Entramos al ascensor, con su huella da acceso y pide ir al piso uno

—En mi casa. Donde has pasado los últimos días es mi habitación, nuestra habitación ahora, Elle —explica cruzándose de brazos a mi lado. Finjo ignorar lo de *nuestra*; no tiene sentido, determino.

Llegamos a un primer piso, me invita a pasar primero, salgo y otro escolta está ahí. Del lado derecho, unas escaleras de madera y piedra. Luce como una casa enorme, pero una casa al fin. Un salón que funge de recibidor, una sala gigante a la izquierda, un estudio alcanzo a ver por una puerta entreabierta y ventanas del lado derecho, todo iluminado de manera estratégica. La verdad es que es hermoso lo que logro distinguir porque es evidente que cuenta con mucho más.

Pestaño cuando una mujer, quizá un par de años mayor que yo, se acerca marcando sus pasos en la duela pulida. Con suficiencia me sonríe y le tiende dos encuadernados y una *tablet* a él. Es alta, estilizada, guapísima, morena. Justo el tipo de mujer al que me refería la noche anterior, pero él solo la mira con cordialidad.

—Gracias, Kelly, ya los reviso. Vamos al laboratorio. ¿El coche está listo? —inquieta con voz de mando, pero relajada. Me limito a estar a su lado, silenciosa, observando. Un hombre joven se encuentra a un costado de ella, y del otro, una joven habla por celular, seria, en francés. También es muy guapa, más con esa vestimenta que, aunque es abrigadora, derrocha estilo. Una mucama pasa.

De repente me agobian tantas personas, y que ninguna sepa que me encuentro en ese sitio en contra de mi voluntad, que se presten a algo tan malditamente bajo. Retrocedo un poco, el idiota ese me mira de reojo desde su altura.

—Sí, está listo. La señorita Aide estará en media hora —avisa. Arrugo la frente.

—¿Mi hermana? —cuestiono sin entender. Ella me sonríe de forma amigable.

—Sí, la contacté hace un momento para concertar la cita, señorita Phillips —me informa inmutable, como si me conociera.

Me dan ganas de sacudirla, zarandearla. Si es su asistente o alguna de esas tonterías, sabe por qué estoy aquí, peor, cómo llegué. Miro a mi pesadilla personal. Recuerdo lo que hablamos; si digo algo ahora mismo puede que me regrese a ese maldito cuarto y no quiero, así no lograré nada. Él lee algo en el aparato, pero sonrío porque se sabe observado, hasta podría asegurar que sabe lo que pienso. Bestia. Asiento, metiendo las manos en el abrigo. Le entrega la *tablet* a la tal Kelly, asintiendo.

—Está bien, solo la cláusula 25 A tiene una vertiente. Revisen los términos de exposición, está un tanto ambiguo, se lo mandas a Mindell, que la autorice —pide con cortesía, pero sin dar lugar a otra cosa. La mujer asiente y con un ademán me pide que avance. Atravesamos un recibidor con ellos por detrás. Los miro por arriba del hombro. El lugar es agradable, debo admitir, aunque muy grande a pesar de que de alguna manera se logra ver acogedor. Abren la puerta y el aire helado se introduce por mi boca y me hace temblar.

La camioneta, que obviamente es último modelo, se encuentra ahí, a unos metros.

—Anda, o te congelarás —me apremia, sin tocarme. Camino hasta el vehículo y uno de sus escoltas, abrigadísimo, me abre la puerta. Tras nosotros veo otro auto igual, se suben los demás.

Adentro froto mis manos, debí tomar unos guantes. Me observa silencioso.

—Dime a dónde vamos —logro decir, tensa, porque el espacio se siente tan reducido con él ahí, a mi lado.

—Ya te lo expliqué, no eres de mala memoria puedo apostar.

—¿Es muy lejos? —Necesito salir de ahí. Él parece entenderme. Niega sonriendo de forma torcida.

—Estás en una isla que me pertenece, solo vamos al otro extremo, pero con este frío imposible de otra manera —señala serene, el chofer no hace acuse siquiera de vernos. Pestañeo, aturdida.

—¿T-Tu isla? —logro repetir sintiendo que cualquier plan que ideé estará condenado a fracasar bajo esa maldita circunstancia.

—Así es, *wahine*, en Canadá —completa perdiendo la vista en el paisaje nevado, con la mano en la barbilla y aquella postura de desgarbo.

—¿Del río Ontario?... —conjeturo. Niega sin verme.

—Nueva Escocia —me corrige. Abro los ojos, atónita— Me dirás que con lo curiosa que debes ser, ¿no averiguaste nada de mí después de Cancún? —sisea encarándome con su prepotencia que me genera ganas de darle de lleno entre las piernas. Si supiera cómo ya lo habría hecho, pero además, se ve que no tendría ni la menor oportunidad.

—Debe ser extraño para ti darte cuenta de que no, la verdad en cuanto me fui de ahí, olvidé que existías por completo. Yo investigo cosas que me aporten, tu vida me da lo mismo —reviro con tono cansino.

—La curiosidad es inherente a una científica —repone. Sonrío con ironía.

—Claro, de cosas referentes a lo que te interesa descubrir. Aunque podrías darme un aparato y buscarte el *Google*, quizá ahí pueda saber por qué demonios una bestia como tú llega a tanto por alguien como yo —replico.

—Eso de bestia ya parece una forma de dirigirte a mí.

—No te puedo calificar de otra manera.

—Como gustes, *wahine*.

—¡Deja de decirme así! —rujo, a cambio él ríe, divertido.

—*Taku wahine*.³

—Púdrete —reviro importándome nada que el chofer escuche.

—Ya suenas repetitiva —se burla. El auto se detiene. Intento salir, pero no lo logro. La puerta se abre por fuera, un hombre con abrigo me recibe tendiéndome la mano, la evito

3 Mi mujer.

enojada. Estoy harta de sentirme así pero no puedo evitarlo y, además, sé que si lo hago, es como si aceptara todo esto y ni en sueños lo haré.

La bestia, como decido que lo llamaré, se acerca a mí cuando estoy por dar la vuelta al auto por detrás. Me detengo confrontándolo.

—Lo que sucede entre nosotros debe continuar así; entre nosotros. ¿Estamos? —me advierte sosegado aunque sin problema detecto la amenaza impresa en sus ojos dorados. Bufo tragándome la ira, frustrada—. Vamos, Elle —me pide con un ademán caballeroso. Me detengo apenas un paso después. Es otra casa, pero luce más simple y moderna a la vez. Un par de escoltas custodian la puerta. De pronto dos perros aparecen, son enormes, de pelaje blanco, ojos azules, ladran como locos y corren hacia nosotros. Ahogo un grito y en reflejo me coloco detrás de él.

—Alto —ordena en tono neutro, pero firme, sin gritar. Los animales se detienen moviendo las colas, se acercan más despacio, aunque no dejan de mirarme. Dáran sonríe, lo veo en su perfil y su gesto se suaviza dramáticamente, se agacha y queda en cuclillas. Ambos animales enloquecen y se le echan encima, él ríe y los acaricia fascinado—. Sean educados, debo presentarlos —habla con ellos, alegre. Los perros chillan excitados, lo lamen y no paran de moverse—. Acércate, Elle —pide acariciándolos. El frío está tremendo y hasta se escucha el ulular del viento. Aprieto mis dientes y me cubro mejor con el abrigo, desconcertada—. ¿No te gustan los perros? —pregunta cauto.

—No me gustas tú —le corrijo al tiempo que me agacho sintiéndome observada por los canes y por el escolta a mi lado, los demás ya ingresaron.

—Les dije que tiene su carácter —murmura haciéndoles cosquillas bajo su hocico—. Él es Kaisser y ella es Kamille, aunque para fines prácticos son Kam y Kai, ¿cierto, muchachos?

—En respuesta ellos mueven sus colas sacando la lengua, felices por los mimos.

Son bellísimos, debo aceptar, y no tengo nada en contra de los animales, solo de uno en realidad. Olvidando un poco lo que ocurre en mi vida, acerco la mano a la que creo que es Kamille y acaricio su cuello, parece gustarle y se acerca más. Él ríe.

—Hola... —le digo sonriendo por primera vez en días y es que sus ojos azules, casi del mismo color de los míos, me estudian atentos, pero sin amenaza. Kaisser se aleja de él y se acerca a mí buscando lo mismo que su compañera, deduzco.

—Parece que ellos sí te caen bien, no son fáciles —asegura ahí, a mi lado.

—Se ve que son más inteligentes que su dueño —reviro sin soltarlos, pasando mis dedos por ese pelaje increíble.

—Podrías tener la respuesta perfecta hasta el fin de los tiempos, ¿no es así? —apunta divertido. Lo encaro y al hacerlo, me doy cuenta de que está muy cerca. Me levanto frotando mis brazos. Hace un frío extremo—. Vamos adentro —dice y los animales nos siguen, más tranquilos.

La puerta se abre y todo es barullo, personas que vienen y van, una recepción lujosísima, la mujer a cargo saluda a su jefe. Kelly se acerca.

—En el laboratorio ya saben que están aquí —informa—. Tienes llamada en quince minutos, con Streus —le recita con suficiencia. Asiente y caminamos.

Eso de “laboratorio” genera una descarga en mí. Por primera vez experimento expectación en esos días. Caminamos con su séquito alrededor. Me limito a escuchar, observar y notar cómo se acercan diferentes personas a buscar algo de él. De todos sabe lo que hablan, a todos les responde de forma educada. La verdad me asombra, aunque alguien de tanto dinero debe tener muchas cosas a su cargo, comprendo. Una puerta se abre y solo entramos

Kelly, el dueño de todo esto, y yo. La mujer no permite que nadie más se acerque.

—Es aquí —y con algún comando de su *tablet* logra que un monitor descienda. Estudio el lugar. Es como una sala de juntas, de madera, cálida. El abrigo me pesa. Me lo quito y lo dejo en uno de los respaldos. Mi celador me observa, siempre me observa, noto, pero no dice nada.

—Gracias, Kelly, puedes marcharte. Prepara la llamada —ordena. Nos quedamos solos un segundo después.

—Estoy cumpliendo mi parte, sé cuidadosa, Elle. Al terminar solo debes llamar por aquí a Kelly, iremos al laboratorio.

—Si le digo la verdad... ¿qué harías? —lo cuestiono intrigada. Se acerca como si fuese cualquier cosa y queda a centímetros de mí, serio.

—Durante este año no volverás a saber de ella. No creo que desees preocuparla.

—Puedo decirle que me trajiste aquí, tu nombre, la isla —gruño. Está tan cerca que me cuesta respirar, pero no me toca.

—Dulce Elle, antes de que lo intentes la comunicación se cortará. La seguridad de Aide te interesa, ¿no es cierto? —presume con ese tono que me dan ganas de ahorcarlo. Aprieto los puños. No puede jugar con ello.

—¡Te odio!

—Vamos, siéntate y disfruta de poder hablar con tu hermana. Si todo va bien, podrás hacerlo cada vez que lo desees. Está en ti, *wahine* —comenta relajado y sale de ahí, silencioso. Siento la cara enrojecida de coraje. Respiro varias veces para calmarme. Claro que quiero hablar con ella, además, despertó mi maldita curiosidad y necesito saber de qué va ese laboratorio, sospecho que allí hay una respuesta a mi estadía en este lugar.

Cuando veo el rostro de Aide en la pantalla, sonrío olvidando por un momento todo lo acontecido en mi vida los últimos

días. Ella representa seguridad, lo que debo hacer, mi vida sosegada y llena de planeación profesional, envueltas en una rutina que ponderamos y nos dio la facilidad de conseguir lo que deseábamos a temprana edad.

Me saluda efusiva, aunque confundida, somos tranquilas, hablamos de libros, películas de arte, alguna anécdota, y esa normalidad me apacigua en medio del huracán en el que me encuentro. Después de que, sin alterarse, me pregunta la razón de mi desaparición esos días y de por qué la contactó Kelly, le miento tal como ordenó él. Enseguida ella se relaja, siendo la mayor siempre ha sido protectora conmigo. No le oculto cosas, nunca lo he hecho, pero tampoco he tenido la necesidad. Todo en nuestra vida ha sido una serie de pasos a seguir, papá así nos enseñó, nosotros no entendemos otra manera de hacer lo que debemos, lo que queremos.

—Luces diferente, Elly —señala sonriendo con dulzura. Me paso la mano por el cabello, lo observo.

—Pesqué una gripe en medio de todo esto —repongo. Niega.

—¿En serio? Es raro que te enfermes, pero no, no es eso —insiste, se quita las gafas y se pasa los dedos por el puente de la nariz. Luce cansada—. Olvídalo, es quizá que llevas el cabello suelto. Se te ve tan lindo, también esos colores oscuros, sueles ir siempre de claro —apunta. Bajo la mirada hasta el suéter azul marino—. En fin, me alegra que estés contenta con esto que haces, espero que luego me puedas contarme de qué va, pero imagino que si estás en una situación así es porque diste con algo importante y eso me hace sentir orgullosa.

—Gracias, Ai —respondo un tanto culpable—. Dime, ¿cómo está George? —Es su pareja, llevan juntos un año. Es maestro también de Harvard. Pronto hablamos otro poco de él, del decano y cosas de la universidad. Media hora después nos

despedimos. Yo tengo ganas de llorar, logro tragármelas y alzo mi mano mandándole un beso, sonriendo.

—Te amo, hermana, lo que sea que estés haciendo, sigue en ello —pide como de paso, sin tener la menor idea de lo que de verdad ocurre en mi vida porque entonces ni lo diría.

—Me saludas a George, te busco en unos días, ¿sí?

—¿Y tu teléfono? —pregunta cuando estamos finalizando. Pestañeo sin saber qué responder.

—No debo traerlo conmigo, ya sabes, es confidencial —miento, otra vez. Asiente un tanto desconcertada, pero se lo traga.

Salgo de la conversación y recargo la nuca en la silla con mis ojos anegados. Quiero salir de aquí y gritar, gritar y gritar. A cambio me levanto y me acerco a la única ventana que hay. Me pierdo en el paisaje blanco, poso una mano sobre el vidrio. Mi vida no está tan lejos y, sin embargo, no puedo vivir en ella.

—El señor Lancaster la espera —escucho. Giro, desconcertada, bien podría llevar un tiempo ahí, de pie, y yo no la había detectado. Asiento, taciturna.

La sigo por un pasillo, luego un elevador, ella luce tan ocupada, pero me sonrío cada vez que puede. Ya no peleo y se lo regreso a medias. Se abren las puertas y noto un sitio mucho más tranquilo que el de abajo, solo una recepcionista y en el fondo, una puerta negra, cerrada. Me indica que pase. Lo hago dudosa.

Este tipo tiene mucho dinero. *Debí averiguar sobre él*, me regaño de nuevo, evocando la conversación en el auto sobre ello. Cierro tras de mí y permanezco de pie. El lugar es enorme, su mesa de trabajo luce llena de cosas, varias computadoras encendidas. Un par de pantallas también con algo que deduzco es la bolsa de valores de varios países a la vez. Un hombre anota cosas, en silencio, mientras mi celador habla por teléfono y me da la espalda. Voltea de repente. Al verme, me examina un segundo, y me indica que tome asiento con un ademán. Niego. El lugar

es increíble, *tecnologizado*, acogedor a la vez y lleno de cosas que no tengo idea de cómo maneja o para qué son.

Camino por ahí y me pierdo. Se siente autóctono todo aquello de una forma paradójica. Tiene algo que lleva sin remedio a sus tatuajes, algunas esculturas de madera, un par de lienzos a carbón con grecas como las que tiene en el cuerpo, es raro. De pronto me pregunto con genuino interés, ¿quién es Dáran Lancaster?

CAPÍTULO V

Percibo su presencia a mi lado. Estudia el mismo dibujo enorme que yo: son peces, pero a blanco y negro, realizado de esa manera tan extraña que me lleva a esas costumbres de algún lugar en Hawái, o los tótems.

—¿Salió todo bien con tu hermana? —inquire calmo.

—Para qué preguntas si debes saber que así fue, ¿no?

—Anda, *wahine*, te mostraré algo —anuncia como si no hubiese dicho nada y roza apenas mi cintura. Me quito por instinto. Me observa incisivo, pero satisfecho y baja la cabeza invitándome a andar. Su manera me enerva, en serio que sí. Salimos y nos subimos al ascensor de nuevo. Ahora descendemos cuatro pisos. Le pide acceso para abrir las puertas, lo da colocando la mano y un sitio similar a donde laboro cada día en Toronto, aparece frente a mí. Abro los ojos, asombrada.

—Bienvenida, Elle, a mi laboratorio.

—¿Es en serio? —pregunto atónita.

—Muy en serio. —Los empleados que pasan a su lado lo saludan, otros simplemente continúan con lo suyo. Ingresamos en una cámara de desinfección, nos ponemos gafas, batas, cubrebocas y mi sangre corre vertiginosa. Solo veo sus ojos, pero luce sin

duda expectante—. Aquí se gestan cosas que no imaginas, pero tú, Elle, estás cerca de descubrir algo que cambiará muchas cosas.

—El virus... —deduzco enseguida, asombrada. Asiente.

—Precisamente... Aquí tendrás un equipo de trabajo a tu cargo, y todo lo que necesites. Tus avances están a tu disposición y eres libre de pedir lo que necesites. ¿Qué dices? —pregunta, cauto. No quepo de la impresión.

—¿Por qué? —quiero saber.

—Porque hay muchos intereses en medio de esto y debo tomar precauciones —responde. Es evidente que no dirá más. Me guía a través de pasillos y laboratorios. Es gigante. Con un gafete que lleva la mujer que nos dirige, una puerta se abre, luego otra e ingresamos.

—Equipo, aquí está Elle Phillips, es toda suya —me introduce él, mientras seis personas, tres hombres y tres mujeres, me saludan acercándose. No lo puedo creer, los aparatos son de última generación, las computadoras, todo, es simplemente impresionante—. Wen —llama a la mujer que nos acompañó. Esta se acerca—. Ponla al tanto de todo, muéstrale su área de trabajo, que le den accesos, no la abrumen, aún no está del todo recuperada, pero me parece que es buen momento para comenzar. Cualquier cosa me lo haces saber.

—Claro, señor Lancaster. —Cuando noto que está por irse, sin pensarlo lo detengo rozando su brazo por encima de su indumentaria, necesaria en esos lugares. Me mira, la mujer se aparta—. ¿No llena tus expectativas, *wahine*?

—No entiendo, Dáran —admito contrariada nombrándolo por primera vez. Su expresión cambia, suavizando su gesto, o lo que se puede ver, y me toma con suavidad por el brazo alejándome un poco.

—Tienes hasta la hora de la cena. Entonces podrás preguntar.

—¿Y responderás?

—Tendrás que averiguarlo, *taku ataahua* Elle —y sale de ahí, con esos movimientos felinos que me desconciertan. Un par de personas se acercan a él y entra a otra ala del lugar, enseguida.

—Nos pone felices que esté aquí al fin, señorita Phillips —capta mi atención Wen, a mi lado. La miro recordando de golpe todo. Le sonrío a cambio. Este es un sueño que no imaginé lograr tan rápido, menos por aquello que recién descubrí casi por accidente. Lo cierto es que la manera no la entiendo, bastaba con pedírmelo, habría dicho que sí. No comprendo.

—Háblame de tú, Wen, por favor.

—Claro, Elle, ¿quieres que te muestre todo y te ponga al corriente? —propone. Asiento, aún perdida, muy perdida.

Paso la mañana en medio de aquello que amo, me pongo al día. Mis anotaciones y descubrimientos, incluso mis libretas, están ahí. Más de una vez me quedo perdida imaginando cómo dio con todo eso, hasta qué grado me investigó, hurgó en mis cosas. No avanzamos mucho, pero ellos ya han ido observando el comportamiento, tal como sugerí.

Almorzamos en un ala que cuenta con comida para los empleados. No se separa de mí el equipo, menos Wen, que luce emocionada con lo que hablamos por la mañana, en aquella junta que mantuvimos para saber en qué vamos y qué buscamos. Me siento más serena, debo aceptar, en mi elemento.

Comemos algo delicioso que se nos proporciona en ese elegante comedor cuando una mujer que desconozco se acerca con una hoja cuidadosamente doblada y un vasito con medicamentos. La observo intrigada.

—El señor Lancaster pidió que se lo entregáramos —me informa inspeccionándome con curiosidad, como la mitad de los que ahí comen. Asiento y lo tomo, sonriendo desconcertada. La abro con cuidado.

“Son tus medicamentos, tómalos, wahine. Espero que todo esté siendo de tu agrado. Si hay algo que desees, solo debes pedirlo, lo que sea salvo lo acordado.

DL.”

Me paso las pastillas, doblo el papel, irritada por su intrusión en ese momento en el que casi logro olvidarlo. Bestia. Lo meto en el bolsillo trasero del vaquero y alzo la vista. La emisaria que me tendió la nota y medicinas ya no está, y mis compañeros fingen no haber visto nada. No tengo idea de qué saben y qué no, pero prefiero no hablar sobre ello, no conozco los alcances de Dáran, aunque ya veo que pueden ser incalculables.

—¿Cuánto tiempo llevan aquí? —deseo saber, pinchando los camarones del espagueti blanco. Wen alza la vista y sonrío. Es una mujer como de unos treinta años, de cabello castaño, delgada y pecosa, linda a mi parecer.

—¿Trabajando? —revira con calma. Asiento buscando saber más. Uno de los hombres, quizá de cuarenta años, calculo, reflexiona, tranquilo.

—Yo llevo laborando aquí seis años —responde—. He estado en varios proyectos importantes del señor Lancaster.

—Sí, entramos casi igual, ¿no, Cass? —dice Wen, alegre, a otro de los chicos, más joven, quizá treinta también.

—La verdad es que es una oportunidad única, todos sabemos que cada compañía farmacéutica tiene sus laboratorios, pero al final siempre hay algunos ocultos que logran desarrollar lo que los demás apenas si sueñan. Para el señor Lancaster esto es vital, además sabe bastante.

—Bueno, es que, con tantos estudios, no es para menos. No conozco a alguien tan preparado en estos temas, a pesar de su edad sabe mucho —señala otro de los hombres, también algunos años mayor que yo. Y es que la verdad es raro que una joven de

veinticuatro años ya esté involucrada en cosas como estas, suele faltar experiencia, práctica, investigación.

—¿Qué edad tiene? —pregunto como de paso. Se miran reflexivos entre ellos.

—Me parece que treinta y cuatro. No sabemos bien, la verdad. —Asiento. No me toma por sorpresa, es justo en donde lo ubicaba, aunque a veces lo puedo ver mayor con esa seriedad, con su manera de ser, pero en otras ocasiones, como cuando vio a los perros, luce más joven, aunque siempre peligroso.

—Eres su invitada, debes conocerlo más que nosotros —apunta otra de las chicas, se llama Chris. Sé que mi rostro se colorea. Ingiero otro pedazo. Dios, más mentiras, pero aún no me fio como para decirles la realidad, eso sin contar que a leguas se ve que no me creerían, lo admiran, eso es evidente.

—Algo así —respondo con ambigüedad.

—La verdad es que no conocemos de él mucho, casi nadie, salvo lo que todos los que aquí trabajamos y que la verdad nos sentimos privilegiados.

—¿Les gusta estar aquí? —deduzco tomando de mi bebida.

—Sinceramente sí, las prestaciones son asombrosas, el sueldo muy bueno, además, es interesante, siempre hay algo nuevo que investigar, que descubrir. Él suele ir en la punta en este rubro. Es financiado por gobiernos de diferentes países. Cuando al fin damos con algo importante, seguro, cede la información al laboratorio que más convenga y que esté preparado para desarrollo y cuente con la precaución de las fases que se requieran, se vende lo descubierto bajo los nombres de esa marca ya que fueron probados por ellos, gana él, ganan los países. Así que la confidencialidad que firmaste en el contrato es la cláusula más importante para el señor Lancaster —concluye Cass, relajado, el cual pensé que era más serio, pero parece que eso es en cuanto al trabajo, afuera es más comunicativo.

Por otro lado, yo no he firmado nada, aunque no tengo ni idea de si en unas horas eso buscará. ¿Me ha traído aquí para esto? Entonces, ¿por qué me obliga a dormir a su lado? Más preguntas se atascan, al final terminamos de hablar y noto algunas miradas, pero entre nosotros somos tímidos, nadie se acercará, no aún, y yo por ahora prefiero afianzar lo poco que voy conociendo.



Estoy observando un portaobjetos a través del microscopio cuando Wen me toma por el hombro. La veo y entonces señala el auricular que sostiene.

—Es hora, Elle —me avisa. Asiento sin chistar. Necesito saber más y ahí no lo descubriré. Me despido, me cambio después de pasar por la misma cámara de hace un rato donde por medio de gas me limpian y salgo. Un escolta está ahí, lo reconozco, es el mismo que entró aquel día en la habitación. Me mira, serio, y baja la cabeza un segundo a manera de saludo.

—El señor Lancaster me pidió que la acompañe hasta la casa —me informa. No respondo porque en secreto también le guardo rencor. Sabe lo que de verdad pasa y le importa muy poco porque ese es su trabajo. Asiento y avanzo sin esperarlo. Subimos al ascensor, continúo sin voltear y al salir a la intemperie, irritada, jadeo debido a lo gélido del clima. Giro y ya me tiende el abrigo que había olvidado en la oficina donde hablé con mi hermana. El frío cala en mi cuerpo de una forma absurda, como si se hubiese clavado en mí. Me regreso y entro de nuevo, aún hay personas trabajando, aunque no reparan en mí. Mis pulmones casi se queman por mi arrebató. Me lo pongo, luego

me tiende un gorro y guantes, una bufanda—. El señor creyó que lo necesitaría —dice.

Indiferente, se los quito y me los pongo, luego él hace lo mismo consigo. Nieva, pero no es fuerte, ya está oscuro. Estoy a punto de entrar al auto cuando los *husky* que conocí por la mañana llegan a toda prisa. Volteo y al hacerlo caigo sobre la nieve. Gimo aturdida, asustada también, pero me comienzan a lamer la cara, a mover la cola. Logro sentarme, aunque ya se humedeció mi cabeza y río.

—Dios, lo lamento, señorita, no suelen ser así, salvo con el señor —se excusa el hombre, tomándolos por el collar, mientras otro me tiende la mano. Sonrío, negando, quitándole importancia. Los acaricio sin pararme aún, ahí, sobre la nieve.

—Son arrebatados —les digo divertida, porque no cesan—. Sh... tranquilos, tranquilos —logro decir congelándome, sintiendo los copos humedecer lo que sale de mi cabello, el gorro y la cara, además de ellos, pero la verdad tampoco sufro, son como un par de niños. Me hincó como puedo, les rasco el cuello, riendo—. Ya, deben irse, hace mucho frío —jugueteo con cariño, es irremediable, me caen bien.

—Kai, Kam —escucho, y más tardo en alzar los ojos cuando ambos salen disparados hasta él. Se elevan en dos patas, los rodea con sus brazos, riendo—. Basta, chicos, está nevando, tengan piedad. Mañana los saco. —Pero no se rinden. Los observo desde mi posición al tiempo que me incorporo. Así él luce menos temible, aunque imponente porque los tres son enormes. Se los intenta quitar y uno de sus empleados, abrigado hasta los dientes, ayuda, pero se quejan. Dáran se agacha y coloca su frente sobre la de cada uno en un gesto que de entrada me desconcierta, cierra los ojos y ambos se relajan, es muy íntimo, casi dulce pese a que en él esa palabra no encaja —. Mañana —promete y se

pone de pie. Me ve y sé que estoy cubierta de nieve. Niega, serio, pero tranquilo, lo cierto es que cada segundo me desconcierta más.

—Señorita, pase. —Oigo a mis espaldas, giro saliendo del trance y asiento, fría hasta la médula. Dáran entra del otro lado y cierra rápido.

—Deberás darte un baño, *wahine*.

—¿Quién eres? —logro decir, entumecida, aturdida. Me mira intensamente, pero serio, reflexivo.

—Esa es una pregunta a la que espero que tú le des respuesta, Elle —murmura. De pronto comprendo que sigo en un estado de aturdimiento, sacudo la cabeza, el frío lo tengo en los huesos.

—¿Me trajiste aquí por eso, por lo que descubrí? —deseo saber, frotando mis manos. Los guantes, aunque son de cuero, no son suficientes. La calefacción no es tan alta. Me observa, sereno.

—Espero que no enfermes de nuevo, debiste entrar al auto en cuanto saliste —gruñe un tanto frustrado.

—Los perros aparecieron —replico esperando que sus palabras no sean profecía, no quiero pasar el día ahí, de nuevo. Sonríe con orgullo.

—Son muy inquietos, están molestos porque no los paseé hoy. Una disculpa por su ímpetu —murmura, rascando su barba, sin culpabilidad.

—Creí que no tendrías tiempo para esas cosas...

—Siempre tengo tiempo para ellos —asegura un tanto divertido por mi comentario.

—Responde mis preguntas.

—No aquí —sentencia ahora en tono autoritario. Gruño, Llegamos a su casa casi enseguida. No veo muy bien por la nieve cayendo, la noche, pero adivino que no es tan grande la isla.

—¿Cómo hacen todos los que trabajan aquí para desplazarse?

—Hay una embarcación que los trae y lleva a *Mahone Bay*. La mayoría vive ahí, o cerca, pero no en Kahulback, aquí solo noso-

tros, y mi equipo allegado —explica en el ascensor, después de que algunos empleados lo saludaran y él les devolviera el gesto.

Se sabe sus nombres, incluso bromea un poco. Es raro, definitivamente, pero a la vez es tan serio, como lejano. De repente, al llegar a aquel lugar que detesto, la realidad me golpea. *Es un loco, no lo olvides. Una bestia.* Me regaño con fuerza porque por un momento, encandilada por todo, bajé un poco la guardia, pero descubrir cosas de él no le quita lo que es en realidad: un tipo sin escrúpulos que me sacó de mi vida sin consultarme. Jamás debo olvidarlo. Jamás.

Entro y ya me encuentro de nuevo irritada.

—Date un baño, pediré la cena —dice con su habitual tono imperturbable. No le respondo, pero me dirijo hasta ahí. Me ducho dejando que el agua caliente haga su trabajo en mi trémulo cuerpo, la garganta está picando de nuevo. Cierro los ojos bufando. Sé que recaí y me dan ganas de llorar porque eso implica quedarme y no poder olvidar un poco esta realidad que no aceptaré el tiempo que dure.

Busco algún pijama de dos piezas, abrigador, saco todo y no encuentro nada, ni uno, solo camisones. Gruño y los aviento, furiosa. Terminan en un montón sobre el piso. Envuelta en una bata roja, porque ahora mi color es el rojo, salgo, con esta necesidad de gritar otra vez. Lo encuentro hablando por teléfono al lado de la cama. Me importa poco y le quito el teléfono aventándolo al colchón, rabiosa. Me observa, contenido.

—Era una llamada importante —gruñe. Sé que está furibundo, aunque busca mantener su carácter al margen, Toma el aparato y cuelga, por supuesto que no le pasó nada al jodido teléfono. Lo deja sobre la mesa de noche, me escruta y se cruza de brazos.

—Solo hay camisones para dormir, ¿es en serio? —rujo envuelta en furia. Alza las cejas, no me sigue.

—Si me dijeras qué es lo que esperabas...

—¡Eres un maldito bestia, un animal! Si querías que fuese parte de ese proyecto solo debías decirme, ¡no había necesidad de esto! —y me señalo. Mi cabello escurre, la bata, yo con la garganta de nuevo doliendo. Quiero llorar pero me obligo a no hacerlo.

—Ponte lo que te plazca para dormir, los berrinches, te repito, no van conmigo —revira alejándose. Pretende retomar su llamada, comprendo.

—¡Pero secuestrarme sí! —Se detiene, tenso—. ¿Qué quieres de mí? —grito exasperada—. ¡Dime! —y camina hasta donde estoy, poniéndose enfrente—. Creíste que llevándome a ese laboratorio olvidaría todo y sería puras sonrisas. No te creo idiota. Pero por mucho que intento entender... no me cabe en la cabeza para qué me haces vivir a tu lado, para qué quieres que comparta tu cama. ¡Maldita sea! Consíguete una mujer que quiera estar contigo, y a mí déjame en paz. Esto es absurdo —sollozo. Se acerca más y queda a pocos centímetros de mí, percibo su calor pese a la bata—. Déjame ir, por favor —suplico sintiendo cómo las lágrimas caen por mis mejillas, hasta mi cuello. Sigue su camino, apretando la quijada, sus ojos son fuego.

—No, mujer, este es tu lugar, no te marcharás —sentencia, serio, atravesándome con sus ojos leoninos. Gimo.

—¿Qué quieres de mí? —pregunto de nuevo con voz apagada, vencida. La furia baja de intensidad y en su lugar experimento un cansancio generalizado, mental.

—Lo estoy averiguando, Elle —admite en susurros.

—No quiero esos camisones —lloriqueo cambiando el tema—. Dios, no soy libre ni para comprar un dulce que desee, algo tan absurdo y no puedo.

—Solo debes decirme lo que quieres y lo tendrás —repone, cauto. Sé que se siente incómodo con mi llanto, pero también que eso no lo hará cambiar de opinión.

—*Twizzlers* —murmuro desafiándolo, pero deseando salir de ahí.

—Bien.

—Púdrete, en serio púdrete. Podrías ser alguien que admirara, que respetara, pero simplemente estás haciendo todo mal y no logro ver en ti nada salvo una bestia que toma lo que desea sin pensar en los demás.

—Si no quieres los camisones, no los uses, seguro encuentras algo mejor por ahí que cumpla tus expectativas y necesidades, pero te aseguro algo, *wahine* —y se acerca más, amenazante— usarás cada uno de ellos, y no será porque te obligue.

—No sueñes —reviro decidida. Sonríe mostrando una dentadura perfecta. Huele tan bien pese a las horas de trabajo que me arrepiento de no rodearlo y alejarme.

—Ese color de piel tuyo que te delata, creo que me haré aficionado a él —revira, sonriendo apenas, disfrutando. Lo empuja y entonces sus manos sujetan mis muñecas—. Si me tocas, entonces es porque yo también puedo hacerlo, no lo olvides, *wahine* —me advierte mientras trato de quitármelo de encima.

—No era esa la condición.

—Dijiste que no te tocara sin tu permiso. Cuando tú lo haces, das por ende permiso para ello —señala alzando su ceja que tiene esa cicatriz.

—No te tocaré más.

—Por mí no te detengas, dulce Elle —admite divertido. Me suelta y me alejo, furiosa.

La garganta duele más. Regreso al vestidor y busco algo cómodo entre la ropa deportiva. Encuentro una malla, una camiseta y una sudadera amplia, unos calcetines y tengo frío aún, tomo otra cosa para cubrirme. Salgo, me asomo y noto que la cena ya está sobre el comedor, cubierta. Escucho sus pasos, volteo con odio, pero pestañeo cuando pasa a mi lado, tan solo en toalla. Se

duchó. Su cabello estila y su musculatura está expuesta. Había escuchado el agua correr pero pensé que estaría vestido.

Paso saliva y finjo que me da igual. Lo cierto es que mi sangre se calienta, aun así, siento mucho frío. Toma su celular, que no para de sonar y regresa al vestidor. El televisor está prendido abajo, noto, y pienso por un momento cenar importándome poco si él no lo ha hecho, pero me siento repentinamente agotada. Bajo y me acomodo sobre un sofá y me adormezco, ahí acurrucada.

Percibo algo frío sobre la frente. Abro los ojos, despacio, pero haciéndome a un lado. Es él, está hincado frente a mí.

—¿Qué? —digo agotada, harta de pelear.

—Tienes fiebre, maldición —gruñe en susurros. Bajo mis piernas con el cansancio al límite, llevándome una mano a la cara.

—Sí, creo que sí. Me duele la garganta de nuevo —le informo frustrada. Sonríe negando, culpable.

—Debí esperar un par de días para llevarte al laboratorio.

—¿Es cierto que te financian gobiernos de algunos países? —pregunto, poniéndome de pie, él hace lo mismo. Me dirijo a la mesa, despacio.

—¿No prefieres descansar? —quiere saber, su tono deja ver un poco de agobio.

—No, quiero saber —refuto sentándome frente a mi plato. Se acomoda donde suele y sacude la cabeza sonriendo. No lleva camiseta, solo ese pantaloncillo que usa para dormir. Paso saliva y desvío la mirada. Ese hombre parece un guerrero de tribus antiguas, a eso me lleva.

—Sí, ellos financian una parte, los laboratorios otra. Existen muchos intereses tras cada una de las investigaciones, a veces de índole gubernamental, otros, farmacéuticas... iniciativa privada.

—Lo que encontré... ¿En qué te beneficia? —pregunto pinchando mi pasta. Alza las cejas y deja salir un suspiro.

—Bueno, en mucho, seremos los que demos con la verdadera estructura molecular del virus, que ha afectado a muchas personas, entender de dónde viene, cómo se contagia, todo eso es información que va y viene, pero tú ya descubriste la parte medular, por ende, algo... que se busca ocultar.

—Cuando se lo mostré a mis jefes inmediatos, no pensé que fuese tan importante, digo, no le han dado el realce que pienso que tiene. Es algo delicado que esté así, parece mutada, ¿sabes? —reflexiono pensativa—. La manipularon, Dáran —determino alzando los ojos. Su mirada me atrapa, es férrea y dura, pero tiene una mota de satisfacción.

—Elle, es delicado lo que sabes...

—¿Por qué? —pregunto genuinamente interesada.

—¿Podrías explicarme tal cual lo que piensas, lo que en contraste? —revira a cambio. Asiento, intrigada. Se levanta y regresa con un libro, lápiz y hojas. Me los tiende—. Soy todo oídos —concede, sereno.

Tomo las cosas, un poco nerviosa, y empiezo a trazar con dibujos lo que encontré, con nomenclaturas que me sé de memoria. Me observa y luego se acerca recargando sus codos sobre la mesa cuando empiezo a hablar con pasión sobre el tema. Me escucha con suma atención, formula preguntas mostrando lo mucho que sabe y al final alza las cejas y se recarga en el respaldo, llevándose las manos a la nuca, exponiendo así más de su increíble musculatura.

—Eres un arma poderosa, Elle. Me alegra que no sepas hasta qué punto —expresa escrutándome. Acerco mi pasta y la verdad es que la garganta duele cada vez más y eso ocupa de pronto toda mi mente, no esas palabras que después espero tener cabeza para desenmarañar—. ¿No tienes hambre? —pregunta enseguida, estudiándome ahora con otros ojos, unos de preocupación.

—La verdad es que me duele bastante la garganta —me quejo agobiada, frotándome la frente, para qué mentir—. No me dejes aquí de nuevo mañana —le suplico con la barbilla temblando gracias a las ganas de llorar. Me observa sonriendo apenas, es como si de ver a alguien que lo asombra, pasara a verme como a una niña pequeña.

—Permite que te revisen de nuevo. Sigue las instrucciones y yo haré que no pases mañana el día aburrida, ¿qué dices?

—No debí presentarme aún enferma en el laboratorio.

—Cumple con todas las normas, no pasa nada. Aunque no regresarás hasta que las defensas suban, Elle, sabes que es lo correcto —apunta, conciliador. Asiento, cabizbaja. Toma el celular y escribe algo, luego lo deja en la mesa y suena de vuelta. Lo lee—. Viene a revisarte, ¿ok? —me informa con suavidad.

—¿Por qué me tienes a tu lado? —quiero saber agotada. Suspira rascándose la barba de su barbilla.

—Entre varias cosas, por tu seguridad.

—¿Mi seguridad? —repito desconcertada.

—Y ahora porque así lo deseo, *wahine* —murmura contemplándose.

CAPÍTULO VI

Nos miramos en silencio durante unos segundos, un timbre quedo suena. Se levanta y abre. El mismo hombre de la ocasión anterior aparece, la diferencia es que, aunque no lo saludo porque me enoja que conoce la verdad y le importe poco, me dejo revisar.

—Elle, tienes llagas en la garganta, ¿cómo es posible? No está nada bien. Ya es infección. Antibiótico sin remedio. —Bufo vencida, mientras... Dáran, o la bestia, ya no sé cuál de las dos es, a veces una a veces otra, nos observa torciendo la boca.

—¿Cuántos días? —desea saber. El médico lo medita un segundo.

—Dos en completo descanso, la fiebre dejará de aparecer el tercer día. Calculo unos cinco, después puede volver a su vida normal. Pero, por favor, no te mojes con la nieve, eviten los cambios de temperatura. Hay que subir tus defensas, ya lo dije.

—Pide que traigan lo que ordenes, por favor.

—Claro, Dáran —responde guardando sus cosas—. Elle, si sigues ahora sí las instrucciones, estarás muy bien en unos días. Te será difícil comer, recomiendo platillos no muy calientes ni muy fríos. Toma mucha agua. ¿De acuerdo? —solicita con tono

amistoso. No puedo evitar sonreírle a cambio, bajando las defensas. Mi celador lo acompaña a la puerta. Una vez solos, voltea hacia mí cruzado de brazos y alzando una ceja, la de siempre.

—No digas nada porque ahora mismo te salto a la yugular —lo amenazo recargando la frente caliente en mi mano, que descansa sobre la mesa. Alza las palmas, negando y se vuelve a quitar la camiseta que se había puesto—. No puedo creer que todo esto me pase.

—Son solo unos días, estarás bien.

—Es por tu culpa —gruño—. Estoy estresada, nerviosa, ansiosa y no entiendo lo que pasa. Cada día me siento más confundida y tú no sirves de nada para menguar eso porque eres la maldita causa —rujo con a saber qué fuerzas, incorporándome. Está a un par de metros, serio.

—Puede ser que así sea, pero debes saber algo, aquí no corres peligro de ningún tipo, *wahine*. Ahora mismo es el sitio más seguro para ti.

—¡Deja de hablar a medias! —grito. La garganta se me desgarrar, me quejo llevándome la mano ahí. Se acerca y me toma en brazos. No puedo ni quejarme. Lloro aferrándome sin remedio a sus anchos hombros, sin tener fuerzas siquiera para hacer que me baje.

—Eres demasiado dulce... —lo escucho, cuando me deposita sobre la cama y después hace a un lado un mechón de cabello que cubre mi rostro—. Y demasiado mujer —murmura perdido en mis rasgos. Me hago a un lado, asustada por lo que me hace sentir, perturbada.

—Dijiste que no me tocarías —logro decir, con rencor. Se aleja y frota la cara, asintiendo al tiempo que alza las manos, de nuevo, y baja. Regresa cinco minutos después. Me da los medicamentos y un vaso con agua. Los paso, me levanto y deshago la cama para meterme dentro, agotada.

—Descansa, *wahine*. —Y las luces de la planta alta se apagan, por lo que todo queda a media luz. Cierro los ojos con un par de lágrimas cargadas de frustración.

No logro descansar del todo, despierto cada tanto, me duele mucho la garganta, tomar agua es un martirio, aunque Dáran me lo hace más llevadero, debo aceptar. Me acerca agua cada vez que me remuevo y me incorporo. Sudo la fiebre, mi ropa se humedece, mi frente, toda yo. Me ayuda a incorporarme y me acompaña al vestidor, ahí me pregunta qué deseo ponerme, le señalo cualquier cosa, lo coloca a un lado de mí, en la banca que ahí se encuentra. Es atento, cuidadoso en sus movimientos, que son contrastantes con su enorme tamaño, con su facha en sí.

—Pondré ropa seca de cama mientras te cambias, *wahine* —avisa con tono conciliador. Me siento desfallecer, pero definitivamente no deseo que él me cambie, no es para tanto.

Me pongo ropa seca cuando veo que cierra la puerta corrediza. Se me antoja tanto una ducha. Tengo el cabello incluso mojado, pero me abstengo, no creo que sea el mejor momento las dos de la mañana. Salgo y él está terminando de acomodar la cama, cosa que me asombra, juré que llamaría a alguien, pero no, lo hizo él. Me invita a recostarme con un ademán, sereno, pero asomando una media sonrisa. Me acurruco, cansada. Nos miramos por unos segundos en los que yo no le digo gracias, y él no me dice nada al respecto.

Por la mañana me siento molida, imagino que él debe estar igual. Desperté como a las cuatro de nuevo con fiebre, gimiendo, aunque intenté no hacerlo. Con su forma extraña de ser, me dio medicamento y acercó una toalla húmeda para ponerla sobre mi frente. Repitió aquello tantas veces que no lo recuerdo. Puedo evocar sus manos acercándose a mi cara cada tanto, pero no me tocaba, solo para colocarla. Preferí mantener los ojos cerrados, su mirada me perturba de muchas maneras y con la

vulnerabilidad que experimento, es mejor esquivar esa rareza que despierta en mí ser.

Escucho murmullos, aguzo el oído y me levanto con un incipiente dolor de cabeza. Necesito ir al baño, pero me detengo en el barandal, lo logro ver justo debajo de mí. Él detiene su conversación con el médico que la noche anterior me atendió. Ambos alzan los rostros, pero solo el recién llegado me sonríe, sereno. Pretende subir, pero Dáran luce un tanto irascible y lo detiene.

—Fue una noche espantosa —le dice examinándome desde su lugar. Mi celador ya lo puso al tanto, comprendo. Asiento y mis ojos terminan de nuevo en ese hombre enorme que cuidó de mí en todo momento con paciencia y sin decir nada. Me mira también, pero serio. Vuelvo mi atención al médico.

—Sí —puedo responder, abrazándome—. Ahora vengo —me disculpo. Lavo mi rostro, la boca y cuando estoy lista, salgo. Luzco fatal, realmente fatal. Bajo despacio. Hablan cerca de la enorme ventana, hay sol, puedo notar y la nieve encandila un poco por lo mismo. Ambos voltean, estoy justo al comienzo de la escalera.

—Le comento a Dáran que hay que darle tiempo a los medicamentos. Estarás bien, esta noche, y el día incluso, será un poco mejor. Se complicó lo que tenías, el cuerpo responde con mayor fuerza. Los dos saben que así es esto.

—Gracias, entiendo —susurro—. Necesito dormir un poco más —me excuso repentinamente agotada, otra vez, y camino de vuelta a la cama. Ni de loca pienso salir de esas cobijas, que, aunque odio, por ahora las necesito con urgencia. Dáran aparece un segundo después cuando me estoy cubriendo. Luce agobiado y eso es nuevo, me ayuda a cubrirme mejor.

—No debí dejarte salir ayer —se regaña de pie, a mi lado, inspeccionándome.

—No es la frase correcta —repongo. Alza su típica ceja, ahora intrigado.

—Temo preguntar cuál es para ti, entonces.

—Si no me hubieses traído aquí, así, estaría sana en casa —reviro con rencor.

—Te equivocas.

—Lo dices para hacerte el interesante, y no me la trago, además, no te daré las gracias por cuidar de mí toda la noche, lo mereces —gruño. Sonríe más sereno.

—Daniele tiene razón, hoy será mejor día, si tienes ánimos para atacarme es porque estarás mejor.

—Bestia, puedes traducirlo en el lenguaje que quieras, o ese que usas, porque eso eres —farfullo girándome para darle la espalda. Ríe.

—*Kararehe* —escucho y lo miro de reojo, irritada. Parece divertido—. Bestia en maorí, Elle —explica y baja.

¿Maorí? Lo repito en mi mente durante algunos minutos. Nunca había escuchado de ellos. Pero, ¿por qué usa ese idioma? Por otro lado, la verdad es que su pronunciación es como la de un vals suave, pero sensual, es imposible no sentir algo en medio del estómago cuando lo usa. Digo la palabra un par de veces usando los labios. Sonrío sin poder contener el gesto.

Llega el desayuno y la mujer lo coloca en una mesilla junto con mis medicamentos. Me incorporo agradeciendo y sé que él no está. Escuché entre sueños la puerta corrediza, porque ese hombre es como un fantasma, no se escucha ni se siente. Al terminar, duermo durante varias horas sin interrupción. Abro los ojos y noto que atardece. Me tallo el rostro, me siento un poco mejor, aunque creo que regresa la fiebre. La garganta, gracias a los analgésicos, duele mucho menos, aunque no me fío. Camino hasta la ventana ansiando ver un poco más allá de estos muros.

—Debes comer, espero que te encuentres mejor —interrumpe mis pensamientos. Lo dicho, es sigiloso, me sorprende, pero finjo que no. El paisaje es tan blanco, hermoso y me pierdo admirándolo. Los árboles están cubiertos por esa capa blanca, densa, así como todo lo que hay en esa parte de la isla. Giro y él ya se acerca, lleva el cabello recogido en un moño alto, vaqueros, botas de cintillas y una camiseta gris.

—*Kararehe* —pronuncio al tenerlo a mi lado, cruzada de brazos, perdida en lo que tengo frente a mí. Suelta la carcajada, no volteo.

—Lo dices bien, solo carga más el acento en la primera “e” —explica tan imperturbable como suele. Lo miro ahora sí, pero él tiene su atención puesta en la ventana, sonriendo con esos ojos miel y las facciones relajadas.

—¿Te da igual que te diga así? —gruño.

—Si lo dices tú, no, me agrada en realidad —y volteo—. Tú puedes decirme como quieras, *wahine*. —Mi respiración se acelera, de repente frunce el ceño y coloca su mano sobre mi frente—. Tienes fiebre. De nuevo —farfulla frustrado.

—Esta enfermedad debe ser tu amiga —rezongo caminando hacia las escaleras

—Elle, recuéstate —pide cuando pongo el pie en el primer escalón. Niego, decidida. Sin que lo vea venir, me carga y me regresa a la cama. Me quejo enojada.

—¿Qué te pasa?!

—Puede ser que estés así en parte por mi responsabilidad, pero definitivamente no empeorarás bajo mis cuidados.

—Bestia —refunfuño buscando problemas y es que me siento absolutamente frustrada. Sonríe de nuevo, suavizando su expresión.

—*Kararehe* es perfecto y sí, así que si no quieres que te vuelva a tocar y te regrese a la cama, ahí te quedas. Ya traen tus alimen-

tos. *Frivóla*, el televisor —ordena sin quitar sus ojos de mí—. Si prometes cumplir esto, puedo traerte una *tablet* y así puedes seguir con tu trabajo o lo que desees.

—Sin internet...

—Mientras no hagas algo extraño, tendrás acceso.

—¿Confías en mí? —pregunto de vuelta, intrigada.

—No tengo motivos para lo contrario. Tenemos un trato, Elle. Es así de simple.

—Quiero darme una ducha primero —logro decir, hundida en la cama. Me examina un segundo y luego asiente.

—Puede que te ayude con la temperatura. Luego comerás.

—Eres mandón, además de todos tus defectos —protesto poniéndome de pie.

—Bueno, perfectos no somos, *wahine*. Es lo que hay —dice a cambio, con ligereza y me da espacio.



Salgo de la ducha y me siento solo un poco mejor, aunque la fiebre continúa. Gruño harta, evoco la soledad de mi casa, mi rutina, mi vida... Pero tantas dudas de todo esto me asaltan que me pierdo en mis pensamientos, elucubraciones, hipótesis. Me pongo un pantalón de lana negro, suelto, que encuentro y, repentinamente, la puerta se abre.

—Tus *twizzlers* —escucho y por reflejo me cubro, roja del rostro.

—¡Qué demo...! *Me estoy cambiando* —rujo girándome un poco, abochornada. Sonríe ufano.

—He visto a muchas mujeres desnudas, *wahine*, aunque ninguna tan dulce —apunta como si fuese cualquier cosa.

—¿Y eso qué? Sal de aquí —exijo, lleva un par de esos deliciosos dulces en la mano, y los mueve a un metro de mí, pinchándome. Entorno los ojos—. Déjalos ahí —ordenó con la mano enrollada en mis pechos, molesta. Se acerca más y cuando pienso que los dejará en la banca que está detrás de mí, se sienta y abre uno. Lo miro arrugando la frente—. ¡Que te vayas! —gruño y en reflejo le arrebató el que ya está por probar y le doy una mordida.

Cierro los ojos, son mi perdición. No tenía idea de cuánto los extrañaba y olvido por un segundo que no llevo sujetador, que solo parte de mi antebrazo y mano cubren mis pechos y peor aún, que él está ahí.

—Vaya... eso sí que es toda una reacción, Elle —expone con voz ronca, observándome. Abro los ojos enseguida y me giro, masticando. Se coloca frente a mí, dejándome sin respirar. Toma el dulce de mi mano y lo muerde a tan solo unos centímetros de mi rostro. Mi piel arde, de por sí.

—Estoy seguro de que tú sabes mucho mejor que eso, *wahine* —susurra con intensidad y se aleja con mi golosina dejándome perpleja.

Salgo después de un rato en el que ya me puse sostén, una blusa y sudadera, comiendo el segundo dulce, apenas aún. Nunca he estado con un hombre, he salido con algunos chicos, eran tranquilos, como yo, compartíamos intereses, pero nunca llegamos a algo más que un beso ingenuo, esa es la verdad. Hay algo torcido en medio de toda esta demencia y es que me siento mujer, por primera vez, y eso me pone peor, mucho peor.

La bestia habla por teléfono abajo, tal parece que nunca lo dejan en paz. Aquí no importa si es lunes o domingo, él sale y sale, trabaja todo el tiempo, noto. Nos miramos un segundo, él ahí, en la sala, yo arriba y soy tremendamente consciente de su presencia. Decidida a no continuar en ese absurdo, me giro y

noto que en la cama hay una *tablet* con audífonos inalámbricos. Es la mía. Pestaño, desconcertada.

—No sé si necesitas algo más —lo escucho tras de mí. Respingo. Dios, cómo hace eso. Niego, sentándome, sin encararlo y tomándola al tiempo que dejo los dulces en la mesilla. La prendo y tiene la batería completa, alzo los ojos y él continúa ahí.

—No quiero darte las gracias —logro decir explorándola, es como si me devolvieran algo mío, bueno, en realidad es así.

—No las espero, *wahine*. Solo debes saber que tiene desactivada la ubicación, te pido que evites redes sociales y si lo haces, sé discreta.

—¿La interviniste? —deduzco.

—Mi equipo de seguridad. Es necesario. Pero sé que tu trabajo y cosas importantes deben estar ahí...

—Mi celular.

—No, *wahine*, nada de chats, no si quieres hablar con Aide. Te pones en riesgo —sentencia bajando, sereno. Lo sigo, dejando mi aparato en la cama.

—¿Me explicarás eso? —indago frustrada. Se sienta en una silla, la única de ahí, sosegado.

—Descubriste un arma biológica, Elle, eres astuta y comprenderás que aquí hay intereses, aunque quizá no magníficos cuántos —explica con crudeza, serio. Pestaño.

—Pero... ¿por qué? En cifras no es un peligro —replico.

—No, pero sí en costo.

—¿Me... quieren hacer daño? ¿Es eso?

—Quieren que no avances, Elle.

—¿Por eso me trajiste aquí?

—En parte.

—¿En parte? ¿Deja de hablar con acertijos!

—No tengo por qué darte más información, Elle. Solo trabaja en ello y termina lo que hacías.

—¿Qué obtengo a cambio? —rujo.

—Tu empleo continúa, tu salario se triplicó y al terminar esto, serás reconocida en el gremio a tu corta edad.

—¿Y por qué me tienes aquí, contigo? —pregunto nerviosa por lo que estoy comprendiendo.

—Porque puedo, porque quiero, porque es necesario y porque lo deseo —concluye.

—¿Qué pasa si me rehúso?

—Te obligarán a que pares... los creadores del arma... La vida de tu hermana, por ejemplo. —Me debo sentar en el colchón, negando, asustada. Nota mi reacción y se acerca, un tanto arrepentido, noto. Se acucilla ante mí, muy serio, más de lo usual, pero decidido.

—Ella está protegida, tú aquí segura. Nada pasará.

—O sea que... estoy a tu merced.

—Elle, no tienes opciones.

—Podrías hacer esta porquería de otra manera. No obligándome a compartir tu cama.

—Eso es un capricho, *wahine*, uno que ayuda, sin duda.

—Es aberrante.

—Es lo que hay y ya te dije... Entre más rápido lo aceptes, mejor. Te aseguro que en otros sitios no se te trataría así.

—¿O sea que ahora debo agradecerte?

—Podrías.

—Púdrete, bestia, en serio tú y todos, púdranse —rujo aventándole un cojín que veo al lado. Suspira y baja.

Me recuesto sobre la cama, rogando que no vuelva, no lo hace. Las lágrimas salen y estudio a mi alrededor, asustada, abrazándome. Abro mi *tablet* y busco las fotos de papá, de mamá, las de mi hermana y yo, son tantas, las paso con los ojos anegados.

¿Qué hice?

Quedo dormida ahí, acurrucada, tengo miedo y a la vez odio lo que sucede, porque sé que no lo merezco.

—Elle. Elle... —Me quejo y abro los ojos. Dáran está sentado a mi lado, me alejo, con rencor. Suspira. Lleva un conjunto deportivo y el cabello recogido a lo alto.

—¿No puedes dejarme en paz?

—Debes comer, los medicamentos se pasaron de hora. Así no mejorarás, lo dijo Daniele —me recuerda. Me acomodo sobre las almohadas, mirándolo cauta, desconfiada—. Era mejor que supieras de una vez.

—Pero me ocultas mucho.

—Te dije lo que debes saber. Nada más lo que es necesario.

—¿Por qué un año?

—No empecemos, Elle.

—¡Es mi vida! —lloro. Se gira y me da la espalda, coloca los codos en las rodillas y se frota la cara.

—Es el tiempo suficiente —dice al tiempo que se levanta y baja. Dejo caer la nuca en la cabecera, agobiada. Luego regresa, me tiende la comida, las medicinas, la fiebre bajó, noto.

Empiezo a comer en silencio, él está ahí, de pie, perdido en la noche, nieva, con los brazos cruzados, pensativo.

—Dáran —lo llamo más serena, voltea a medias, por encima del hombro—. ¿De verdad mi vida corre peligro, la de mi hermana? —pregunto con voz ahogada. Se gira despacio, aspirando con fuerza.

—Sí.

—No quiero que a ella le pase nada —logro decir haciendo a un lado la mesilla. Apenas si probé bocado, pero es que me encuentro en el límite. Se sienta en la cama, en la orilla de mi lado.

—Elle, no miento, nunca miento. Aide está y estará segura, tengo todo afianzado para ello.

—¿Qué pasará después, cuando logremos desenredar todo y dé con lo que creo que es la cura? —deseo saber, hipando. Acerca su mano, lento, hasta mi rostro y hace a un lado un mechón que se cruza por mi mejilla, despacio, atento al gesto. Lo observo sintiendo, en medio de ese enorme agobio, algo diferente. Debería quitarme pero simplemente no puedo, necesito ese contacto.

—Cuando eso suceda —comienza y baja su mano para ahora posar sus ojos felinos sobre los míos, llorosos—, se removerán muchos intereses y ya no tendrá sentido dañarte, aunque quizá pasen unos meses. Pero dejarás de ser su interés eventualmente, es la idea, calculo que todo eso llevará el año —me informa. Asiento quitándome con dedos trémulos el agua de mis ojos, de las mejillas.

—Si... si no representara lo que represento para tus intereses, ¿estaría aquí? —indago con voz queda. Me observa lo que parecen años, luego sonrío con un dejo de extrañeza.

—Creo que eres peligrosa en cualquiera de tus presentaciones, Elle Phillips, y no tengo respuesta a esa pregunta —admite calmo. Respiro profundo.

—¿Un año? —digo en susurros.

—Un año —acepta, cauto, estudiando mi boca.

—Podrías... —le pido indicando mi comida, prácticamente no la probé. Se levanta enseguida y me la acerca. Necesito acomodar todo esto en mi mente, en mi sistema. Lo primordial es Aide, nuestra seguridad y no jugaré con ello, no puedo hacerlo, determino partiendo la lasaña, despacio.

CAPÍTULO VII

Termino en silencio. No se escucha siquiera la ventisca de afuera, pero la observo por algunos minutos, luego me levanto. Me siento mejor, aunque ya sé que es tarde. Bajo despacio, Dáran ve algo en el televisor, pero sin mucho afán. Su celular no para de sonar casi a cada segundo, eso es lo normal, creo que ya me habitué a escucharlo. Él solo responde algunos de esos mensajes. Luce agotado, y eso que no lo conozco mucho, pero es notorio. Me mira lánguido, ojeo el reloj de madera que cuelga en uno de los muros y que tiene grabadas grecas como las de su oficina, o su cuerpo. Las once.

—¿Nunca deja de sonar? —pregunto bajito, sé que me escucha, mira el teléfono de reojo y niega apenas. Asiento y me acerco a la orilla del otro sillón. Me siento, todo bajo su mirada—. ¿No te cansa? —murmuro intrigada, recargando la cabeza en el respaldo. Se incorpora suspirando.

—Creo que ya no lo pienso, es parte de mi vida —musita pragmático. No digo nada durante unos segundos en los que pierdo la atención en mis calcetines—. Aunque hay veces que me supera, y entonces busco la calma donde sé que la encuentro —admite y eso hace que lo mire. Medio sonrío y volteo al

televisor; está una película de la que no tengo idea. No suelo ir al cine, ni ver cintas en casa, descubro.

—¿La estabas viendo? —pregunto intrigada, un poco desconcertada por saberlo haciendo algo tan banal. Echa un vistazo a la pantalla, sereno y asiente.

—Me han dicho que vale la pena, no tengo tiempo para ir al cine, tampoco puedo, y aunque hay uno aquí, no suelo usarlo. Creo que fue ganadora del Oscar hace un par de años. Acaba de empezar —expresa bostezando—. Si deseas lo regreso.

—¿Cómo se llama? —investigo con suavidad, notando esa atmósfera menos tensa entre ambos. La realidad es que no tengo ánimos ya de pelear, no en este momento, necesito desconectar mi cabeza.

—Lion —susurra estudiándome, cauto. Es evidente que no tiene idea de qué haré, o diré.

—Sí, me gustaría que la pusieras desde el principio. Si no te molesta. —Enseguida la empieza de nuevo. En efecto, llevaba apenas unos minutos. El silencio nos rodea y solo el sonido de la cinta nos acompaña, se siente extraño, pero no malo como debería.

Una hora después tengo un nudo en la garganta, es muy fuerte lo que vive ese chico, la identidad, su persistencia. Me encuentro emocionada y totalmente atenta a lo que ahí se desarrolla.

—Toma, *wahine* —murmura, volteo y me aproxima una caja de pañuelos, estoy lagrimeando. Mis mejillas se encienden por la manera en la que me observa y porque no me había percatado de que lo hacía. Tomo uno y él se acomoda ahí, a un metro de mí. Continúa viendo la cinta.

Al terminar, suspiro, satisfecha y llorosa. Me cruzo de brazos y volteo, sé que me observa, lo ha hecho varias veces durante la película. Le sonrío a medias.

—Creo que debo ir a dormir —apunto bajito, poniéndome de pie. Me imita, intrigado.

—¿Estás bien? —quiere saber. Me limpio con el pañuelo, tranquila.

—No había llorado con una película desde... no sé, creo que desde que era pequeña —le informo encogiéndome de hombros.

—Es una buena producción, una buena historia —admite con los pulgares dentro de las bolsas de su vaquero.

—Lo es... —respondo incómoda, porque de repente se siente una tensión extraña así que prefiero alejarme.

Sé que llega a la cama una hora más tarde. Salió un rato después de que me dirigiera a la habitación, pero no supe de él hasta que su aroma de recién duchado llega a mi nariz y me logra despertar. Es absurdamente masculino. Finjo dormir, lo escucho suspirar y mi cuerpo se eriza. Cierro los ojos con fuerza y me obligo a pensar en otra cosa.

Al día siguiente despierto decididamente mejor, pero hambrienta. Dáran no está cuando abro el ojo. Me ducho, me pongo un vaquero y una blusa de manga larga, cepillo mi cabello y me observo en aquel elegante espejo y lo único que puedo ver es una pálida chica de cabellos dorados, ojos azules y nariz respingona que se metió en un maldito lío por curiosa, como siempre me dijo papá. Sonrío al evocarlo. ¿Qué diría de todo esto?

Al bajar, él entra, deja un gorro húmedo y su abrigo. Su cabello está sujeto arriba de su cabeza y trae puesta una sudadera oscura, *jeans* y botas gruesas.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta sin posar sus ojos en mí. Es como si detectara mi presencia a unos metros, sin tener que verme.

—Mejor, la verdad —y camino rumbo a la mesa. Me siento y él se acomoda a mi lado— ¿No trabajas hoy? —pregunto sor-

biendo mi café, es delicioso, evitando a toda costa encontrarme con sus ojos, algo me generan que prefiero esquivarlo.

—Es domingo, *wahine*.

—Bueno, estoy un poco perdida en los días —me defiendi tomando un trozo de pan dulce, mientras de reojo noto cómo ingiere un gran tazón de fruta—. Pero me parece que no eres de los que eso le importe, tú trabajas igual —reviro para luego darle un mordisco al *muffin*. Lo escucho reír.

—Me encantaría saber qué es lo que imaginas de mí en realidad y supones saber —añade con voz gruesa, pero calma.

—Nada, solo lo pensé porque parece que vives para el trabajo.

—Bueno, tú sabes de eso —suelta con frescura, lo encaro, y me mira con fiereza.

—Me gusta lo que hago —determino.

—A mí también, pero no vivo para trabajar, *wahine* —revira con firmeza. Coloco mi atención en el desayuno, mis mejillas arden y sé que lo nota.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —pregunto a cambio, pinchando un poco del *omelette*.

—Llegaste el sábado anterior —me informa, asiento—. Quizá te gustaría conocer la casa, los alrededores. No está nevando y, si te cubres bien, podría mostrártelos —propone. Alzo la mirada, pestañeando—. Sí, puedes salir de aquí cuando quieras.

—Pero no dormir en otro sitio.

—No, eso no, ni vivir en otro lugar —avala. Me desinflo un poco.

—¿Cómo puedes entonces decir eso?

—Posa tu mano en el lector, siempre has podido salir de aquí desde que llegaste. Eres libre de moverte, aunque prefiero que no lo hagas sola —me pide. Arrugo la frente ante lo que acaba de decir. No lo puedo creer, me levanto y me acerco a la puerta, lo miro buscando, dudosa, él me insta con un ademán.

Coloco mi mano donde él lo suele hacer y la puerta se abre. Retrocedo asombrada.

—Se abrió —respingo sorprendida. Lo escucho reír suavemente.

—Peligrosísima —susurra a mis espaldas. Lo encaro, sorprendida. De pronto se vuelve a cerrar automáticamente. Parpadeo—. Anda, termina. Por una u otra cosa nunca dejas los platos vacíos —apunta. Me siento de nuevo y tomo el tenedor, aturdida.

—Sí, quiero salir.

—Bien.

—Dáran, no tenía idea de que estaba metiéndome en esto —admito pensativa, con el corazón acelerado.

—Escucha, Elle, estás y estarás bien. Lo que hiciste es bueno, además, mujer, eres brillante de verdad. Solo entiende que por tu seguridad y tranquilidad es mejor que no sepas mucho más, no hasta que esto acabe.

—Mi papá solía decirme que mi curiosidad me metería en problemas, pero que también me ayudaría a lograr grandes cosas. Sé que no pensó jamás en algo así —repongo negando.

—Tú papá era un hombre muy inteligente, también curioso, supongo que por eso te lo decía —expresa dejándome desconcertada. Arrugo la frente.

—¿Lo conocías?

—Fue uno de mis profesores, una buena persona, y brillante —señala con suavidad. No lo puedo creer.

—Lo era... Siempre entre sus libros, investigaciones, así lo recuerdo —admito desconcertada por el nexo.

—Entonces te pareces a él, ¿no? —repone con duda genuina. Pestañeo, descolocada.

No, ese no era mi plan, porque, aunque lo admiré y admiro aún, jamás nos faltó nada, solo vivía para ello y apenas si tenía tiempo para nosotras. Fue, gran parte del tiempo, frustrante. Es

por eso que nuestra abuela, que era mayor, nos crio y no era la dulzura personificada.

—Puede ser, no lo había pensado así. La verdad no es lo que deseo en mi vida, aunque me encanta lo que hago.

—¿Y qué esperas entonces de tu vida, Elle? —Suspiro, su tono es relajado, no encuentro un doble sentido y yo estoy tan enredada que me dejo llevar un poco.

—No sé, me ha costado mucho esfuerzo conseguir lo que he logrado.

—Lo imagino, y eres muy joven, pero me cuesta entender cómo alguien con todo tan planeado no pueda responder esa pregunta.

—¿Tú tienes respuesta para ella? —reviro alzando una ceja. Se recarga en la silla, con los brazos bajo la nuca, respirando hondo.

—Sí —admite bajando los brazos fuertes para apoyarlos sobre la mesa, acercándose así un poco a mí. Sonríe.

—Te felicito. Aunque me pregunto si eso incluye tener a mujeres secuestradas cada vez que se te antoje meterte con una —inquiero alzando una ceja. Se carcajea y luego se relaja dándole un sorbo a su café.

—Nunca he necesitado obligar a una mujer para tener sexo, Elle —responde con cinismo, uno que me avergüenza, y lo sabe, aun así, no desisto—. Y tú trabajas para mí, no de ahora, sino desde hace un par de años, ¿qué más da dónde?

—Te felicito, eres todo un semental, pero también una gran bestia porque si tan pagado de ti estás, ¿por qué me tienes aquí compartiendo tu maldita cama?

—¿En serio regresaremos a lo mismo?

—Es que nunca me respondes en realidad.

—Elle —dice alzándose y colocando ambas manos sobre la mesa, serio, aunque con una nota de diversión en esos

ojos peligrosos—. Una cosa llevó a la otra y no conseguirás que me arrepienta.

—Todo lo tienes controlado, ¿no?

—Todo —asegura cerca, muy cerca.

—Esto, Dáran, no, y sé que en algún momento te arrepentirás —siseo casi en susurros, enfrentándolo sin drama, sin llanto, sin nada, solo con mi verdad ahí expuesta.

—Si te hace sentir mejor pensarlo, hazlo. Estás aquí porque te conviene a ti, a mí, a muchas personas en realidad. Que compartas mi cama, como tú dices, que en realidad es un mal chiste, es una nimiedad. Y, *wahine*, mi nombre en tu boca, suena excitante —agrega tomándome ahora el pelo.

—Bestia —rujo levantándome de la silla, molesta. Retrocede negando, mirando a su vez mi plato.

—Ah, no, termina eso, *wahine* —ordena.

—¿Si no, qué?

—Tus defensas jamás subirán, no podrás salir y bueno... tú sabrás. Eres adulta —me recuerda con tono sombrío, torciendo los labios con prepotencia.

—Púdrete —gruño sentándome de nuevo.

—Si te parece nos vamos en media hora —dice y toma su teléfono, que empieza a sonar.

Pasamos un par de horas conociendo la casa, es enorme, hay menos personal rondando que el día que salí. Me insta a probar mi mano en cada lector, y sí, en todos funciona. No volvemos a hablar de lo que ocurrió en el desayuno, parece ser nuestro ritmo habitual.

El lugar es apabullante, casi un palacio podría decirse. Un montón de habitaciones, un ala solo para los empleados domésticos. Piscina techada, rodeada por vidrios que permiten contemplar el hermoso paisaje ahora nevado, aclimatada. Una sala de cine, como mencionó ayer, donde quizá quepan unas treinta

personas. Una cava, gimnasio enorme perfectamente equipado. Varias salas, un despacho gigante que debo admitir me llenó de intriga; fotos de él vestido de forma extraña, al lado de personas que lucen diferentes. Se ve feliz, la verdad. Símbolos por doquier, muchísimos libros, esculturas, lienzos. Y en la orilla, escondido, un pequeño cuarto con un telescopio enorme. Abro la boca y me insta a acercarme, sonriendo.

—Una de estas noches que no caiga nevada, podría mostrarte lo que se ve.

—Sí, me gustaría —admito con el ojo ahí, su mano sobre mi hombro logra que me enderece.

—Podrías lastimarte la vista, mejor continuemos —me pide con suavidad. Pasa su mano por mi cintura y no me quito, pero no la deja mucho tiempo, aunque las ondas de calor hacen su parte.

En su estudio me demoro más. Ojeo algunos libros, me pierdo en las fotos, pero no le pregunto nada mientras él permanece tras de mí, tan impasible como suele. Este lugar me gusta, en definitiva.

Continuamos la excursión. La cocina es gigantesca, nos ve llegar el personal y lo saludan, está ahí comiendo uno de los escoltas. Es un tipo enorme, como casi todos, y comparten rasgos, noto, como los de las fotos de su estudio. Se levanta, pero Dáran, con un gesto, pide que no interrumpen sus ocupaciones.

—Sigán con lo suyo, solo quería presentarles a la señorita Elle —dice amistoso, tomando una manzana del frutero y dándole una gran mordida. Todos me sonríen y detecto a la chica que me llevó la hamburguesa. Me mira como si nada, olvido mi enojo y les sonrío saludando con la mano. Aquello parece la cocina de un restaurante, noto asombrada, muchos refrigeradores, un par de cocineros, gente moviéndose, picando cosas, ordenando.

—¿Te apetece algo? —Habla en mi oído, respingo sonrojada, pestañeando por su cercanía—. Rory —llama, y una mujer de por lo menos cincuenta años, le sonrío.

—Dime, Dáran —lo tutea, noto, como varios aquí.

—Ella es la dueña y señora de este sitio —suelta relajado, luego la ve—. ¿Tendrás de esa torta de higos que haces? —pregunta, curioso, con una familiaridad extraña.

—Es tu favorita, sabes que siempre hay —responde riendo, él se rasca el cuello, alegre.

—Nos mandan un par de rebanadas y... ¿café? —Me mira buscando mi aprobación. Asiento, medio perdida, desconcertada en realidad—. Al solariego, por favor.

—Claro, en cuanto estén ahí los mando.

—Gracias, Rory. Provecho —dice a los que comen, todos asienten educados.

Salimos de ahí y yo estoy anonadada. Un comedor más austero, pero enseguida, otro enorme, iluminados, madera, piedra, y ventanas es el material que rige en esa casa, mansión, palacio o lo que sea, porque a estas alturas ya no sé.

Llegamos a un espacio hermoso. Hay una chimenea, la casa cuenta con varias, pero esta es más rústica, de piedras, el techo es de madera, no es muy grande y cuenta con un sofá para tres y, frente a él, muy cerca, dos sillas de ratán oscuras, con telas color crema. Se percibe tan diferente a todo... es similar a su estudio. Las ventanas dan a aquel paisaje nevado que en otras épocas debe ser maravilloso. Me acerco a una de ellas.

—¿Y? —inquieta a mis espaldas, atento. Lo miro por arriba del hombro, con los brazos cruzados.

—No entiendo para qué tanto si no lo vives... Tienes ese apartamento y parece que esa es tu casa, no todo esto, que sí, sería mentirosa si no admitiera que es impresionante.

—¿Para qué trabajas sin descanso si no disfrutas de lo que obtienes de ello? —me pregunta a cambio. Lo encaro, primero irritada, luego... pensativa

—Satisfacción, orgullo, un sueño... —respondo alzando una ceja, sentándome en uno de los sillones individuales. Sonríe de esa forma que comienzo a notar es muy suya.

—Esta casa ha sido de mi familia por mucho tiempo, por eso existe y existirá. Pero concuerdo contigo, es muy grande.

—¿Por eso ese apartamento?

—Por eso y por razones de seguridad, intimidad...

—A tus amantes en turno debe encantarles todo esto, es la opulencia en su mayor expresión —me burlo recargándome en el respaldo. Me mira con fijeza, inspeccionándome, pero estoico. Es tan difícil saber lo que cruza por su mente, casi imposible.

—¿Te gustaría ser una de ellas, *wahine*? —revira como si nada. Me hace enojar, de nuevo y es que lo logra muy rápido, tanto que es ridículo, pero, aunque mis mejillas se tiñen de rojo, porque lo siento, me río desviando la mirada.

—No veo el sentido de eso.

—Te lo puedo explicar... o mejor aún, demostrar —propone con cinismo. Volteo y sonrío con esa masculinidad arrebatadora. Gruño.

—No pasará. No me interesa involucrarme con alguien como tú.

—Me gusta tu determinación, pero nadie habló de involucrarse si no de compartir un buen rato en la cama, u otros sitios... —habla como si fuese cualquier cosa. Idiota.

—Nunca, bestia.

—Esa es una palabra muy compleja, *wahine*, que suele durar poco.

—No en mi caso. ¿Cómo podría querer algo contigo?

—¿Por qué no?

—Porque te detesto, porque eres una bestia odiosa —y me incorporo—. Y si no cambias de tema me voy —lo amenazo. Me estudia con parsimonia.

—¿Te molesta que te deseen, Elle? —pregunta como si no hubiese dicho lo anterior. Mis mejillas arden—. ¿Tanto te molesta desearme? —continúa levantándose pues me incorporé en mi arrebató. Por impulso le voy a dar una cachetada, ya no lo soporto, pero sujeta mi muñeca acercándose a su cuerpo. Dejo de respirar. Es tan grande. Gimo al sentir su pecho adherido al mío, agacha su rostro y estudia mis facciones, despacio, con cuidado. Es tan absurdamente varonil que me genera... temor.

—¿Por qué te gusta jugar conmigo? ¿No te parece que es suficiente pasar por todo esto? —pregunto, llenando mis pulmones con muchísimo esfuerzo porque su fuerza es abrasadora, su potencia, su mirada leonina, su mano en mi muñeca.

—No estoy jugando, estoy sincerándome por ambos —señala y su aliento me acaricia, a nieve, decididamente huele a ventisca fresca. No me muevo.

—No me conoces.

—No hace falta.

—Suéltame —le imploro, afloja su mano, pero con la otra ya tiene mi cintura sujeta y se siente... extraño, me quedo quieta.

—Es más riesgoso luchar contra el deseo, *wahine*, que dejarlo salir —susurra sereno, aunque con firmeza. Mis manos, que no sé dónde poner, las coloco frente a mi pecho, protegiéndome y luego lo hago un lado con una palma sobre el suyo, cuidadosa. No me reconozco y no me gusta nada, en lo absoluto.

—No te deseo —digo soltando el aire cuando hay una distancia un tanto prudente. De pronto una mujer llega con una charola, me escabullo enseguida hasta el lado opuesto, nerviosa. Pienso en salirme cuando escucho que Dáran le pregunta so-

bre su hija. Volteo, intrigada; la mucama sirve el café, relajada, mientras él está acomodado a un lado, tan tranquilo como suele.

—Creciendo, señor.

—Tres años, ¿cierto?

—Sí, y pregunta mucho por los *husky*.

—Ya te he dicho que puedes traerla a veces a jugar con ellos, son incansables.

—Sí, lo sabemos mi esposo y yo. Cuando el clima lo permita, lo haré. Gracias —y le tiende la taza; este la toma agradecido. Su interacción es tan sincera que me descontrola e intriga. Luego ella sirve otra y me la da, sonriendo.

—La leche y azúcar las dejé en la mesilla por si gusta, señorita —dice con cortesía. Asiento sonriéndole sin remedio, bajando la guardia.

—Gracias.

—Que disfruten, con permiso —se despide y Dáran asiente, mirándome desde su posición.

—Ninguna mujer conoce este sitio —comenta de pronto, cuando estoy por tomar el sorbo de esa bebida que ahí les queda deliciosa. Luego se agacha, agarra el plato con una rebanada generosa y me lo tiende. Lo tomo dejando la taza en una mesilla a mi lado—. Y no me gusta tener amantes —termina dándome la espalda. No sé qué pensar de ello, pero me queda claro que responde mi pregunta de hace un momento, la que desencadenó aquella extraña e incómoda escena—. Y te puedo asegurar, Elle, que no me gusta jugar contigo —concluye. Lo encaro, ya está de nuevo sentado cuan grande es en el sofá de tres plazas.

—Entonces, ¿por qué me provocas?

—¿Te provoco? —inquieta alzando una ceja.

—Sí, lo haces —reviro. Suspira recargando los codos en las rodillas, pensativo.

—Supongo que no estoy acostumbrado a tener a alguien tanto tiempo cerca, me sale natural.

—Nunca estás solo. Eso es ridículo —replico seria. Me mira en silencio por un tiempo largo.

—Se puede estar solo aún con muchas personas alrededor —zanja y sus palabras logran de nuevo un efecto extraño en mí. Bajo la mirada y parto un poco de la tarta, la llevo a mi boca y disfruto de ese celestial sabor, por un lado, por otro, pienso en lo que dice y un sentido diferente cobra gran parte de mi existencia. Nunca me había ocurrido, lo cierto es que el enojo se va y queda esa sensación extraña de desconcierto y de reflexión. Me pierdo en momentos de mi vida, entiendo de qué habla, comprendo comiendo otro pedazo.

Su celular sigue sonando, bajito, pero no cesa. Volteo y está del lado opuesto, perdido en el exterior con el plato en la mano, pensativo.

—La torta es deliciosa —logro decir. Voltea sonriendo, sereno.

—Lo es, esa mujer es excelente cocinera.

—¿Pasas todo el tiempo aquí? —deseo saber, rodeando un sillón y sentándome. Ahora siento intriga y esa maldita curiosidad, que justamente me tiene aquí, activa.

—No, viajo mucho.

—¿Cuentas con varias casas como esta? —quiero saber. Me observa arrugando un poco la frente—. Lo siento, es solo que no entiendo mucho cómo es que se maneja alguien como tú.

—¿Como yo? —repito sin entender, sentándose de nuevo en el sofá, dejando el plato vacío y tomando la taza de café que se ve ridículamente pequeña en sus manos.

Si no lo viera ahora mismo, me costaría pensarlo haciendo justamente eso. Aseguraría que es de cerveza, copas, cosas más espectaculares y extravagantes, aunque en general él tampoco encaja en lo que cualquiera se podría imaginar de una persona

con esa cantidad de dinero y poder, por lo que he notado. Es un enigma, descubro.

—Sí, con tanto dinero, con tu poder —explico sin amedrentarme.

—Entonces, si sabes quién soy, ¿sabías quién era cuando me acerqué a ti en aquella fiesta? —deduce. Es agudo, noto, pero me importa poco.

—Mis compañeros... La gente habla y tú eras de los temas favoritos de algunos de ellos. Así que lamento lastimar tu ego, pero no curioseé de ti, me enteré de que eras un hombre con dinero, dueño de acciones del laboratorio donde trabajo y otros.

—¿Qué más sabes? —repone, atento. Doy otra mordida a mi tarta, tomándome mi tiempo.

—Que eres de gustos excéntricos —digo despacio. Suelta la carcajada.

—¡Vaya! Eso suena interesante —se burla. Me río un poco pero la verdad es que sí, es extraño, aunque excéntrico hasta ahora no, en realidad es más sencillo que muchos científicos que conozco, que los alumnos incluso de mi hermana.

—Que eres apasionado de la ciencia, prepotente, cosa que me consta y pagado de ti, eso también me consta —termino con sinceridad y descaro. Ríe realmente entretenido.

—Bueno, debemos aceptar que entonces saben un poco de mí. La ciencia sí que me enloquece, pero tú comprendes que no se me puede culpar por ello, *wahine* —apunta con frescura. Niego, colorada de nuevo. ¡Dios! Necesito que deje de hacer eso mi cara, caramba.

—Eres una bestia también, pero tranquilo, eso lo descubrí sola —suelto, buscando ser dueña de la situación.

—Me han dicho de muchas maneras a lo largo de mi vida, pero “bestia” es la primera vez y me estoy volviendo aficionado

a esa manera en la que la dices *Kararehe me te wahine*.⁴ Suena justo a lo que no pensé, pero podría ser —musita reflexivo.

—¿Qué fue lo que dijiste? —exijo saber. Se encoge de hombros.

—Tú eres la curiosa, investiga, Elle —me provoca.

—¿Dónde aprendiste ese idioma? ¿Tus escoltas son de ese lugar donde sales en las fotos de tu estudio? —quiero saber. Alza las cejas, admirado.

—Tienes tu *tablet*, te aseguro que tus dudas ahí pueden quedar resueltas.

—No te gusta hablar de ti, pero sabes todo de mí —farfullo frustrada.

—Solo lo que es necesario y tú, eso no lo necesitas saber, aunque lo desees —señala con ligereza, pero con esa voz ronca que tiene. Ruedo los ojos.

—No me interesa conocerte más, solo estaba haciendo conversación, cosa imposible contigo, la verdad —refuto irritada.

—Para conocer a alguien, *wahine*, no se necesita investigar, sino observar, aprender a escuchar.

—No quiero conocerte —repito.

—Sucederá, eso es inevitable, ya está ocurriendo —refuta reflexivo.

—¿Era parte de tu maravilloso plan? —me burlo.

—Quizá... —admite sonriendo relajado, con su vista fija en mí, como suele.

—No cambiaré nada, en un año me voy.

—A veces un segundo cambia una vida, o varias. Un año son muchos de ellos —murmura con tono hipnótico.

—Quisiera salir, ya está el sol en pleno —interrumpo aquel absurdo. Asiente y se levanta.

—Vamos, te gustará.

4 Bestia y mujer.

CAPÍTULO VIII

Me abrigo como esquimal y es que entre que Dáran me da mil cosas para cubrirme: una bufanda, una chamarra, calzado de nieve, guantes especiales, un gorro y un pantalón para colocarlo encima del mío, y entre que de verdad no quiero enfermarme de nuevo porque me siento mucho mejor, acepto todo eso. Al final me mira sonriendo cuando estoy lista. Él solo lleva un abrigo, botas, gorro y guantes. Idiota.

—Si te burlas te aventaré por las escaleras —le advierto, riendo por primera vez también. Alza las manos, negando.

—Prefiero vivir —responde al salir. Permanezco en el filo de las escaleras cerrando los ojos. El sol no calienta, pero mi cuerpo es consciente de su radiación sobre la piel. Lo necesitaba. Suelo leer, o escribir mucho, bajo un árbol en un parque cercano, con mi café o té al lado. Pasan las horas tan rápido que no suelo sentirlo.

Escucho ladridos, abro los ojos y Dáran ya está abajo. Me observaba, noto, pero enseguida voltea hacia donde se escuchan los perros. Los animales se abalanzan sobre él, los acaricia, juega, ríe. Corren los tres en círculos, y ambos ansían alcanzarlo. Los escoltas están desperdigados por todos lados, ob-

servo estudiando el sitio. Es bellísimo, los pinos nevados cubren el mar por un lado, se adivina un jardín por esa parte aunque ahora es casi blanco, distingo unas bancas. Es enorme este lugar.

Bajo con cuidado, pero alegre por sentir esta libertad que, aunque no es total, es bastante tomando en cuenta que mi vida peligra por ese descubrimiento. Quisiera desprenderme de ese pensamiento. Lo cierto es que no lo logro y sí, tengo miedo, debo ser sincera por lo menos conmigo, aunque con él cerca, no me siento en peligro y sé que eso es absurdo. No soy una damisela en apuros. Él necesita algo de mí, por eso me mantiene viva. Es tan crudo como eso y la verdad es que no tengo idea de si al terminar lo que hago me dejará a mi suerte. Temo por mi hermana, por el futuro como hasta ahora lo pensé porque siento, adentro de mí, que nada volverá a ser lo mismo después de todo esto.

Él sigue corriendo, ahora lleva un palo, veo de reojo

—Kam, Kai, vayan —los insta y estos salen por él de inmediato cuando lo avienta. No me acerco, solo los observo. Luce divertido, definitivamente los animales lo quieren, pero él también. Camino en línea recta hasta la orilla del mar. No me sigue, lo sé porque lo continúo escuchando ahí, donde jugaba con sus mascotas. De pronto uno de ellos, creo que es Kam, pues es más pequeña, me ladra, a un metro. Le sonrío y se acerca, me hincó, acaricio su cuello, saca la lengua y cierra los ojos, agradecida.

—Hola... —susurro y ella mueve su cola sin cesar. Sonrío.

—Kamille, *haere māi*⁵ —habla con tono de mando. La perra no duda y sale a su encuentro.

Me yergo, intrigada. Dáran solo me hace una seña con la mano para que prosiga. Me está dando mi espacio, comprendo sin esfuerzo. Sonrío con timidez y continúo. Llego hasta mi meta y aspiro con fuerza el gélido aire, el olor a mar. Me pierdo

5 Ven.

en el horizonte, en el agua meciéndose. Hay otras islas no tan lejanas, recargo mi peso en el tronco de un árbol y logro fugarme por un rato. Hace frío, pero no lo siento con tanta capa de ropa. Me dejo llevar por un momento. ¿Cuántas veces he tenido frente a mí paisajes hermosos y es hasta este momento que logro verlos? Los sonidos, el silencio que es interrumpido por algún ladrido esporádico.

Mi padre decía que, de cada situación, buena o mala, hay algo que aprender, y en esta de verdad que no consigo pensar en qué. Mi curiosidad, mi insistencia, son las que me tienen en este punto. ¿Debo dejarlas del lado una vez que esto acabe? Me giro un poco y veo a ese hombre enigmático correr junto a sus mascotas. Parece en su elemento, es ágil pese a lo grande y los desafía. A Kaisser y Kamille evidentemente les encanta y ahora comprendo por qué reclaman su tiempo; Dáran con ellos deja de lado su envergadura seria, sosegada y se mimetiza. Se adentran entre los pinos nevados, escucho su carcajada masculina a lo lejos.

No lo entiendo, suspiro observando la enorme casa, que por dentro es aún más grande de lo que a simple vista se ve. Me mantiene a salvo, pero debo vivir con él, cosa que me sigue pareciendo absurda, no hay necesidad. Juega algo que no comprendo, soy buena desenmarañando fórmulas, no personas y a él, creo que menos que a cualquiera.

Por un lado, no me siento en peligro, no de mi persona, no me toca salvo lo necesario. Es elocuente, aunque noto que le gusta provocarme para divertirse. Por otro lado, la manera en la que me mira me hace sentir una consciencia de mí que nunca había experimentado, es como si de pronto, a lo largo de estos últimos días, me descubriera mujer y eso es ridículo, pero real. Dáran mira y lo hace con fuerza logrando con ello que mi piel incluso se erice,

que me sienta tensa, que no sepa qué hacer, muchas veces qué decir y termine atacándolo.

Quizá soy la diversión del momento, quizá cuando se vio en la encrucijada decidió ponerle algo diferente a su rutina, quizá creyó que me rendiría a sus pies agradecida y permitiría que se metiera entre mis piernas sin reparos como insinuó. Quizá... es una pequeña venganza que se puede dar el lujo de llevar a cabo por mi rechazo en aquella cena, que ahora dudo que haya sido resultado de una atracción, sino de querer hablar sobre este tema que me tiene ahora mismo aquí y yo... patética, pensé que flirteaba. Lo cierto es que tengo tan poca experiencia en el asunto que pude haber visto señales que no eran.

Aun así, no puedo olvidar la manera en la que me trajo hasta aquí, las formas, el silencio, el manejo de la información a su favor. Necesito mantenerme en guardia y es tan agotador porque no sé vivir de esta manera y me enfurece que a veces lo logra y baja mis defensas. Y es que me pierdo en las conversaciones, en los detalles, en la tranquilidad que desprende y esa fiera personalidad.

—*Wahine* —escucho que me nombra.

—Deja de decirme así —exijo volteando. Él está a un par de metros, sonrío ante mi respuesta.

—Puedes decirme *kararehe*, así estaríamos igual —propone ya muy cerca, los perros juegan a lo lejos.

—¿Qué ocurre? —lo ignoro.

—Debemos entrar, sé que no deseas enfermarte otra vez, aún no estás restablecida —apunta conciliador. Asiento perdiéndome un segundo más en el paisaje.

—Es muy hermoso este lugar —admito quitando de mi rostro un cabello que, por el aire, me obstaculiza la vista—. Debe ser agradable vivir aquí.

—Bueno, ya me lo dirás tú, por ahora es tu casa, ¿lo recuerdas? —musita con frescura, pero sin bromear. Lo encaro molesta.

—No es mi casa y jamás lo será —rujo y camino de vuelta.

—Ya te dije que esas palabras suelen durar poco, Elle. —Ríe a mis espaldas. Me detengo y volteo, irritada.

—En mi caso verás que no, bestia —y continúo mi camino.

Ya en el interior me deshago de aquellas capas de ropa. Tengo frío, pero definitivamente hizo la diferencia toda la indumentaria, él aparece cuando estoy ya quitándome lo último.

—Vamos a que descanses, no quiero que me eches en cara que enfermaste por mi culpa... De nuevo.

—Pero sí enfermé por tu culpa —rebato—. ¿No era más sencillo decirme todo de una y permitirme alojarme en una habitación como cualquier invitada? Aunque no sé ni qué soy en realidad aquí —refunfuño. Me mira, aunque no dice ni media palabra. Están los escoltas ahí, noto que por ello no dirá nada, en cambio me guía al elevador. Adentro guardamos silencio y es hasta cuando llegamos a ese lugar, que comparto con él de manera forzosa, que me toma por el brazo. Me zafo.

—*Rite ki taku hoa*⁶ —advierte en ese idioma. Me lo quito de encima.

—¿Ya no respetarás el trato? —pregunto nerviosa, pero enojada.

—¿Quieres que lo respete? —contraataca contenido.

—¡Claro que quiero! No me toques —exijo retrocediendo.

—No te estoy tocando, ¡por amor de Dios! El día que lo haga, rogarás para que no deje de hacerlo —asegura sin moverse. Ríe con histeria.

—Tu seguridad cae en lo ridículo, en serio —casi grito.

—Es tu miedo el que habla.

—¿Mi miedo?!

Se aproxima hasta quedar tan cerca que puedo percibir su calor, ese que emana.

6 Como mi pareja.

—Miedo de que te guste, de dejar a un lado tu deber ser y entregarte a lo que realmente quieres, disfrutar, permitirte sentir y ya. A eso tienes miedo —susurra serio. Nerviosa lo hago a un lado con una mano.

—¿Sabes a qué tengo miedo? —pregunto agitada, a un par de metros—. A que este maldito año sea eterno, a querer ahogarte como ahora mismo deseo cada maldito segundo, a que termine enloqueciendo por verme forzada a verte cada día, a que acabe siendo una amargada malhumorada por tu culpa porque eso logras en mí. A eso tengo miedo.

—Tienes miedo de acostumbrarte a mí, Elle. Pero no te preocupes, sucederá quieras o no —determina y se da la media vuelta colocando la mano en el lector.

—¿Qué ganas con esto? No entiendo y en serio me encuentro cansada de preguntármelo —logro decir sin alzar la voz. Eso lo entiende, pero no gira, la puerta está abierta.

—Entonces deja de resistirte...

—¿Qué propones? ¿Que finja que estoy aquí por gusto y comparta mi cuerpo contigo? ¿Así de superficial y absurdo eres? ¿Crees de verdad que después de un año no querréirme y te pediré que me conserves a tu lado? ¿Crees que soy tan estúpida como para pensar que te acercaste a mí y me trajiste aquí porque te atraje, que es ese el motivo? —Mi voz se quiebra. Con esas palabras consigo que volteé y me encare—. Claro que no. Sé la razón. Pero, ¿te has puesto en mi lugar tan solo un segundo? Y ¡sí! Dáran, no soy estúpida, sé que hay una atracción entre nosotros, pero estaría enferma, igual que tú, si permito que avance, no me lo perdonaría, va en contra de lo que para mí es correcto, pero, además, me tienes aquí porque te conviene. Soy dinero, intereses, una fórmula que necesitas, pero si puedes calentarte mientras tanto con la ingenua química, pues adelante, porque en tu mundo solo basta extender la mano y conseguir lo que se desea, pasando por encima de quien

sea y creíste que así sería conmigo. ¿Quién se le puede negar a Dáran Lancaster? ¡Por Dios! Se necesita estar loca para no querer compartir la cama, y todo eso con él. Pues yo no soy esa mujer, no quiero serlo. No me interesa tu poder, tu dinero...

—¿Terminaste? —pregunta cauto. Niego con lágrimas.

—No soy una mujer experimentada, lo sé, y quizá sea novedoso para ti todo esto. Estás aburrido de tu vida y viste en mí la posibilidad de algo nuevo, de diversión, pero jugando conmigo así no saldrá nada bueno. Hablas de un año, pero no veo cómo lograremos eso si seguimos así.

—No te irás a otra habitación, Elle —solo dice. Me enjugo las lágrimas, asintiendo.

—Lo sé, pero no entiendo por qué —sollozo. Se pasa una mano por el rostro.

—No estás lista para escucharlo, *wahine*, pero te puedo asegurar que gran parte de lo que acabas de decir no se acerca a la realidad.

—¿No soy un negocio más?

—No.

—No seré tu amante.

—No quiero que lo seas —determina cruzado de brazos, estudiándose.

—¿Entonces?

—Deja de presionarte tanto, no todo se puede cuantificar, controlar, saber... Elle, a veces solo se debe dejar fluir.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no eres el hombre para mí —determino con seguridad.

—Pero sé que tú sí eres la mujer para mí —concluye y sale dejándose sola con esa maraña de pensamientos. Agitada, me recargo en un muro y me escurro. Me siento perdida, absolutamente a la deriva por primera vez en mi existencia.

CAPÍTULO IX

Me acurruco en la cama, pensando. ¿Cómo creer en él? ¿Cómo saber que de verdad estoy en riesgo y no es algo que inventó a su conveniencia? De pronto me encuentro asaltada por la duda. En un ataque de intriga, tomo la *tablet* y tecleo su nombre...

Necesito saber.

Coloco su nombre en el buscador y encuentro varias fotos. Las abro. En algunas luce más joven, en otras con alguna mujer como las que imaginé, él sin barba, aunque con esa mirada peligrosa y su cabello siempre sujeto. Aparecen otras que son clandestinas y entonces está vestido con vaqueros, camisetas sencillas y el cabello sujeto como suelo verlo en algún lugar del que sale, otras en bañador largo exhibiendo ese cuerpo que tiene, saliendo del mar.

Es guapo, pero sobre todo varonil hasta lo indescriptible. Busco información. No encuentro tanto como espero, parece que se maneja discretamente. Empresario acaudalado, proveniente de una familia que por generaciones ha poseído una gran fortuna e influencia en el mundo de los negocios y sobre todo la farmacéutica. Aunque su familia tiene navieras, hoteles y muchas

cosas más. Es ridículo tener tanto. Su vida privada es un misterio. Se dice que estudió en los mejores colegios ingleses y en Harvard, además de Cambridge, con especializaciones en varias áreas de la ciencia, posgrados, y es conocido por su conocimiento en la biogenética, además de finanzas. Una lumbrera, en resumen. Con treinta y cuatro años, porque en efecto, es su edad, y ha hecho demasiado.

Se habla de un compromiso que sostuvo diez años atrás, pero luego solo mencionan que no se llevó a cabo, solo hay una foto, es una morena alta, muy guapa, Maya Librensko, nada más. Su familia no es extensa, pero sí poderosa. Se codea con las más importantes a nivel mundial. Tiene una hermana dos años menor, que trabaja en la ONU, reconocida por sus aportaciones, está casada y vive en Inglaterra, donde ejerce. Sus padres residen en Nueva Zelanda, lugar donde nacieron ambos. El señor está a cargo de las navieras, comprendo, pero le cedió la dirección a Dáran años atrás.

Ese país de origen capta mi atención, entonces recuerdo el nombre del idioma y busco *maorí*. Me quedo aturdida. Es una etnia polinesia que se asentó justamente en Nueva Zelanda cientos de años atrás, antes incluso de que los ingleses invadieran sus tierras. Los tatuajes, las figuras, todo cobra otro sentido. ¿Qué tiene Dáran que ver con ellos? Intento encontrar un punto de intersección entre su familia y ellos. Nada. Sin embargo, termino leyendo un rato sobre esta interesante cultura. Los hombres suelen llevar el cabello largo, son corpulentos como él y, pese al mestizaje, han buscado mantener sus raíces.

Escucho el ruido silencioso de sus botas y cierro lo que leía, apretando el aparato a mi pecho. Ahora entiendo más cosas, como, por ejemplo: *wahine* significa mujer en maorí. No sé qué diablos había pensado que significaba, pero no eso y no sé, no me molesta, aunque la manera en la que lo dice me eriza

la piel. No es una agresión, o algo por lo que deba enojarme, comprendo, pero también entiendo que puede ser que lo use con las mujeres en lo general. Comprobé que *kararehe* quisiera decir bestia y descubrí que sí, lo es, eso me arrancó una sonrisa sin remedio. Aun así, no entiendo y solo se abren más dudas.

Soy consciente de su presencia a un costado, a unos metros. Está ahí, observándome; es atterradoramente sigiloso. Despacio dejo la *tablet* sobre el colchón y suspiro bajando las piernas, confundida aunque con una pregunta importante.

—¿Cómo sé que no mientes? —cuestiono alzando el rostro. Dáran está recargado con un hombro sobre el marco de aquella puerta automática corrediza que da al vestidor. Alza una ceja, la marcada.

—Porque no lo hago. Pero me ayudaría que fueses más específica, *wahine* —pide usando esa palabra, de esa manera. Mis mejillas se tiñen y decido desviar la mirada. Es como si fuese algo natural en él emplear ese idioma.

—¿Cómo sé que es verdad que me buscan, que están tras de mí, que mi seguridad está en juego? —inquiero. Lo escucho suspirar, y luego se aproxima. Veo sus botas: tienen nieve aún, un poco de lodo, seguramente salió con Kaisser y Kamille. Alzo el rostro porque me vería ridícula evadiéndolo.

—Elle, no podría jugar con algo así.

—Me tienes durmiendo a tu lado, por lo menos merezco tener la certeza de que eso es real —susurro, agobiada. Asiente después de unos segundos en los que se dedica a observarme, pensativo.

Se aleja, regresa un momento después con su *tablet*, me la tiende. La tomo, y se sienta a mi lado para abrir un video. Está muy cerca, eso me tensa, siento su brazo tras mi cadera, su aroma, pero me concentro en lo importante y de pronto me quedo muda. Mi apartamento, abren la puerta, hay cámaras

dentro. Lo volteo a ver, pero él no se inmuta. Pongo mi atención de nuevo ahí y veo cómo entran unos hombres, dos para ser exacta, y casi en un suspiro terminan con todo a su paso. Algo buscan. No respiro.

—No... —digo ahogándome, aterrada porque llevan armas, rompen mi colchón, tiran mis fotos, todo. Sollozo temblando, luego se van.

—Buscaban tu *tablet*, tus anotaciones o algo que les pudiera ayudar. Eso fue hace dos días, Elle —habla tan cerca que doy un respingo, giro y su cara está a tan solo un par de centímetros, mis ojos se anegan. Alza su mano, despacio, sus ojos lucen un poco culpables.

—Si... si hubiese estado... —No logro terminar, pero asiente sin remedio, pasando un dedo por mi mejilla, despacio. No sé qué sentir, no en ese momento. Enseguida acuna mi barbilla, su mano se siente cálida.

—Ya quedó como lo tenías, se reparó todo. No volverán a entrar, pero sabía que eso ocurriría. Ahora es cuando verdaderamente tu seguridad está comprometida —y en un gesto que reconozco gracias a lo que recién investigué sobre los maoríes, coloca su frente contra la mía. Suspira pesadamente—. Nada te ocurrirá, *wahine*, lo prometo —asevera con tono suave, su aroma inunda mis pulmones y hasta cierto punto eso que hace, que es ridículamente íntimo, se siente... bien en medio de todo.

Me encuentro nerviosa, temblorosa, aturdida y sobre un suelo que no entiendo, perdida en un camino que no sé a dónde me llevará. Realmente no tengo idea de mi vida en este momento y es tan aterrador como lo que acabo de ver. Se aleja y me quita el aparato, despacio, escrutándome. Pestaño porque ese gesto me reconfortó, aunque lo busque negar. Lo miro también fijamente.

—Permite que me haga cargo, sé que eres una mujer independiente, pero esto está fuera de tus manos y de tus alcances.

—Tenías cámaras en mi casa —mascullo contrariada. Suspira asintiendo.

—Las colocamos unos días antes de que llegaras, era necesario.

—Espiar me era necesario —pregunto con un hilo de voz. Se acomoda quedando frente a mí, serio.

—*Wahine*, no es un juego todo esto, es importante que lo entiendas. Solo estábamos protegiéndote.

—¿Por qué ese maldito camisón? —quiero saber, repentinamente recordando ese detalle que me enfurece. Ríe apenas, avergonzado, noto, aunque no del todo.

—Eso... bueno, mi equipo que te trajo, en su mayoría son mujeres. La que lidera decidió lo mejor para ti, repito sus palabras: estaba haciendo muchísimo frío y te mudaron de ropa porque lo que llevabas puesto, según ellas, no era indicado. Llegaste aquí cubierta hasta los dientes, pero con la habitación aclimatada no era necesario. Cuando te vi estabas bajo las cobijas, no sabía sobre ese... detalle, hasta que despertaste. Lo lamento.

—¿No sabías? ¿Les preguntaste el motivo? —comprendo más tranquila.

—Claro, al verte con eso puesto casi caigo de bruces. Elle, no era mi intención —admite. Me sonrojo.

—Me pareció de muy mal gusto —logro decir desviando mi atención hasta ese exterior al que me estoy habituando. El sol ya no está en lo alto.

—No fue esa la intención.

—Pudiste decirme la verdad en cuanto me viste —señalo en voz baja.

—No me hubieses creído, las cosas se han desarrollado tal como debe ser —apunta con voz calma, cargada de su sensualidad. Otra cosa a la que empiezo a habituarme, no importa cuánto me resista.

—*Kararehe* sí significa bestia. Te queda bien —admito bajando un poco las defensas. Sonríe genuinamente, contemplándose y se siente tan potente que no logro despegar mis ojos. Solo humedezco mis labios por instinto y es que de repente se sienten sensibles, secos. Baja la mirada hasta ahí y puedo jurar que su pupila se dilata.

—Solo si sale de tu boca, *wahine* —murmura y se levanta con esa elegancia que posee. Respiro, agitada—. Debes tener hambre y luego podrías contarme qué más descubriste —señala ya en el primer peldaño. Claro que sumaría dos más dos, lo encaro.

—*Wahine* es mujer —digo clavando mis ojos en los suyos, miel. Sonríe de nuevo.

—*Taku wahine* —me corrige, le da un golpe quedo al muro y baja. Abro la *tablet* y voy al traductor. Al leer lo que ahí dice pestañeo y un calor extraño aparece en mi vientre, uno que jamás he experimentado. *Mi mujer*. La dejo pestañeando, molesta conmigo.

No sé qué me pasa. Es una bestia. *Elle, nunca lo olvidas, una disfrazada, pero bestia al fin*. Aun así, decido que, en primera, tengo hambre, en segunda, esconderme ahí no tiene ningún sentido.

Llego a la planta baja y habla por teléfono, nunca deja ese aparato. Me acerco a la mesa y dos platos están servidos: huele delicioso. Corta la llamada y se sienta. Me ofrece un poco de vino, elegante.

—Los medicamentos... —le recuerdo.

—Una copa no cambiará nada —explica sereno. Asiento necesitando un poco de ese líquido marrón.

—Eres neozelandés —apunto metiéndome a la boca un delicioso pedazo de carne. Asiente—. El lenguaje que usas es maorí —continúo.

—Lo es.

—Tu familia es muy poderosa —prosigo. Deja el tenedor sobre el plato, masticando, evaluándose.

—Internet es un peligro y tú, más.

—Tú mismo me instaste a buscar —refuto a la defensiva.

—Tranquila, me agrada que al fin mostraras interés en algo referente a mí. Me halaga. —Ruedo los ojos.

—¿Has notado lo desesperante que eres?

—¿Y tú lo refunfuñona? —contraataca, riendo.

—Nunca lo he sido, pero contigo es imposible que sea de otra manera.

—Me gusta sacar de ti cosas que nadie ha logrado.

—¿Mi mal humor?

—Ese en especial, *wahine*, te sienta bien cuando estás molesta —acepta llevándose otro enorme bocado a los labios, entorno los ojos.

—Ojalá y te ahogues —gruño.

—Mejor que no me pase nada mientras estés en riesgo —responde con un guiño—. Pero dime qué más averiguaste.

—Que son dueños de navieras, hoteles, y no sé, varias cosas importantes. Son una familia no tan grande... —y me sincero sin importarme lo que piense al respecto. Es tan atento al escuchar que de alguna manera me incentiva a hablar de más, cosa que no es común tampoco en mí. Suelo ser de pocas palabras, muy precisas y puntuales, pero eso parece ser mi viejo yo ya para ese momento. Y tan solo han sido unos días, noto agobiada de pronto, dejando de hablar.

—¿Te sientes mal? —pregunta sacándome de mis pensamientos y es que corté la conversación de forma abrupta. Lo miro negando, nerviosa.

—Creo que eso fue lo único que logré investigar.

—¿Y qué piensas al respecto? —quiere saber. Juego con una papa, suspirando.

—Primero... ¿es real lo que te dije?

—En su mayoría.

—No es información que revele mucho de ti, solo de lo que posees, de ese tipo de cosas.

—Mi vida no tiene por qué estar en boca de nadie.

—Hablan también de un compromiso que se disolvió hace diez años —expreso recordando ese detalle en especial. Si él me hace sentir incómoda cada vez que puede, yo también. Introduzco un pedazo de papa a mi boca, serena—. ¿Te sientes mal? —reviro fingiendo interés. Su mirada es turbia, aunque no la ha quitado de mí.

—Crees que diste con algo que me importa, ¿verdad? —responde a cambio. Me desinflo, pese a que albergo la esperanza de que esté ocultando la verdad.

—No sé, tú dime.

—No me importa, Elle —musita dándole un trago con indulgencia a su vino.

—¿Qué sí te importa, entonces? —indago, satisfecha. Llena de aire sus pulmones, serio.

—Estás muy capciosa. —Me encojo de hombros.

—Dijiste que sería inevitable conocernos, que debía escuchar, observar... Ahora mismo obstaculizas eso —señalo pragmática. Se carcajea divertido.

—Eres fascinante, mujer, en serio que sí —admite con una sinceridad que eriza mi piel.

—Bueno, ya sabes, yo no puedo decir lo mismo.

—*Kararehe*.

—Sí, *kararehe* —digo repitiendo su dicción. Parece más relajado, complacido incluso.

—¿Te gustan los juegos de mesa? —pregunta cambiando de tema, consiguiendo así desconcertarme y obvio evadir mis interrogantes.

—No suelo jugarlos, en realidad —admito. Se levanta y va a su habitación. Tomo un poco de mi vino, está delicioso y eso que no sé mucho de ello.

Llega con un paquete de cartas en la mano. Arrugo la frente. ¡Já! Si piensa que me pondrá a jugar esos estúpidos juegos de apuestas está demente. Hace a un lado todo mientras lo observo, se sienta en la esquina de la mesa, acercándose más a mí, y alza las cejas mostrando el mazo de cartas en una pose absolutamente varonil.

—No apostaré —advierito intrigada.

—Es solo un juego absurdo que me enseñaron hace tiempo. Nada de lo que tu cabeza ya está pensando, te lo aseguro, *wahine*; cuando yo obtenga algo de ti es porque tú lo quisiste —murmura esto último sin titubear.

—A ver —lo insto bajando la vista, dejando pasar ese comentario.

—Se le llama de muchas maneras: reloj, nervioso, manotazo, da igual... —y comienza a explicármelo. Sonríe un poco ante la simpleza, también algo escéptica, pero acepto.

Reparte las cartas y empezamos. Pierdo casi enseguida sin darme cuenta, todo por la reticencia a colocar una mano sobre la suya, pero ahora que lo entiendo mejor, pido que de nuevo reparta. Lo hace obediente y riendo, perdiendo a veces él, otras yo. Pasamos un buen rato. Gruñe, yo me carcajeo como creo que nunca lo he hecho. Dáran también suelta risas fuertes que no puedo evitar admirar. Sus gestos se suavizan dramáticamente aunque nunca deja de parecer un felino al acecho, peligroso.

La última jugada yo pongo primero mi mano y él casi a la par la suya sobre la mía. Algo cambia porque no la retira enseguida. En su lugar, la aprieta un poco. Busco sus ojos, me atrapa ahí por un segundo, paso saliva y siento la boca seca con tan solo

ese gesto. Acaricia con su pulgar el mío. Apenas si respiro más rápido. Nunca había sentido algo tan íntimo, con nadie.

—Tu mano ya está algo irritada —señala separando la suya, despacio. Asiento quitando la mía, nerviosa.

—Sí...

—Eres rápida —murmura serio.

—Es un juego divertido —admito pasando una mano por mi cuello, algo cansada, buscando una excusa, esa es la verdad.

—Yo levanto esto, haré un par de llamadas —expresa dando por terminado aquello que definitivamente nos relajó, pero acercó sin remedio.

Subo y me dirijo al baño, necesito una ducha. *Algo no anda bien, nada bien*, admito cuando el agua acaricia mis músculos tensos, mi piel y se escurre por todo mi cuerpo y una ansiedad nace en el centro de mi vientre. Gimo pegando la frente al mosaico frío, negando. No, no debo, no puedo, no está bien, me repito frustrada con los puños cerrados.

Cuando llego a la habitación el televisor está encendido, habla por el celular y ve algo en su *tablet*. Me mira y sonrío apenas, pero continúa con lo suyo. Tomo uno de los libros que descuidadamente están en mi buró, esos que dejó a mi lado cuando llegué, días atrás. Pronto me encuentro interesada en la lectura, es Dickens, Grandes esperanzas. He leído mucho pero la verdad a él no, no suelo además leer de ese estilo, en realidad suelo estar con la nariz metida en libros sobre mi trabajo: adelantos científicos, genética y demás. Me gusta, noto perdiéndome en las letras. Dáran entra al vestidor, dejando tras él silencio. Regresa duchado, sin camiseta como suele y el cabello suelto. Mi ritmo cardíaco sufre una arritmia, siento las mejillas encendidas, así que me obligo a continuar con lo que hago. Se mete bajo las cobijas y toma también otro libro.

—*Frivola*, *playlist* 9 —ordena sereno. Lo miro de reajo pero no me giro porque la verdad es que soy ridículamente consciente de su cercanía, de su aroma, de él.

Rock suave comienza a sonar. Arrugo la frente, no me desconcentra pero es extraño.

—¿Puedes leer con eso sonando? —curioseo sin voltear.

—Los *Rolling Stones* son un clásico. ¿Deseas otra cosa?—consulta solícito, aunque sé que no viéndome.

—No, creo...

—Un segundo puede cambiar una vida, o varias —repite lo que dijo por la tarde.

—¿Te refieres a Pip? —indago girando ahora sí, comprendiendo que se refiere al chico del libro que tengo entre las manos, sin entender el porqué. Me mira así, calmo.

—Ya me lo dirás cuando acabes. Espero que te guste.

—No suelo leer novelas, pero... aquí estoy.



Me persiguen dos hombres enormes, corren detrás de mí, mis pulmones no pueden más, hasta que uno me toma por el cabello, grito y un cuchillo frío se acerca a mi garganta.

—Son órdenes —solo dice. Grito con mayor fuerza, asustada, llevándome las manos al cuello de forma inconsciente. Aturdida, no reconozco dónde estoy hasta que una mano tan grande como la de mi pesadilla me hace voltear el rostro. Llena de pánico retrocedo. Lo nota y no se mueve.

—Elle, tranquila, fue un mal sueño... —habla despacio para que no salga corriendo como planeo. Lentamente eleva su mano, cuidadoso, hasta mi mejilla. No lleva camisa, se hince para acercarse, con el cabello suelto. Dios, parece un guerrero.

—Me querían matar —logro decir pasando duro, con los ojos bien abiertos. Se acomoda a mi lado y acuna mi barbilla para que lo vea directamente a sus ojos dorados.

—Nadie te hará daño —asegura con una bravura que no le había escuchado. Suelto un sollozo.

—Quiero mi vida de vuelta —solo logro decir, afligida. Niega tomándome con cuidado por los hombros.

—Elle, sé que quizá no debí mostrarte el video, pero también sé que eres una mujer decidida y fuerte, el peligro pasará —afirma frente a mí. Sus manos sobre mi piel se sienten cálidas. Asiento, despacio.

—¿Me dejarás ir cuando esto termine? —pregunto en susurros, me suelta y lo observo; es enorme, sus músculos marcados, esos tatuajes en sus bíceps, sus brazos, incluso sus dedos. Desentonamos desde cualquier perspectiva, pero acepto que ahora no me causa rencor, o desprecio, como días atrás, solo misterio y ganas de saber, de entender.

—*Wahine*, duerme —me pide frotándose el rostro.

—No eres mejor que ellos, lo sabes —protesto dolida, repentinamente.

—Si pensarlo te hace sentir mejor, está bien. Pero creo que para estas alturas eres consciente de que, si no estuvieras aquí, tampoco estarías ya en ningún otro lugar respirando.

—¿Siempre te deberé mi vida? —pretendo saber, ofuscada. Suspira flexionando sus fuertes piernas, aspirando con fuerza.

—Eso lo decidirás tú, pero yo jamás te lo cobraré, Elle —asevera encarándome. Su cabello castaño se escurre por el cuello y parte alta de sus hombros. Es imposible no contemplarlo. Siento la boca tan seca, de pronto hasta mis senos se sensibilizan y no logro entender qué me ocurre—. Cuando acabes tu trabajo, estaremos a mano.

—Y después de ello... seguirás siendo una bestia para mí —
contraataco porque no encuentro otra manera de enfrentar esto
que me está haciendo sentir. Sonríe lánguido.

—Y tú mi mujer —expresa con desgarbo, con una seguridad
ridícula.

—Púdrete —gruño.

—Duerme. ¿O prefieres que te rodee como lo haré en algún
momento cuando tengas pesadillas?

—¡No pasará eso!

—Pasará, *wahine*, pasará —y se recuesta dándome la espalda.

—Deberías ponerte una maldita camiseta para dormir
—refunfuño rabiando, impotente. Noto que ríe porque su
cuerpo se sacude.

—No me molesta que me mires como lo haces.

—Agh, te detesto.

—Buenas noches, Elle —susurra. Quiero darle un empujón
con mi pie, quiero caerle encima a golpes, pero intuyo que logra-
ré algo que no me gustará en lo absoluto, así que me acomodo,
también dándole la espalda, buscando de alguna manera cerrar
mis pensamientos.

CAPÍTULO X

Al día siguiente, Dáran se comporta como si nada hubiese ocurrido por la noche. Yo no logré conciliar bien el sueño, pero me comporto igual, no tengo ganas de entrar de nuevo en eso.

Cuando le dejo ver mis ganas de salir, se niega a que vaya al laboratorio. No hago mucho drama. Apenas el viernes estaba fatal y no soy una niña. Sin embargo, no me apetece permanecer ahí, encerrada. Me propone, a cambio, hablar con mi hermana, siendo discreta, además de dejarme los avances sobre otros proyectos de investigación en el área médica que le gustaría que leyera para conocer mi opinión. Desayuna a mi lado y hablamos poco, ambos tenemos fresco lo que pasó en la madrugada.

Más tarde aparece con un almuerzo ligero. Sé que tiene un millón de cosas que hacer, que mal sale de esta habitación y el mundo lo aborda, pero él luce relajado siempre y eso me desconcierta todo el tiempo.

—¿La vida de un millonario no debería de ser, no sé, excéntrica? —pregunto mordazmente mientras me meto una uva a la boca. Es mediodía y apareció con carnes frías, pan y frutas. Delicioso, la verdad. Sonríe de forma torcida mientras se frota la barba.

—Suele serlo.

—¿Entonces?

—Entonces no comparto esa manera de vivir la vida, prefiero buscar lo simple en vez de buscar excesos, aberraciones, cosas que no conducen a nada salvo al deterioro del alma, del humano en sí, la degradación —explica con seguridad. Comprendo en ese momento que ha presenciado cosas que quizá yo ni imagino y la piel se me eriza porque sé que, por mucho que me esfuerce, la locura en la clase que domina el mundo suele ser inherente.

—Prefieres ir hacia el otro lado.

—Prefiero no olvidarme de mi humanidad, *wahine*.

—Por eso me tienes en tu cama.

—Por eso —responde con serenidad.

Al segundo prefiero cambiar de tema y nos enfrascamos en lo que he leído. Discuto con él algunos puntos que me debate. En unos estoy de acuerdo con su opinión, en otros no. Voy por mis anotaciones y una libreta que venía junto con lo que me dio por la mañana. Se lo muestro, hago dibujos, fórmulas, él se sienta a mi lado y encuentra un fallo con apenas ojearlo, pero me lo explica con dedicación. Habla sobre ello de una forma hipnótica, vasta. Estamos cerca, soy bien consciente de ello pero de alguna manera me agrada poder hablar de estos temas con alguien como él, con su conocimiento. Es interesante, hasta divertido porque es paciente, atento, pero con el comentario justo. Su teléfono no cesa, molesto por primera vez. Noto que responde al fin, poniéndose de pie.

—Kelly, dije emergencias —gruñe. Bebo un poco de limonada, desviando la vista, perdida en el exterior; el sol de nuevo está en lo alto. Me gustaría salir pero sé lo frío que está afuera y, además, en una hora quedé de hablar con Aide. Cuelga y se acerca a mí, tanto que dejo de respirar. Me mira intensamente, paso saliva, retrocediendo un poco—. No cenes sin mí. Logras que sienta de nuevo la tierra bajo mis pies —y se va, así, nada más.

Me paso una mano por el cuello, soltando el aire. Ahora mismo no sé cómo nombrarlo en mi cabeza, una bestia... o él, simplemente Dáran. La realidad es que estoy atascada aquí, por mi seguridad, sí, lo sé, pero a su lado, teniendo otras opciones evidentemente que no desea que tenga y eso me genera rabia e impotencia, más porque lo empiezo a conocer, como vaticinó y no me desagrada en lo absoluto lo que veo, aunque también sé que podría ser una fachada y que esté escondiendo su real y retorcido ser. Suspiro, poniéndome de pie, tomo mi *tablet* y continúo leyendo para que el tiempo pase más rápido y deje de pensar en él.

La conversación con mi hermana fluye tranquila, no obstante, soy cuidadosa en lo que digo. La verdad es que deseo verla, aunque no solemos hacerlo con frecuencia; una vez cada tres meses si nos es posible, pero mi vida en este momento no es lo que suele, nada en realidad.

Cuando llega por la noche, se da una ducha, como acostumbra, sin molestarse en cerrar puertas, así que suelo permanecer en la habitación o abajo. Cenamos en medio de una conversación ligera sobre el asunto del cambio climático. No es novedad descubrir que sabe bastante sobre ello y me encuentro inmersa en sus explicaciones.



Los días pasan así, tranquilos, ya no me provoca, o eso pienso, pero está en cada momento que le es posible. El miércoles retomo todo en el laboratorio y me siento exultante. Despierto temprano, ingiero el desayuno incluso sonriendo y casi que lo espero en la puerta. Acomoda mi abrigo sonriendo de esa forma masculina y con un ademán me da el paso. Es de modales inmejorables, he notado también. La verdad es que no lo entiendo,

no logro interpretarlo por mucho que me empeño. Sin embargo, decido que mi mente trabaje en lo que debe, y regresar a hacer lo que hago me tiene flipando.

Paso la mañana ahí, almuerzo con mis compañeros y a la hora acordada el mismo escolta va por mí. Ya él está en el auto cuando salgo, nieva, pero poco y corro para no mojarme. Entro alegre, incluso, pese a que sé que no debería, y es que entre lo que estuve dilucidando el día anterior en mi encierro y hoy que lo pude llevar a la práctica, avancé en algo que no imaginé. Deseo decírselo y eso me toma por sorpresa, pero entiendo que debo esperar hasta estar solos.

Hay algo en su manera de estar frente a los demás que me hace saber que debo ser discreta. Así que mal cruzamos el umbral, dejo la bufanda y lo abordo.

Terminamos en el comedor con mi *tablet* en mano, mostrándole un poco de lo que averigüé y yo dibujando ahí, sin parar. Abre los ojos cada tanto, interesado. Al terminar suspira con fuerza, sonriendo de modo torcido.

—Eres brillante, Elle —admite con los brazos cruzados, a mi lado. Me sonrojo por la intensidad con la que me mira, dejo de lado el aparato y busco la botella de agua para darle un trago. De pronto tengo mucha sed.

—Es solo que me gusta esto —logro decir poniéndome de pie para marcar distancia—. Iré a darme una ducha —expreso alejándome. No deja de mirarme hasta que salgo de su campo de visión y soy bien consciente de ello.



Con el paso de los días caemos en una rutina, algo extraño la verdad, porque de alguna manera él logra que no me sienta incó-

moda, aunque cada tanto me recuerdo que debería. La mañana siguiente a mi regreso al laboratorio, encontré una caja justo a un lado del comedor que decía mi nombre. Él fingió no verla. La abrí y encontré dulces de los que suelo traer en la boca, me fascinan, además... algunas cosas de mi apartamento. No supe qué sentir. Por un lado, me recordaba que estoy cautiva, por otro, viva y a salvo. La tomé tal cual y la dejé a un costado del lado que suelo usar de la cama. Fotos de mi hermana, mi abuela y yo, papeles personales, un par de libros que no había terminado y dejé sobre mi buró. Bajé y él ya me esperaba en la puerta.

—No te diré gracias —gruñí, pues su mirada me decía que esperaba mi respuesta respecto a ello. Sonrió.

—¿Hay algo más que te falte?

—¿Mi vida? —reviré en el pasillo. No respondió—. Y mis gafas. —Arrugó la frente dentro del elevador.

—¿Usas? —Sonreí satisfecha.

—Veo que tu personal no es tan eficiente —farfullé—. Uso, y me las he arreglado, pero debes saber que no eres infalible después de todo —musité al salir del aparato. Gruñó y escuché que llamaba a Kelly, que como suele, estaba ahí con su séquito, aguardándolo. No oí lo que le dijo porque salí sin detenerme. Los *huskys* hicieron su aparición como dos cometas a toda velocidad. Los saludé sonriendo y cuando vi que salió, entré al auto, enseguida él.

—Lo lamento —solo dijo, sereno. Me encogí de hombros.

—Otra cosa que no era tu intención —reviré perdiendo la atención en la ventana.

—Llevas la cuenta.

—Y me la tatuaré si es preciso, no lo olvides —repliqué volteando a verlo. Equivocación, me observaba fijamente.

—Me gustaría saber dónde.

—¿Dónde qué? —repetí sin entender.

—Dónde exactamente te la tatuarás, *wahine*, tengo en mente algunos sitios interesantes.

—Púdrete.

—Ahí estás de nuevo —señaló triunfante. Gruñí.

Esa noche de nuevo terminamos hablando ahora de otra de las investigaciones, era inevitable. No se agota nuestra conversación, porque si no es para pelear, es para hablar de algo referente a eso que nos apasiona, o para conversar sobre temas como la comida, o absurdos.

Por la mañana del viernes, mientras almuerzo, me entregan un paquete. Lo abro sin dudar, es de él, quién más. Todos aguardan porque los tengo enfrente y la verdad me llevo bien con ellos, así, como suelo con mis compañeros. Un estuche. Sé que son mis gafas y no puedo evitar que me emocione; porque el día anterior ya no pude leer, gracias a mis ojos agotados, ¿lo malo?: el armazón es rosa. Pestañeo, contrariada. Le dije que odio ese color y la verdad eso me da igual, sirven para lo mismo, pero no puedo evitar irritarme cuando se trata de él, de lo que hace para retenerme sin opciones. Necesito revelarme, las envuelvo de nuevo y se las regreso a la persona que me las dio. Está aún ahí.

—Gracias, pero no son las mías —le digo sonriendo de forma educada—. ¿Podría devolverlas? —pregunto solícita. El hombre duda, aunque al final asiente, nervioso y se va.

—¿No eran las que pediste? —pregunta Wen. Niego llevándome un bocado al interior de la boca, sonriendo como si nada hubiese pasado. Deseo ver su cara. Idiota.

Estoy en medio de algo cuando entra una llamada en el laboratorio. Me pasan el teléfono, es para mí. Es él.

—Elle —respondo.

—Te espero en el solariego en media hora.

—No puedo, estoy trabajando en lo que *tú* me pediste —rebato haciendo énfasis.

—No pregunté, Elle, te veo ahí. No me hagas esperar, porque dudo que te guste que vaya a por ti personalmente.

—Bestia.

—Bien, nos vemos —y cuélgala. No logro detectar si está molesto o qué, pero me hace enojar, de nuevo. Debo disculparme con todos y es que a este paso demoraré más en esta investigación y eso me pone aún peor. Soy cuadrada en cuanto a mi trabajo... y bueno, otras cosas más.

Llego a la casa y el escolta me guía hasta el lugar de la cita, cosa que agradezco porque no tengo idea de cómo llegar. Se abre la puerta de madera y entro, luego se cierra detrás de mí. Él está ahí hablando por teléfono, como suele, me ve y deja el aparato al lado de la caja de gafas. Me trago la risa que desea salir de mi garganta y espero, serena.

—¿Me tomaste el pelo? —pregunta inspeccionándome con los ojos entornados. Se ve soberbio con ese traje oscuro, camisa blanca inmaculada y chaleco a tono, ya sin corbata aunque perfectamente bien peinado. Ladeo el rostro colocando mis manos frente a mi cadera, con gesto inocente.

—No sé de qué hablas... —respondo con simpleza. Me observa y luego sonrío rascándose la barba.

—Bien, *wahine* —dice y luego da una palmada. Música suave comienza a sonar, quizá con un dejo de tristeza, piano y una voz ronca. Se acerca y no sé qué pretende, pienso en retroceder pero su mano se enreda en mi cintura y me acerca a su pecho, despacio.

—¿Qué... qué haces? —inquiero nerviosa. Su aroma masculino comienza a ingresar por mi sistema, su cuerpo cálido manda ondas al mío. Busco soltarme. No lo logro, y a cambio toma una de mis manos y la encierra en la suya—. ¡Dáran! Quedamos que no me tocarías —le recuerdo reticente.

—No pienso tener un error más contigo —sentencia con simpleza y comienza a moverse a ese ritmo suave. Dejo de respirar, fuera de mí, negando.

—No sé bailar, ya lo sabes.

—Y te dije que te enseñaría.

—No entiendo —farfullo buscando alejarme, lo evita con su mano firme, grande. Gimo cuando consigo que me pegue más a él.

—El camisón, el color de las cosas, otro error con las gafas. No más. Soy un hombre de palabra y cumpliré todo lo que diga —explica con simpleza, moviéndose apenas. Lo piso. Lo siento reír y alzo la cabeza, me observa deleitado—. No me romperé, tranquila.

—Pero no quedamos en esto.

—Solo permite que yo te guíe y siente mi pierna entre las tuyas. —Enseguida la coloca ahí. Jadeo, aturrida. Jamás pensé encontrarme en una posición así. Quiero golpearlo, aventarlo pero a la vez mi cuerpo se siente tan distinto que no me reconozco cuando comienza a balancearse. Baja la cabeza y siento sus labios en mi oído, mi piel se eriza y sé que debo alejarme—. Solo siente la música, no es tan difícil, deja que fluya —pide con suavidad. Humedezco mi boca y lo intento, no logro destensarme, pero el vaivén que lleva logra que vaya perdiendo lo acartonado—. Bien, lento, no pienses, siente —solicita con gentileza.

No sé dónde colocar mi cara, así que la separo un poco y me encuentro de nuevo con él, con sus labios torneados delante de mí. Me pongo nerviosa de nuevo. Sonríe al percatarse y giro el rostro, cerca de su pectoral queda mi mejilla. Sé que debo estar sonrojada, que debería darle un puntapié e irme, pero no se siente mal, no se siente incorrecto.

Me toca con cuidado, aunque con seguridad, se mueve despacio y poco a poco voy soltándome. Soy consciente de su

pierna enorme entre las mías. Jamás he experimentado tanta intimidad con alguien, de nuevo, y comprendo que no se trata de compartir una cama, si no de cosas absurdas, como esta. Pasa un rato y mi cuerpo comienza a moverse al ritmo. Él recarga su rostro apenas en la base de mi cabeza. Se siente... bien, es como liberador, a pesar de lo nerviosa que me encuentro.

De pronto me aleja un poco, respingo y vuelve a acercarme para terminar en la misma posición. Sonrío desconcertada, a los segundos de nuevo, pero ahora me hace girar. Temo caer por la torpeza que sé es inherente a mí en ese tipo de cosas, pero me sujeta antes.

—Te tengo —apunta relajado y termino con una mano sobre su antebrazo y la otra entre la suya, cálida, fuerte.

La música termina y me suelta despacio. Lo observo desconcertada.

—Ya decía yo que era solo cuestión de seguridad —expresa pacífico. Me rodeo con los brazos.

—¿Cómo voy a creerte si rompes las reglas que acordamos?

—¿Cómo vas a creerme si no cumplo en lo que quedo? Lamentablemente, *wahine*, enseñarte a bailar, implica tocarte, aunque no como yo imaginaría hacerlo —dice con cinismo, pero sin mentir. Lo noto en su mirada felina, me escruta de una forma que hace hervir mi sangre, mi piel.

—¿Me sacaste del trabajo para esto? —pregunto nerviosa, agitada también. Niega calmo, luego toma el estuche y me lo tiende. Niego alzando las cejas. Cambia su semblante.

—Usas gafas, estas tienen tu graduación...

—¿Cómo sabes mi graduación? —inquiero. Se encoge de hombros como si fuese la cosa más sencilla del mundo. Entorno los ojos ante sus modos, que me enervan—. Son rosas —digo caprichosa. Arruga la frente y abre el estuche enseguida. Casi

suelto la carcajada, lo pillé y no lo sabía. Las ve y suelta una maldición al cerrarlas.

—Dije rojas, carajo —se queja. Ahora sí me río. Me mira sin comprender, luego se las quito y las abro, me las pongo y lo observa, me inspecciona entre deleitado y curioso.

—La lista crece, *kararehe*, una más —digo girándome para salir de ahí con ellas puestas. Sin que lo vea venir, su mano sobre mi muñeca me hace girar. Jadeo. Lo encuentro muy cerca. Agacha la cabeza y su aliento me acaricia el rostro, dejo de respirar.

—Debería de ser tu color, *wahine*, aunque solo con ellas puestas te verías soberbia —expresa con voz ronca. Me suelto de una, pestañeando.

—En tus sueños, ya te dije —gruño y salgo deprisa. Lo escucho reír. Idiota.

Esa noche ceno sola pues me avisa uno de los escoltas que él tiene un compromiso fuera de la isla. Deambulo después de darme una ducha y ponerme ropa más cómoda. Ese lugar me asfixia un poco, debo aceptar. Elijo una película, no me engancha, suspiro con un *twizzler* en la boca. Al final me pongo unas botas abrigadoras y pruebo mi libertad. Salgo y un escolta está ahí, al final del pasillo. Me observa intrigado.

—¿Está todo bien, señorita? —pregunta educado. Llevo un abrigo y abajo la ropa deportiva que uso para dormir.

—Quiero salir un poco.

—El clima está congelante —me recuerda, elocuente. Repentinamente el lugar donde estuve bailando con él por la tarde me apetece. Lo miro suspicaz.

—Ahora regreso —le digo, voy por el libro de Dickens y salgo. Me observa desconcertado—. Hay un lugar en la casa, ¿el solariego? Me parece —explico y él asiente—. ¿Me puedes guiar?

—Con gusto —y se sube conmigo al elevador. Habla por su intercomunicador, que tiene colocado en la oreja, con alguien,

avisando. Unos minutos después entro, la chimenea ya está prendida, las luces tenues y una mucama aguarda.

—¿Desea algo? ¿Un chocolate caliente? —pregunta atenta. Sonríe asintiendo.

—Y... una rebanada de tarta de higo, ¿se puede? —inquiero, es realmente exquisita. Acepta alegre.

—Claro, enseguida. Lo que necesite solo avise a Tom —me explica. Comprendo que es el escolta que me trajo hasta aquí. Le sonrío a cambio.

Pronto prendo una lucecilla baja y comienzo a leer ahí, en ese espacio acogedor, con el fuego crujendo, con esa bebida deliciosa. Avanzo bastante, me recuesto y sigo leyendo. Hay una cobija ahí doblada, cubro mis pies, sigo y sin darme cuenta caigo dormida en ese sitio que creo que adoptaré como mi favorito de ese extraño lugar.

Siento cómo me elevan, abro los ojos y enseguida noto que me lleva en brazos. Me remuevo.

—¿Qué haces? —me quejo aferrándome de inmediato a su cuello por miedo a caer. Sonríe.

—Llevarte a la cama, mujer, qué más —aclara sin detenerse. Los pasillos están en penumbras, pero sé que nos siguen porque hay alguien justo enfrente.

—Puedo caminar —gruño molesta.

—Lo sé.

—Entonces bájame.

—No —zanja.

—Dáran —me quejo bajito. No sé por qué, pero no deseo que todos se den cuenta de que discuto. Me mira con gesto suave, luce cansado, no tengo idea ni qué hora es.

—Estabas lejos de donde debes.

—¿No que podía ir a donde quisiera?

—Puedes, lo comprobaste.

—¿Entonces?

—No para dormir, *wahine*, eso solo lo harás en nuestra cama —esclarece como si fuese obvio.

—Tu cama.

—Los posesivos no importan, es donde te corresponde dormir.

—Estaba leyendo.

—Y hace un par de horas que dejaste de hacerlo, por lo que sé. Por cierto, me alegra que te guste ese sitio.

—¿Qué tiene de especial? —farfullo bien aferrada a él.

—¿Andas de curiosa, Elle? —revira ligero. Me remuevo y logro con ello que me baje. Me observa al tiempo que me deposita en el piso.

—Estaba dormida, pero un loco me despertó —rezongo y camino un paso adelante.

Caigo dormida casi al tocar la almohada. Al día siguiente él trabaja media mañana por lo que me dedico a avanzar en las nuevas investigaciones, son fascinantes. Comemos juntos, salimos con los *huskys* un rato en el que me involucro en su juego. Luego me muestra la isla gracias a que el clima pese a ser frío coopera. Por la noche terminamos viendo una cinta que a mí me encantó pero que a él lo deja noqueado en el sofá.

La verdad es que me asombra la cantidad de energía que tiene. El domingo se las averigua para que lo pasemos bien, de nuevo. Tiene unas caballerizas en la parte trasera con dos caballos enormes. Me comenta que no los tiene ahí todo el tiempo porque necesitan más espacio, pero que por ahora le hacen compañía. No me atrevo a montarme sobre uno y es que tienen unas patas enormes, peludas, y descubro que no soy tan aventurera, o nada en realidad. Al final se sube sobre el lomo de uno blanco, hermoso, y me tiende la mano. Niego retrocediendo.

—Vamos, no sucederá nada.

—No, de verdad, ve tú —me rehúso. Se baja de una, retrocedo comprendiendo sus intenciones, me alcanza y me carga sobre su hombro.

—¡Que no!

—El miedo no te deja, *wahine*, y no lo permitiré —sentencia al tiempo que me monta sobre la silla, frente a él. Me aferro a la montura y lo que puedo, nerviosa, pero sus brazos me rodean enseguida sujetando las riendas—. Iré despacio, tú solo disfruta —pide con suavidad. Siendo honesta al inicio no lo logro del todo. Está muy cerca, respira casi en mi oreja, sus piernas rodean las mías y, como si todo eso no fuese suficiente, está altísimo, siento vértigo. Cierro los ojos unos segundos, mareada—. Recarga tu cabeza, ya se te pasará, solo no estás acostumbrada.

—Te dije que no quería.

—Sí quieres, pero temes, eso no es una razón.

—Para mí la es... y si devuelvo todo será tu culpa, eres una bestia.

—No lo harás —asegura y con una mano me recuesta sobre su hombro. Suelto el aire sin abrir los ojos. La sensación pasa lentamente ahí, encerrada en sus brazos pues uno rodea mi cintura, y aunque hubiese deseado que no lo hiciera, el miedo gana: eso que despierta en mi vientre y la sensibilidad de mi cuerpo gracias a su cercanía, también. Poco a poco los abro y percibo cómo, en efecto, vamos lento, no presiona al caballo y la isla luce aún más hermosa así.

—Este lugar es precioso —puedo reconocer cuando pasamos al borde del mar. Su pulgar se mueve sobre mi estómago, mi boca se seca.

—Y no es lo más hermoso que he visto —garantiza y le creo; un hombre como él debe ya haber presenciado mucho, demasiado, comprendo.

Los días pasan, dando lugar a las semanas, los momentos se entremezclan y... mis sensaciones también.

PARTE TRES
—ELLE—

CAPÍTULO XI

—Elly, ¿cuánto tiempo va tardar eso que haces?...
Ya llevas ahí casi dos meses.

Pestañeo sobre la cama, desconcertada. No es que no esté al tanto de ello, es solo que, de alguna manera, he conseguido mantenerlo lejos de mi mente. Dos meses... Nueve semanas en este lugar, sesenta noches durmiendo a su lado, 1,440 horas lejos de mi realidad y perdida en esta que ahora mismo es la que tengo y por ende la he aceptado como tal, porque es lo único que puedo hacer.

—Sabes que prefiero no mencionar nada. Mejor dime a dónde te gustaría que vayamos el siguiente año. —Cambio de tema enseguida, aunque no sé siquiera si lograré realizar ese viaje con ella como cada año desde los dieciocho. Pero busco hablar de algo diferente porque ya tuve un enfrentamiento con Dáran, el primero, creo, y el único, sin embargo, la verdad es que tuve algo o mucho de culpa.

Hablaba justamente con mi hermana cuando me preguntó cómo iba lo concerniente al proyecto. Me pareció fácil decirle que aún no avanzábamos y que estábamos en ello. No le vi lo

malo, pero cuando corté y él llegó minutos después al apartamento, estaba tan serio que mi sangre se heló.

No le tengo miedo, esa es una realidad, a pesar de que debería y soy bien consciente de ello, pero tampoco lo conozco. Sin embargo, los días que llevo compartiendo a su lado, que a veces se ven interrumpidos por sus viajes, lo pasamos bien; hablando sobre temas que a ambos nos apasionan, caminando por este lugar, charlando de cosas sin importancia: una película que vimos, algunos grupos de música —ya me había mostrado varios, unos me gustaron y otros no—, el libro que leemos —ya terminé «Grandes esperanzas» y todavía no entiendo cómo no lo había leído antes—, en fin. Es un hombre sencillo, si puedo catalogarlo de alguna manera, pero reservado, inmutable la mayor parte del tiempo, e imposible descifrarlo.

—Creí que entendías lo que aquí ocurre —rugió al lado de la chimenea, yo me hallaba en frente, leyendo sobre un informe de las últimas pruebas del laboratorio. No habíamos avanzado. Dejé mi *tablet* de lado y lo encaré, irguiéndome.

—¿Entender qué? Si solo me dices lo que te conviene —le recordé. Ya poco discutimos, aunque siempre busca provocarme. Se frotó el rostro.

—Las llamadas con tu hermana, te dije que debías ser discreta. ¡Carajo, Elle! ¿No fui claro o qué mierdas? —gruñó contenido y entonces sí, temí un poco. Nerviosa pasé saliva.

—¿Qué ocurrió? No... no entiendo —logré decir, preocupada.

—¡Pasa que diste información sobre el estatus de la investigación! —señaló sin gritar. Nunca lo hace, pero con el tono tan tosco que me sobresaltó.

—No le he dicho nada de esto a ella —argumenté desconcertada. Prendió el celular y reprodujo una grabación justo en el momento en el que le dije a mi hermana que no habíamos avanzado mucho y que estábamos en ello. Quedé lívida.

—¿Graban mis conversaciones? ¡Es el maldito colmo! —grité indignada. Contenido, se acercó tanto que casi caigo sentada sobre el sofá. Me tomó por el antebrazo y me acercó a su rostro.

—Estás en medio de un proyecto que requiere seguridad máxima. Tú ahora mismo eres un arma que desean aniquilar o usar. La integridad de tu hermana y mucha gente depende de que cierres la boca y entiendas, de una jodida vez, que esto no es un chiste, es real, muy real y tu trasero está a salvo, Elle, porque no he dejado ni un poco de margen para lo contrario. ¡Pero, carajo, lo haces imposible! —y me soltó. Me alejé rodeándolo, desconcertada.

—¿Qué hice?! —le exigí saber llorosa, nerviosísima.

—Decir que estás trabajando justo en lo que no quieren que trabajes, Elle —respondió serio, amenazante. Enseguida caí en cuenta y sentí cómo todo se derrumbaba sobre mí.

—¿Mi hermana? —gemí cubriendo mi boca, arrepentida, recriminándome.

Se pasó de nuevo las manos por el rostro. Empecé a respirar rápido, muy rápido, tanto que me empecé a marear. Ella es lo único que tengo. Si yo la había puesto en peligro no me lo perdonaría. Se acercó y con un gesto despojado de suavidad, me sentó y se hincó frente a mí, tomó mi barbilla y me sacudió con cuidado para que reaccionara.

—Elle, respira despacio —ordenó, pero yo lloraba, agobiada. Odio todo esto, lo odio tanto. Insistió pero comencé a ver estrellitas, lo juro y de pronto sentí su frente contra la mía. Eso logró que dejara de inhalar de forma abrupta. La sensación fue pasando y dio lugar a otra cosa, algo que solo él consigue: hacerme sentir consciente de cada maldito centímetro de mi cuerpo. Cuando notó que reaccionaba se alejó un poco, sin soltar mi mirada—. Tu hermana está segura, redoblé la vigilancia, aunque es a ti a quien quieren.

—Pero en realidad no he conseguido nada nuevo —murmuré con voz quebrada.

—Sí, pero ellos no lo saben. Te suplico que no hables por un tiempo con ella y que seas más cuidadosa, no es un juego —repitió ecuánime. Asentí aturdida.

—Si no lo consigo... —musité presa de la preocupación. Y esa es una opción.

—Lo harás, pero de lo contrario, ya veremos cómo manejarlo.

—¿Podría tener mi vida normal si saben que no logré nada? —indagué con las manos temblando, comprendiendo en ese momento la verdad que me aplasta. Inhaló con fuerza y se irguió.

—No pensemos en eso ahora... Es muy prematuro.

—Respóndeme... —le rogué temblando. Lucía, extraño en él, aturdido, luego se sentó junto a mí y tomó una de mis manos, rodeándola con la suya. La verdad es que poco me toca, pero cuando lo hace es algo que queda en mi cabeza más tiempo del que debería.

—Después de algunos años, quizá. Pero tendríamos que trabajar para que dejes de ser un señuelo, Elle, es complicado. Lo mejor es que logremos descubrir todo sobre la composición real de esa enfermedad —aceptó determinado. Asentí entendiendo al fin lo que implica en mi vida, más allá de que esté a su lado o no, el lograr dar con lo que me pedían.

—No volverá a ocurrir —aseguré trémula.

—*Wahine* —me nombró con tono suave, lo miré llorosa—. Lo lograrás, lo sé, y mientras tanto tu seguridad está a mi cargo, solo no te pongas en la mira.

—¿Ellos saben lo que hablo?

—Está encriptado todo lo que de aquí sale, pero es una opción y prefiero no jugar con ello, no cuando se trata de tu seguridad.

—O de la fórmula y... dinero —lo corregí, porque también entiendo que eso es lo más importante. Bufó agachando la ca-

beza, pasándose la mano por el cabello sujeto, luego la alzó y no me miró al levantarse.

—No quería asustarte, solo sé más cuidadosa —y salió de ahí, dejándome temblando, asustada y con una sensación molesta en el pecho que ignoré después de una ducha.



—La India —dice mi hermana.

Alzo las cejas cuando la escucho decir el lugar que le gustaría visitar. Aide no es así, es más de sitios ordenados, lejos del caos. Yo también en realidad. Lo cierto es que no suena mal, admito. Pasamos casi una hora argumentando pros y contras, eso es raro en nosotras. Hablo más y ella, por lo tanto, lo hace también. Al final colgamos sonriendo, raro también, porque ambas notamos que algo cambia.

—No te había dicho, Elly, pero me gustan tus gafas. Tú, en general, luces menos... sería —señala. Bajo la vista. Llevo un vestido de manga larga gris, con medias oscuras y botas —qué jamás hubiese comprado— de cintillas, negras de piso, el cabello suelto, como ya parece ser mi cotidianeidad.

Sonrío acalorada al evocar la primera vez que Dáran, semanas atrás, me vio con un vestido. Seguía haciendo frío, aún hace, pero me pareció sencillo, rojo. Encontré unas medias también, tal como las de ahora y unas botas cafés que llegan hasta mi rodilla. Experimenté, ya que tengo tantas opciones que no sé ni cómo conjugar. Solía llevar una camisa clara, un pantalón de corte clásico y chaqueta. Salí del vestidor y él hablaba en japonés o un idioma así, me miró y alzó su ceja, esa que suele, ladeó el rostro sonriendo de manera torcida y se giró de nuevo, rascándose la nuca.

Esa mañana antes de alejarnos dijo algo sobre de que más valía que nadie me viera más de un segundo, rodé los ojos. Lo cierto es que él mismo fue al laboratorio cuando llegó la hora y después, aquí en el apartamento, cenando me miró fijamente.

—Los errores contigo están haciendo fila —murmuró metiéndose un bocado enorme a la boca, como suele.

—¿De qué hablas? —pregunté intrigada.

—Esos vestidos tampoco eran la intención.

—Eres una bestia, pero, ¿macho? Ahora me saldrás con que no soy libre para usarlos... —reviré reacia. Negó apacible.

—Por mí no te detengas, usa todo lo que ahí encuentres, es tuyo, pero pobre del que te mire más de la cuenta.

—¿Qué ocurre contigo? —masculé incrédula. Rio.

—Esas piernas, *wahine*, solo podrán ser la fantasía de otros, porque terminarán enrolladas en mí —sentenció bebiendo de su vino.

—Qué burdo eres.

—Sincero.

—Macho.

—Para nada. Posesivo, quizá.

—No soy tuya, no lo seré nunca.

—No quiero que lo seas, pero estarás conmigo y esas piernas serán parte del trato.

—¡No habrá trato!

—*Wahine*, quieres apostar —me retó. Me levanté de la mesa, molesta.

—¿Por qué todo lo arruinas? —gruñí.

—En cambio tú hoy te ves sublime, créeme —manifestó divertido. Rodé los ojos con la intención de marcharme—. Ya, mejor dime... cómo salió todo hoy... —Y así cambiamos de tema. Desde ese día he usado vestidos así en dos ocasiones más, además de este. Me gusta.



—¿Estás diciendo que lucía mayor? —bromeo con ella, retomando mi conversación. Sonríe asintiendo divertida.

—Creo, a veces, que nunca te diste la oportunidad de vivir otras cosas... —expresa en voz baja.

—Tú tampoco.

—Yo sí, Elle, quizá algún día deba abrirme más a ti, pero sí, hice cosas... lo pasé bien en realidad —admite sonrojada, mientras yo abro la boca, apantallada.

—¿En serio?

—Claro, aunque no lo parezca ahora, pero tú... no. Quizá debas darte la oportunidad cuando acabes con todo esto que traes entre manos, o ya no sé, porque te ha sentado bien.

Terminamos la conversación y me detengo frente al espejo del vestidor. Dáran salió de viaje. Es raro cuando no está, debo ser sincera y aunque no puedo decir que lo echo de menos, su ausencia es... palpable. Lo cierto es que en esos días suelo terminar en el solariego leyendo o trabajando, aunque ya no me quedo dormida como en aquella ocasión.

Me observo por un minuto, me giro y sonrío. Me gusta, me sienta bien este atuendo. Aunque mi trasero se nota aún más de lo normal, me agrada. Le pido a *Frivóla* que ponga algo de música. No suelo hacerlo, pero me encuentro con ganas. El cajón de cosméticos capta mi atención. Lo abro con cuidado, me acomodo en un taburete que se abre y comienzo a experimentar. Curiosa, me unto un poco de base primero, la que creo que es más semejante a mi color. Luego marco mis pómulos como una vez Aide me mostró, que, aunque no se maquilla ahora, comprendo por qué lo sabe. Encuentro un lápiz negro y con sumo

cuidado marco el párpado en las orillas, me miro y abro los ojos asombrada, me gusta.

Me topo con rímel, hay de varios tipos, tomo el que sea y lo paso por mis pestañas. Mis ojos se ven más azules, noto. Luego recuerdo que algo me dijo en esa ocasión de las cejas y que cuando he ido a que me maquillen para algunas ocasiones especiales, las marcan, sigo los pasos, mi memoria es casi fotográfica, y mi cara se enmarca. Me observo por un buen rato, me agrada lo que veo, no soy una beldad de esas ¡guau! Pero a mí me hace sentir cómoda el resultado.

Me levanto satisfecha, ya debo ducharme y descansar, pero al hacerlo lo veo en el marco de la entrada del vestidor. Jadeo, aturrida. Pensé que llegaría hasta el día siguiente, o eso me había dicho según recuerdo. Está con los brazos cruzados y ataviado con uno de esos trajes que le quedan a la medida, sobrio y varonil hasta lo indecible.

—Una ducha helada esta vez no creo que sea suficiente —admite con voz ronca. Paso saliva.

—Yo... creí que llegabas mañana. —Me siento pillada.

—Gracias al cielo adelanté mi regreso —murmura, mis palmas sudan. No sé cómo comportarme, la realidad es que no hice nada, pero el ambiente es... denso. Siento un calor consumirme que pasa desde mi cabeza y se centra en mi vientre, como una antelación. Mis labios incluso se perciben diferentes.

—Yo... bueno, me alegra —digo pretendiendo entrar al baño para acallar todo esto. Su mano en mi antebrazo me detiene.

—¿Solo eso? —inquire, cerca, muy cerca y mis oídos zumban.

—Sí...

—Quiero mostrarte algo —señala, intrigándome enseguida.

—Iba a ducharme... —replico sin muchas ganas. Sonríe dándose cuenta, toma mi mano y me jala. No me rehúso, aunque debería.

Salimos del apartamento, o habitación, que esa definición parece burla, pero bueno. Tom me mira y sonrío a modo de saludo, le regreso el gesto. Dáran lo nota, no me suelta la mano y entramos al ascensor en silencio. Pretendo quitar su mano de la mía, consigo que la aferre con mayor fuerza.

—Puedo andar sola... —le recrimino, nerviosa.

—Pero no quiero que lo hagas —sentencia. Bufo. De que se pone necio, no hay modo, lo cierto es que su palma emana ondas cálidas que me tienen completamente desconcertada, agobiada incluso.

Me mira de hito en hito mientras caminamos. Sé a dónde vamos, a su estudio, ya he ido algunas veces, ya sea porque me llama o deseo buscar un libro nuevo y él me recomienda algunos, o porque quiere que hablemos sobre algún trabajo del laboratorio y desea mostrármelo en sus enormes pantallas.

—Dáran, en serio, suéltame —le pido con suavidad. Cuando abre, solo hasta que la puerta se cierra, lo hace. Se aleja y respira hondo, me observa despacio; desde mis pies, pasa por mis muslos, mi cadera, mi vientre, mis pechos hasta mi cuello y gimo cuando llega a mis labios para concluir en mis ojos. Mi piel está erizada, las sensaciones disparadas, luce... diferente, más fiero, resuelto.

—Estás descubriéndote —expresa en susurros, ahí, a un par de metros.

—No sé de qué hablas —refuto aturdida. Debería marcharme. Sacude la cabeza y me da la espalda, se dirige a ese lugar donde está el telescopio. Mi corazón da un vuelco, desde aquella ocasión en que por primera vez me los mostró, no lo volví a ver. Abre y voltea.

—Anda, ven —me invita sin dejar de observarme de esa manera extraña. Sé, por un lado, que debería dar la vuelta y regresar a ese lugar que me obliga a compartir con él, pero la curiosidad, mi gran

enemiga, gana y hago caso. Entra tras de mí y cierra. Pronto pasa a mi lado y se coloca frente al aparato, comienza a acomodarlo con maestría, mover los lentes para enfocar, supongo. Lo observo llevar a cabo cada movimiento, me asombra que nunca duda, es como si de todo conociera algo.

—Buscaré objetos del cielo profundo.

—¿Cielo profundo?

—Sí —dice sin quitar su ojo y moviendo todo ese gran artefacto que debe costar una fortuna—. Son objetos que están fuera de nuestro sistema solar.

—¿Cómo cuáles? —deseo saber, intrigada, ya sin remedio.

—Nebulosas, galaxias... No entenderás mucho, porque no imaginas que verás todo a color y claro. —Una vez que termina, me invita a acercarme. Distingo puntos en blanco y negro, luminiscencias, pero ciertamente no entiendo, aunque duro ahí observando un rato.

—¿La luna? —quiero saber. Sonríe y mueve más cosas en una pantalla digital, lo encuentra y luego regresa al aparato, cambia otras y me insta a acercarme. Me quedo pasmada.

—Muévelo despacio —indica y obedezco.

—¡Dios! ¡Es asombrosa! —gimo, mientras él, a mi espalda, me guía la mano muy despacio, sin embargo, sé ser delicada con los aparatos, no por nada estudio lo opuesto al macrocosmos.

No sé cuánto tiempo duro ahí, enamorada, deleitada y perdida en cada detalle de ese astro que gira alrededor de nuestro planeta. Luego me muestra Marte y Saturno, quedo alucinada y lo ataco con preguntas. Sonríe complacido, regresamos a su estudio, la chimenea ya está prendida y los troncos crujen. Un vino tinto nos espera, lo destapa con pericia y me ofrece una copa, ya no dudo y la tomo, intrigada. Se sienta en uno de los sofás de cuero que están cerca del calor, yo en el de al lado, hay una mesilla entre ambos y comienza...

—¿Cómo aprendiste tanto sobre ello? —quiero saber notando la lengua ya un poco torpe. No tengo idea de cuántas copas he tomado, pero la botella está por terminarse y él luce tan sobrio como siempre. Me observa sonriendo, tan calmo como suele, aunque ya no trae puesto el saco y el chaleco lo lleva desabrochado, la corbata supongo que la dejó en la habitación, no logro recordar si la llevaba puesta cuando llegamos ahí, en realidad mi cabeza se encuentra como ligera. Sonríó también, su gesto me agrada... No es dulce, es... pacífico, pero calculador. Así es ese hombre que tengo frente a mí.

—Tomé algunas clases y cursos —explica acercando su mano a mi copa, casi vacía. Arrugo la frente cuando me la quita con cuidado y la deja sobre la mesa, junto a la suya y la botella—. Creo que es hora de descansar, *wahine* —musita conciliador.

Resoplo, puesto que me gustaría seguir y seguir inmersa en todo lo que puede decir. Me gusta escucharlo, esa es la verdad. Opina cauto, es prudente, y asombrosamente inteligente. Me levanto sin remedio porque también percibo el cansancio. No tengo idea de la hora, debe ser tarde. Al erguirme me tambaleo riendo. Sí, el vino hizo su parte, asumo. Enseguida sus manos me sujetan por los antebrazos. Alzo el rostro divertida, pero está tan cerca que mi gesto se congela. Recorro en la penumbra sus rasgos, su boca, esa nariz masculina, su mirada férrea, clara, esas cejas peculiares, la cicatriz. Mi respiración se ralentiza.

Dáran Lancaster es el hombre más imponente y varonil que he visto en mi vida. Una de sus manos se enreda en mi cintura cuando avanza un poco y tropiezo. Huele delicioso, siempre huele así. Cierro los ojos deleitada, no me reconozco, pero tampoco puedo detenerme, noto.

—Elle, debes descansar —sisea y su aliento, cerca, me aturde. Niego humedeciendo mis labios porque sin comprender nada, me lo exigen, quieren sentir algo sobre ellos, algo... como los

suyos. Pestañea con las pupilas dilatadas, sujetándome aún. Elevo una mano y la enrolla en su cuello, debajo de su coleta. Mi instinto me comanda, el alcohol también, lo sé, pero no puedo evitarlo, ni siquiera luchar contra ello y entreabro la boca. Jadea y cuando creo que lo probaré al fin niega decidido, gruñendo—. No, *wahine*, no así —determina y se aleja un poco.

—¿Qué? ¿No es lo que buscas? ¿No es por eso que me tienes aquí, viviendo contigo? —me quejo indignada, con la lengua venenosa, regañándome por mis palabras a la vez. ¿Qué estoy haciendo? Sin embargo, me siento molesta, irritada. Me carga sin esfuerzo. Me retuerzo enojada—. ¡Te pregunté algo, bestia! —lo ataco. Cruza el umbral, dos escoltas nos siguen.

—Debes dormir, Elle, mañana hablamos —susurra conciliador, imperturbable. Lo observo desconcertada. Estoy ebria, nunca lo he estado, pero sé qué es eso y, aun así, no logro dejar de pensar que me rechazó y que ya no entiendo nada.

—Me quieres para calentar tu cama, pero te acobardas cuando estamos a punto...

—¡Deja eso ya! —ruge, tenso. Bufo.

—Juegas conmigo, eso haces. Solo soy dinero y una maldita fórmula —digo cuando entramos en la habitación, me deja en el suelo de un movimiento, me toma por el brazo y me acerca a su rostro.

—Si te beso, Elle, te arrepentirás mañana y definitivamente prefiero que me gruñas hoy... cosa que me tiene realmente fascinado, a que mañana sientas que abusé de ti. Ahora, vamos a que te des una ducha y duermas —determina caminando sin soltarme. Me intento zafar.

—Puedo ir sola —mascullo sacudiéndome de su agarre. Llego a las escaleras y se mueven. ¡Guou!

—¡Y un demonio de mujer! —Me carga como a un costal de papas y grito.

—¡Eres una bestia! ¡Bájame! ¡Idiota!

—En eso estamos de acuerdo, es evidente que no sabes beber —refunfuña y entra al vestidor. Me sienta sobre una butaca y se agacha para quitarme las botas. Sonríe haciendo mi cabello a un lado.

—El vino estaba delicioso —acepto tonteando. Sonríe sacudiendo la cabeza.

—Lo estaba.

—Estoy borracha —suelto sin remedio.

—Lo estás —admite.

—Quiero dormir —murmuro cerrando los ojos. Niega.

—Elle, es mejor que te des un baño —me insta buscando que me levante. Dios, de pronto siento que me tomé toda una barrica. ¿Qué es esto? Niego y repentinamente mi estómago se revuelve, hago un ademán y enseguida me lleva hasta el inodoro, sujeta mi cabello y devuelvo todo. Muero de pena, pero ya no hay remedio, lo hago casi cuatro veces.

—Dáran... lo lamento —murmuro ahí, en esa posición tan humillante. Mi primera vez tomada y debía ser con él. No es posible.

—Lo lamento, yo no debí —se excusa, agobiado. Me ayuda a lavarme la cara, me encuentro mejor. Ahí, recargada sobre el lavamanos, veo mi reflejo en el espejo, podría lucir peor, pero no, solo pálida. Él está ahí, tras de mí, enorme como es. Nos observamos por un largo instante en el que no retira su mano de mi cintura.

—Me daré una ducha, gracias —logro decir sin voltear.

Respira profundo y roza con su pulgar mi brazo, asiente y sale dudoso. Estoy mareada, pero definitivamente un poco mejor. Por lo menos ya no tengo ganas de regresar al escusado y vaciarme. Me baño y salgo envuelta en la bata. Aún todo me da vueltas. Es patético. Él se encuentra ahí, de pie, con los

brazos cruzados, vestido todavía con la camisa y el pantalón, pero el cabello suelto. Me evalúa.

—Es todo tuyo, solo... iré a dormir —digo bajito, avergonzada hasta lo indescriptible. Entra y cierra. Me cambio con movimientos lentos por algo cómodo, pronto entro a la cama, el piso se mueve, resoplo agobiada. Esto es horrible.

—Baja una pierna. —Volteo y está ahí, con el cabello húmedo, solo con esos pantaloncillos que usa para dormir. Mi sangre se calienta tanto que siento que de nuevo estoy borra-chísima. Me giro para darle la espalda y me obligo a cerrar los ojos. Sé que al día siguiente me arrepentiré de algo o de mucho, pero no pienso incrementar la lista—. Descansa, *wahine*. —Las luces se apagan, un par de lágrimas salen y pierdo la conciencia.

Abro los ojos y un dolor de cabeza acribilla mi sien. Gimo molesta, me incorporo despacio y noto que es de día, muy de día en realidad. Volteo hacia el reloj, las diez a.m., me dejo caer sobre las almohadas llenando en segundos mi memoria de lo ocurrido la noche anterior. Me cubro con su almohada el rostro por la vergüenza. No sé cómo lo veré a la cara. No sé qué ocurre conmigo, debo estar loca para haber querido besarlo y por si fuera poco... enojarme. Su aroma se introduce en mi sistema.

—¡Agh! —me quejo y la aviento, enojada.

—¿Qué te hizo mi almohada? —escucho. Como un resorte me incorporo, está él ahí, terminando de vestirse; ¿no se ha ido? Mis mejillas se tiñen, no sé qué decir ni qué hacer—. Te lo pondré fácil, olvida lo de ayer: yo ya lo hice... —asegura guiñándome un ojo. Respiro, agitada.

—Yo... casi no cené y... —Se sujeta el cabello, lleva un jersey oscuro y vaqueros, botas de cintas, ese es su estilo más común cuando no va de traje. Asumo que no tendrá nada que lo requiera ese día.

—En serio, no es necesario.

—Nunca tomo tanto —admito dándole la espalda, agobiada, bajando los pies de la cama.

—Me intriga saber cuántas cosas no has experimentado —murmura, lo miro sobre mi hombro, irritada.

—¡Púdrete!

—La resaca... —se burla desde su posición.

—Tú, en realidad, como siempre porque eres una bestia —y me levanto buscando vaciar en él mi enojo, me acerco—, un tipo que disfruta haciéndome sentir una idiota. En serio que... —No sigo porque me toma de la muñeca y me acerca a su cuerpo, gimo.

—Para, Elle, tampoco soy un santo y ahora mismo mi control está sensible —admite estudiando mi rostro, mis labios. Está muy cerca, me zafo irritada, alejándome.

—Nunca te besaría sobria, y lo sabes —refuto. Sonríe y se dirige a las escaleras.

—Es feo mentir, *wahine*, muy feo. —Tomo su almohada y la aviento. Lo escucho reír en la planta baja. Entro al baño muerta de vergüenza. Me dejo caer sobre el azulejo con las manos enredadas en mi cabello. Sí, miento y me siento furiosa por eso.